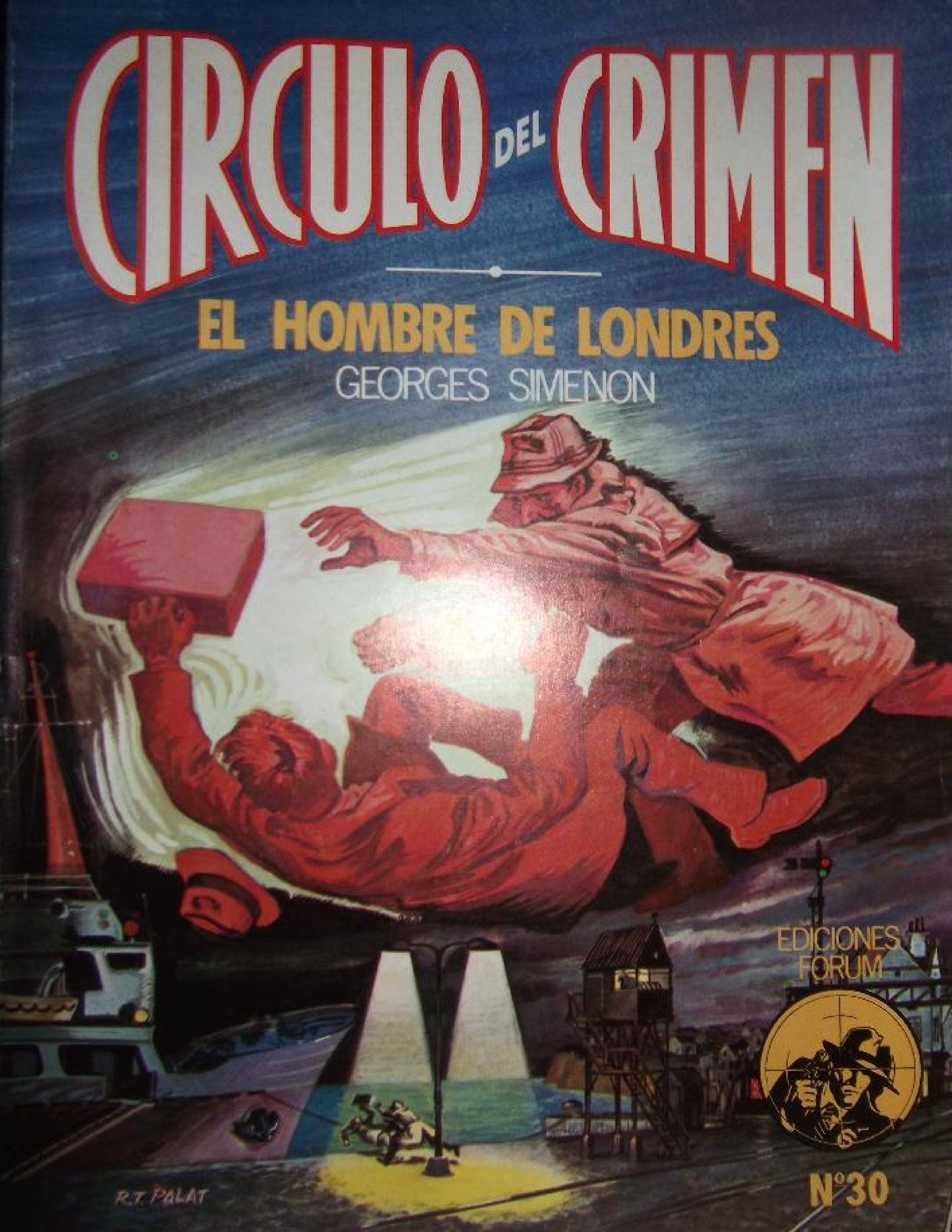

CIRCULO DEL CRIMEN
EL HOMBRE DE LONDRES
GEORGES SIMENON
EDICIONES FORUM
Nº30
R.T. PALAT

Una noche de invierno, en el puerto francés de Dieppe, desde lo alto de su solitaria atalaya de guardagujas ferroviario, Louis Maloin observa sin ser visto el acostumbrado trajín nocturno que provoca la llegada de un barco. Hace mucho frío pero, excepcionalmente, no hay niebla. Aburrido, Maloin observa a los viajeros cuando, de súbito, contempla una escena que le trastoca: un hombre cae empujado al agua abrazado a una maleta mientras su asesino huye amparado por la oscuridad de la dársena. Poco después, tras pensárselo mucho, Maloin baja de su cabina, se sumerge en las aguas del muelle y recupera la maleta. La curiosidad le vence y… el contenido de la maleta le deja sin aliento. Para colmo, al cabo de unos días, el guardagujas descubre en la ciudad la presencia del asesino…

Georges Simenon escribió *El hombre de Londres* en 1933, un año decisivo en su vida, pues, además de firmar un importante contrato literario con la prestigiosa editorial Gallimard, decidió conquistar una reputación de «escritor serio» —con títulos como *El efecto de la luna* o *La prometida del señor Hire*—, y abandonar definitivamente las novelitas populares que tanto éxito le habían reportado hasta entonces.

Georges Simenon

El hombre de Londres

ePub r1.0
Bacha15 20.10.14

Título original: *L'homme de Londres*
Georges Simenon, 1933
Traducción: Javier Albiñana Serain

Editor digital: Bacha15
ePub base r1.1

1

En el instante en que se viven parecen momentos como los demás, y, solo después, se da uno cuenta de que eran excepcionales y se obstina en recomponer el hilo perdido, en ordenar, uno tras otro, los minutos dispersos.

¿Por qué salió Maloin de mal humor aquella noche de su casa? Cenaron a las siete, como de costumbre. Había arenques a la plancha pues era temporada. Ernest, el hijo pequeño, había comido sin hacer porquerías.

Maloin recordaba que su mujer había dicho:

—Ha venido Henriette hace un rato.

—¡Otra vez!

Su hija trabajaba de criada en la misma ciudad, casi en el mismo barrio, y se creía con derecho a presentarse en casa con cualquier pretexto. Además, siempre iba para quejarse. Que si el señor Laîné había dicho esto, que si la señora Laîné había dicho aquello.

—Puede que quede vacante la plaza de la farmacia. Siempre es un trabajo más limpio que una carnicería.

Aunque no fuera nada grave, Maloin había salido de mal humor. Tampoco su malhumor podía considerarse grave. De hecho, le impidió coger su termo de esmalte azul lleno de café, ni el pan con mantequilla, ni el salchichón que le había preparado su mujer.

Cada noche se marchaba a la misma hora, exactamente seis minutos antes de las ocho. Su casa y dos o tres más se encontraban en lo alto del acantilado y, al salir, veía a sus pies el mar, la larga escollera del puerto y, más a la izquierda, las dársenas y la ciudad

de Dieppe. Como estaban en pleno invierno, el paisaje, a esas horas, se componía tan solo de luces: los tonos rojos y verdes de las escolleras, las luces blancas de los muelles reflejadas en el agua y todas las luces hormigueantes de la ciudad.

«No hay mucha niebla», observó para sí.

Durante cuatro días habían sufrido una niebla tan densa que los transeúntes chocaban unos con otros en la calle.

Maloin bajó la cuesta, dobló a mano izquierda y se encaminó hacia el puente. A las ocho menos dos minutos pasaba frente a la estación marítima. A las ocho menos un minuto empezó a subir la escalera de hierro que llevaba a su atalaya.

Maloin era guardagujas. Al contrario que la mayoría de los guardagujas, cuyas cabinas se hallan fuera del trajín urbano, ubicadas entre las vías, los terraplenes y las señales, la suya estaba en plena ciudad, e incluso en el corazón de esta. Ello obedecía a que su estación no era una auténtica estación, sino una estación marítima. Los barcos que llegaban de Inglaterra dos veces al día, a la una y a medianoche, atracaban a lo largo del muelle. El rápido de París, tras abandonar la estación normal, que estaba en la otra punta de Dieppe, cruzaba las calles como un tranvía y se detenía a unos metros del barco.

No había más que cinco vías en total, pero sin empalizadas, ni taludes, ni nada que separara el mundo de los raíles del mundo a secas.

Maloin tenía que subir treinta y dos escalones. En lo alto de la escalera se alzaba la cabina acristalada, donde su compañero del turno de mañana ya estaba abrochándose el abrigo.

—¿Cómo va eso?

—Bien. Anuncian cuatro vagones frigoríficos en la dos.

Maloin no prestó atención. Y, sin embargo, jamás olvidaría el más mínimo pormenor de aquella noche. Su compañero llevaba una bufanda de lana y Maloin pensó pedirle a su mujer que le hiciera una,

pero más oscura, más discreta. Cargó su primera pipa y dejó la petaca sobre la mesa, junto al frasco de tinta violeta.

Era realmente un sitio agradable, el mejor puesto de observación de toda la ciudad. Desde allí se divisaban los faros de los dos bous que pescaban en el interior de la rada y que regresarían al puerto con la marea. Por el lado que daba a tierra, junto al mercado cubierto, refulgían las luces del Café Suisse, y detrás, uno tras otro, los escaparates iluminados de la ciudad.

Más cerca, reinaban la oscuridad y el silencio, las ventanas y las puertas estaban cerradas, salvo la abigarrada puerta del Moulin Rouge, donde acababan de entrar los músicos. Maloin sabía que tocarían sin público hasta eso de las diez, hora a la que llegaban los primeros clientes. Pero aunque no hubiera nadie tocaban, y los camareros estaban en sus puestos.

La estufa de hierro colado era roja. Maloin colocó sobre ella el termo de café y abrió su armario para coger la botella de aguardiente.

Llevaba treinta años haciendo lo mismo, a la misma hora y en el mismo sitio. A las nueve dio paso a los cuatro vagones frigoríficos y a la locomotora que regresaba a la estación. A las diez vio apagarse la luz de su casa, en lo alto del acantilado. La de los Bernard seguía encendida, pues nunca se acostaban antes de las once.

Como siempre, fue el primero en vislumbrar en la oscuridad del horizonte las luces del barco de Newhaven, al tiempo que algo cobraba vida en torno a su cabina. Los cuatro aduaneros que estaban de servicio se acercaban lentamente; después les siguieron los mozos, el camarero de la cantina y un taxi. Unos tras otros iban iluminándose los locales de la estación y, al sonar el primer toque de sirena del barco, el muelle se encendió como si empezara una fiesta.

Maloin sabía que el tren salía de la estación de Dieppe mucho antes de que el humo del barco se extendiese por la dársena.

Estaba pendiente del tren, por supuesto, pero, sin darse cuenta, se fijaba en lo que ocurría a su alrededor; por ejemplo, en ese

instante Camélia se encaminaba hacia el Moulin Rouge, tosía antes de entrar y volvía a toser antes de cerrar la puerta.

Daba comienzo la hora más corta de la noche. Mientras abrían las puertas de los furgones, el barco avanzó entre las escolleras, viró en medio de la dársena y arrojó las guindalezas. Como no había más que gente del ramo en el muelle, todo el mundo había contado ya a los cinco pasajeros de primera y los doce de segunda.

Maloin se sirvió café, añadió aguardiente y cargó la tercera pipa. Se la fumó de pie, mirando desde las alturas las figuras en movimiento. ¿Por qué se fijó más en un hombre que en los demás? Como de costumbre, habían colocado las vallas para impedir que los pasajeros saliesen sin pasar por la aduana. Pero el hombre en cuestión, que venía de la ciudad, se hallaba fuera del recinto vallado, debajo mismo de la cabina, y Maloin pensó que si quería podía escupirle.

Llevaba un abrigo gris, un sombrero de fieltro también gris, guantes de piel, y fumaba un cigarrillo. Los demás detalles, Maloin no llegaba a distinguirlos. Los ferroviarios, los aduaneros y los empleados de la estación atendían a los viajeros que cruzaban la pasarela. Aparte del hombre de gris, Maloin vislumbró fue el único que una sombra que se erguía en la proa del barco, y en ese mismo instante aquella sombra arrojó un objeto al muelle.

El lanzamiento fue tan increíblemente preciso como una acrobacia. A cincuenta metros de la gente acababa de pasar volando por encima de las vallas una maleta, y ahora el desconocido de la ciudad la sostenía en la mano, con toda naturalidad, sin dejar de fumar.

El hombre habría podido marcharse, pues nadie se atrevería a interpelarle. Sin embargo, permaneció allí, a unos metros del rápido, como un viajero cualquiera que espera a un amigo. La maleta parecía liviana. Era una de esas pequeñas maletas de fibra cuyo fin era contener un traje y un poco de ropa interior. Henriette tenía una parecida.

—¿Qué estarán pasando de contrabando? —se preguntaba Maloin.

Ni por un instante se le pasó por la cabeza denunciar a los dos desconocidos, uno de los cuales seguía sin poder verse. No era asunto suyo. Si él hubiera viajado a Inglaterra, también había pasado tabaco o alcohol de contrabando, porque todo el mundo lo hacía.

Una joven fue la primera en salir de la aduana y en dirigirse hacia un compartimiento de primera. Un hombre ya bastante mayor, seguido de dos mozos, se acomodó en un coche cama. Casi todos los días llegaban viajeros de la alta sociedad, sobre todo en el barco de noche, y Maloin, desde su cabina, había entrevisto a ministros, delegados de la Sociedad de Naciones, actores y estrellas de cine.

A veces los fotógrafos acudían a esperarlos al muelle.

El hombre de la maleta permanecía inmóvil. Tenía más aspecto de inglés que de francés, pero Maloin tampoco podía asegurarlo. Al poco, salió un viajero de la aduana, un tipo flaco con un impermeable beige, y de inmediato se dirigió hacia el que esperaba fuera. Todo había funcionado de maravilla. El hombre de Londres había lanzado la maleta a su cómplice y ahora se estrechaban la mano.

¿Subirían al tren? Mientras Maloin se preguntaba aquello, los vio cruzar la calle y entrar en el Moulin Rouge, cuya música le llegó por un instante.

El jefe de estación tocó el silbato. El sonido resonó en la cabina. Maloin bajó hasta el fondo la segunda palanca y a los pocos instantes el tren arrancaba hacia la otra estación, la de verdad, de donde saldría rumbo a París.

Apagaron todo y cerraron las puertas. Los aduaneros se alejaron en grupo y dos de ellos entraron en el Café Suisse. En el barco también fueron apagándose las luces, salvo en la popa, donde un aparejo extraía con estruendo cajas de madera de la cala abierta.

Todas las noches se repetía el mismo rito. Durante dos o tres horas se oía el rechinar del cabrestante y se veía la luz directa del proyector enfocado en la cala.

Pero la atención de Maloin se centraba en el Moulin Rouge y sus cristales abigarrados, tras los cuales se vislumbraban las sombras de los que bailaban.

«Puede que Camélia salga con uno de ellos», se dijo.

Y es que de cuando en cuando Camélia abandonaba el cabaret acompañada, doblaba la primera esquina de la calle y un instante después se oía el timbre de un hotelito. Maloin había entrado con ella alguna vez, como los demás, por curiosidad. Era una buena chica, estaba siempre de buen humor y saludaba a Maloin cuando lo veía pasar.

—¡Anda, salen sin ella!, —murmuró.

Con frecuencia hablaba solo en la cabina, porque así se sentía como acompañado.

«¡Apuesto a que van a hacer el reparto!».

Los dos hombres, en vez de caminar hacia la ciudad, cruzaron la calle, pasaron al otro lado de las vías y se detuvieron en el lugar más oscuro y desierto, al borde de la dársena. Maloin sonrió, porque nadie se percataba nunca de su presencia. Nadie se imaginaba que arriba, en la cabina acristalada donde reinaba una luz rojiza, había un hombre mirando. Las parejas de enamorados menos aún que los demás, y el guardagujas tenía recuerdos divertidos.

Se volvió para alcanzar la taza de café y beber un sorbo. Fue cuestión de un segundo tal vez se perdió un gesto de uno de los desconocidos, pero no más. Sin embargo, cuando volvió a mirar, el hombre alto y flaco golpeaba en el rostro a su acompañante, con una violencia y una rapidez que lo sorprendieron.

Le golpeaba con la mano derecha, sin soltar la maleta que sostenía con la izquierda. Debía de llevar la manos cubiertas, pues el puño se veía demasiado oscuro, parecía que empuñara una porra. El cabrestante no dejaba de gemir.

Con la cara pegada al cristal, Maloin vio tambalearse al herido al borde de la dársena, donde irremisiblemente había de caer. El otro lo sabía. Había calculado el golpe para que fuera así. Lo que no había

previsto, al parecer, era que su víctima, con un gesto instintivo, se aferrara a la maleta y se la arrancase de las manos.

Se oyó un «plof» seguido de otro más débil. Primero había caído el hombre, luego la maleta. El otro hombre, el larguirucho, lanzó una ojeada a su alrededor y se inclinó sobre el agua.

Solamente tres días más tarde se preguntó Maloin por qué no había pedido auxilio.

Pues, francamente, ¡no se le había ocurrido! Cuando uno se imagina una tragedia, no duda de cómo se comportaría. Pero cuando sucede de verdad, la cosa cambia. En realidad observó la escena como habría observado cualquier pelea en la calle, con curiosidad, y solo cuando el hombre se incorporó, gruñó:

—¡Seguro que el otro está muerto!

Había dejado que la pipa se apagara, así que la encendió mientras inspeccionaba malhumorado el muelle, porque su deber era bajar y no se atrevía. Cuándo un hombre acaba de matar a otro, ¿se plantea matar a un segundo hombre? Aun así, abrió la puerta. El asesino oyó el ruido, miró hacia arriba y se alejó a zancadas en dirección a la ciudad.

Maloin bajó lentamente. Como se esperaba, el agua de la dársena estaba en calma y no se veía el menor rastro ni del hombre ni de la maleta. A cincuenta metros se erguía la roda del barco de Newhaven. En la popa seguían descargando cajas.

¿Qué podía hacer? ¿Llegarse hasta el Café Suisse, donde había un policía de guardia? Tras dudar un momento, recordó que no le quedaba aguardiente, entró en el Moulin Rouge y se sentó en la barra, junto a la puerta.

—¿Qué tal? —preguntó Camélia.

—Bien. Ponme un Calvados…

La orquesta de jazz se hallaba al fondo, envuelta en una luz rosada, y había algunas personas bailando. Camélia esperaba que Maloin le hiciera una señal, y este por un momento sintió deseos, pero se tomó otro Calvados y dejó de pensar en ello.

Estaba de malhumor y recordó que ya había salido así de su casa. Pero ahora el asunto era serio. No había dado la voz de alarma enseguida y a buen seguro le reprocharían su silencio. Y, sin embargo, no era culpa suya, ¡es que no se le había ocurrido!

—¿Te vas? —preguntó Camélia.

—Me voy.

Miró otra vez el agua de la rada y, mientras subía a su reducto, iba cavilando. De todas formas, de nada serviría buscar el cuerpo, pues el hombre estaba muerto, y bien muerto. En cuanto al otro, estaría ya lejos.

Maloin miró el panel de timbres y dio vía libre a la tres para nuevos vagones de mercancías. Un taxi se detuvo delante del Moulin Rouge: bajaron dos hombres que andaban de parranda.

—¡Al fin y al cabo, no es asunto mío! —dijo Maloin en voz alta.

Cargó la estufa y apuró la última gota de café. Aquel era el peor momento de la noche, el más frío. Soplaban vientos del este, el cielo estaba despejado y dentro de una hora caería una desagradable helada. No había nada que hacer, nada que mirar hasta que abriera el mercado de pescado, cuya actividad empezaba cuando aún era de noche y acababa en pleno día.

«¡Ha matado al otro para quedarse con la maleta!», pensó Maloin. «¡Pues se ha quedado con tres palmos de narices!».

¿Qué contenía la maleta? Nadie mata a un hombre así por las buenas.

Había bajamar. Pasada una hora, no cubriría más de tres metros a orillas de la dársena. E incluso menos, porque era marea equinoccial. Maloin frunció el ceño, arrugó la nariz, se rascó la sien y lanzó un suspiro, hábitos todos que se adquieren cuando se pasa uno mucho tiempo solo: hace muecas, gestos, gruñe y de cuando en cuando masculla unas palabras.

—¿Por qué no?

Evidentemente hacía frío. Pero si merecía la pena…

Se paseó por su habitáculo sin dejar de discutir consigo mismo. Hasta que, de repente, bajó por la escalera de hierro y se dirigió hacia la orilla del muelle.

—¡A la porra! —masculló de nuevo.

Se quitó los zapatos y la chaqueta, echó una ojeada al barco inglés, en el que ya no se oía ningún ruido, y se tiró al agua. Antes de trabajar como guardagujas había pescado en un bou y luego se pasó cinco años en la Marina.

Desapareció tres veces bajo el agua, y en cada inmersión removía con las manos el limo tibio del fondo. La cuarta vez se topó con un viejo cable de acero. A la quinta, por fin, cuando ya empezaba a tener miedo, salió con el maletín.

Poco a poco el miedo se convirtió en pánico y empezó a arrepentirse de lo que había hecho. Se preguntó qué pasaría si le sorprendían y echó a correr, con la chaqueta en el brazo y olvidándose de los zapatos.

Nunca había subido tan deprisa la escalera de hierro. El maletín iba soltando agua. Él mismo chorreaba. Pero tenía ropa de faena en el armario y pudo cambiarse. Aún no había abierto el maletín y lo miraba con recelo. Además, tenía que ir a recoger los zapatos. En el momento mismo en que regresaba a la cabina cerraron el Moulin Rouge.

Camélia salió la última y echó una ojeada hacia arriba para asegurarse de que al guardagujas no le apetecía irse con ella aquella noche. Entretanto Maloin mascullaba:

—¿Y ahora qué hago?

¡Abrir la maleta, evidentemente! ¡No tenía vuelta de hoja!

Si la llevaba a la comisaría, no entenderían su conducta, y, al fin y al cabo, tal vez no contuviera más que tabaco de contrabando.

Ni siquiera estaba cerrada con llave y, cuando levantó la tapa, lo primero que vio fue una masa blanda, empapada, un montón de trapos informes. Los sacudió para ver si había algo más y fue entonces cuando descubrió los billetes.

Le sucedió como al presenciar el crimen: al principio Maloin no experimentó la menor emoción y se quedó mirando como un estúpido el montón de billetes blancos, billetes ingleses de cinco y de diez libras que se habían pegado los unos a los otros al mojarse.

Ya había visto antes billetes de diez libras. Él mismo tenía cinco mil francos, o más, en el banco y la casa donde vivía era de su propiedad.

Pero allí no había diez, ni cincuenta billetes, ni una cantidad de dinero cualquiera. ¡Se trataba de un maletín lleno de billetes de banco! ¡Una suma increíble de dinero!

Lo primero que hizo Maloin fue dar la vuelta a la cabina mirando hacia fuera. El mar estaba más claro. Al otro lado del muelle, empezaban a pararse camiones y coches delante del mercado de pescado, donde ya habían encendido las luces dos bares.

Maloin se alejó del montón de billetes y, como si fuese lo más urgente, vació el agua que quedaba en la maleta y la puso a secar ante el fuego. Luego tendió sobre una silla el pantalón mojado y encendió una pipa.

—¡Si hasta puede que haya un millón! —susurró.

Después se sentó ante los billetes y los contó uno por uno, separando los de cinco libras de los de diez. Mojando la pluma en la tinta violeta se puso a hacer sumas y multiplicaciones, y el total le dio la cantidad de quinientos cuarenta mil francos según más o menos el cambio vigente.

Bien, así que no había más que quinientos cuarenta mil francos. Enseguida se hizo a la idea y, como si fuese lo más natural del mundo, juntó el dinero en fajos, los envolvió en papel gris y los guardó en la maleta, que metió en el armario. Eran tres guardagujas y cada cual disponía de un mueblecillo para guardar sus cosas.

—¿Será posible?… —dijo sonriendo a su pesar.

No obstante, se sentía un poco incómodo. Por ejemplo, evitaba hacer planes y confesarse abiertamente que consideraba suyo aquel dinero. Se acercó una vez más hacia los cristales, que ya

empezaban a clarear, y su mirada se fijó en dos hombres que hablaban al otro lado de la dársena. Uno de ellos era Baptiste, un pescador que solía poner palangres en el puerto y a lo largo de las escolleras. Su barquita pintada de verde se llamaba la Grâce de Dieu.

El hombre con quien conversaba Baptiste llevaba un impermeable beige y era alto y flaco. Se trataba del asesino. No había podido acostarse, y seguramente se había pasado la noche deambulando por la ciudad.

¿Qué estaría contándole al pescador mientras no le quitaba ojo a la barca verde? ¿Se atrevería a alquilarla para, acompañado de Baptiste, escudriñar el fondo con un gancho?

Maloin sonrió sin saber por qué. No estaba impresionado. Baptiste se fue solo con su barca y sacó los palangres, mientras el otro lo miraba desde el muelle soplándose de cuando en cuando en los dedos, tiesos de frío.

Una hora después salió el sol y el mar, de color verde pálido, se cubrió de destellos que semejaban escamas de pez. En casa de Maloin habían abierto la ventana de la primera planta. Su mujer estaría preparando el desayuno del chiquillo, que a las siete salía para la escuela.

Un hombre cruzaba el puente y Maloin sabía que se trataba de su compañero, que venía a relevarle.

En definitiva, todo estaba en orden. Era una mañana como otra cualquiera. El hombre del impermeable se acercaba a ratos a la esquina de la calle y regresaba al mismo sitio, sin quitar el ojo a una zona de la dársena y a la barca de Baptiste.

En el barco inglés estaban lavando la cubierta con una manguera y los marineros corrían descalzos por el suelo inundado.

Maloin tenía quinientos cuarenta mil francos en su armario, un armario de madera blanca que no valía ni cincuenta francos y que necesitaba una mano de pintura. ¿Quién hubiera adivinado algo semejante?

Colgaba un espejo roto de la pared. Maloin se miró con curiosidad. Seguía siendo el mismo Maloin de siempre, con la tez clara, la piel cubierta de finas arrugas marcadas por la sal marina, los ojos grisáceos, las cejas enmarañadas y el bigote ya entrecano.

—¿Qué, te encuentras guapo? —dijo su compañero dejando el termo de café sobre la estufa. Maloin le guiñó un ojo.

—Nunca se sabe.

Miraba el armario. Miraba la barca verde y, en la orilla, al hombre de Londres, que pateaba de impaciencia. Era imposible no sonreír. No podía evitarlo.

—¿Qué hay anunciado?

—Diez vagones de verduras tempranas…

Los ojos le reían a ratos. El asunto se las traía. En cualquier caso, no merecía la pena pensar en todo a la vez. Más adelante, ya se vería.

Al bajar la escalera, pensó que su mujer se enfadaría cuando le viera llegar con los calcetines mojados. En la esquina de la calle, junto al Café Suisse, vio de lejos a su hija, que iba a buscar la leche para sus patrones.

2

Todo podría haber sucedido de otra manera, y entonces Maloin habría regresado tranquilamente a su casa y nunca más habría vuelto a ver al hombre de Londres. Como solo lo había visto de noche o por la mañana, pero de muy lejos, podía asegurar que no conocía su cara.

Sin embargo, mientras Maloin rodeaba la dársena, cruzaba el puente de hierro y se encaminaba hacia el acantilado, la barca verde, en vez de continuar pescando, se dirigió de pronto hacia el mercado de pescado, y, con fingida indolencia, el hombre de Londres se acercó al lugar donde iba a atracar.

A pesar de eso, Maloin podría haber pasado de largo, pero justo acababa de pararse para contemplar una enorme raya y, cuando alzó la cabeza, tenía la mancha verde delante de los ojos, al sol, la mancha oscura del impermeable en primer plano y, detrás, la silueta azul de Baptiste, que remaba con la espadilla.

—¡Hola, Maloin! —saludó alguien que pasaba con una cesta de cangrejos.

—¡Hola, Joseph!

Y, sin embargo, se había prometido pasar muy rápido, siguiendo la acera. Pero era demasiado tarde. La culpa la tuvo la Gráce de Dieu, hacia la que miraban ambos. Y cuando dos personas observan un mismo espectáculo, raro es que no se crucen sus miradas. No mediaban entre ellos ni cinco metros. Los separaba una bita de amarre cuyo bronce estaba perlado de escarcha. Se había disipado la neblina que precede al amanecer y el aire era límpido, los colores

pálidos y delicados. La mitad del universo estaba invadida por el mar, tan en calma que en la orilla no se distinguía una arruga, ni siquiera una ola blanca. La otra mitad iba despertándose poco a poco en torno a relucientes pescados y a ruidos que llegaban de las profundidades de la ciudad: timbres, el golpeteo de un martillo, un estrépito de persianas.

Bien plantado en el suelo, con la pipa entre los dientes y la gorra de ferroviario encasquetada, Maloin fingía mirar el agua como tanta gente acostumbra a hacer, pero una figura beige no se movía del ángulo derecho de su retina.

«Parece desesperado», pensó.

Aunque tal vez el hombre de Londres nunca estuviera alegre. Tenía una cara extraña, muy enjuta, la nariz larga y puntiaguda, los labios descoloridos y la nuez bastante prominente.

Resultaba difícil adivinar su profesión. No era un obrero. Sus manos eran grandes y se veían cuidadas, con vello rojizo y uñas cuadradas. Vestía de un modo similar a la mayoría de los viajeros ingleses que pasan por Dieppe, con un traje de tweed oscuro, cuello blando, sombrero flexible e impermeable de buena calidad.

Tampoco era un empleado, pues algo en su aspecto daba a entender que no llevaba una vida sedentaria, ni siquiera regular. A Maloin le hacía pensar en estaciones, hoteles, puertos…

Y de pronto le vino a la mente una conjetura que, por gratuita que fuese, se ajustaba a sus impresiones: el hombre tenía pinta de dedicarse al espectáculo de variedades, o al circo, tal vez fuera prestidigitador, o ventrílocuo, incluso acróbata.

Baptiste, que había amarrado la barca, dejó en el muelle una cesta de congrios. El hombre siguió todos sus movimientos con sus ojos hundidos y tristes, sosteniendo el cigarrillo entre los dedos amarillos de tanto fumar.

—¡Nada del otro mundo! —dijo Baptiste señalando los congrios.

Se dirigía al hombre como le hablaría un pescador a cualquier curioso que se encontrara en el muelle.

¿Entablaría el hombre conversación con Baptiste? ¿Acaso no llevaba tanto tiempo esperando en el muelle precisamente para hablar con él? Maloin estaba seguro de ello. Sabía que él sobraba allí, pero no quería irse.

Mientras el pescador subía al muelle, la flaca cabeza del inglés emprendió un movimiento lateral y las dos miradas se encontraron por primera vez, inquietas, sorprendidas, incapaces de retirarse.

De repente, Maloin sintió miedo, miedo de todo y de nada, y al hombre, por su parte, le asustó aquel ferroviario que permanecía allí inmóvil.

«No debo mirar hacia la torre», se dijo Maloin. «Se daría cuenta enseguida». Naturalmente miró, y estaba seguro de que el otro le seguía la mirada.

«Va a reconocer mi gorra de ferroviario y…».

Fue automático. Los ojos del hombre se alzaron hacia la gorra.

—Entonces, ¿quiere usted dar ese paseo? —preguntó Baptiste.

Maloin no oyó la respuesta. Huyó con torpeza, empujó a una mujer cargada con una cesta llena de gambas y se abrió paso entre los corros del mercado hasta que llegó al otro lado del edificio. Cuando miró hacia atrás, ya no vio el impermeable.

Estaba seguro de que el hombre había huido como él, bruscamente, sin motivo, y de que estaba buscándole en el extremo opuesto del mercado.

Por lo general, se acostaba en cuanto acababa de comer, se levantaba a eso de las dos y pasaba el resto de la tarde pescando o haciendo chapuzas en casa. Aquel día quiso dormir como siempre, pero, apenas transcurrida una hora, se levantó de la cama y recogió su ropa.

—¿Necesitas algo? —gritó su mujer, que le había oído desde abajo.

No necesitaba nada, pero no tenía sueño. En la cama, con los ojos cerrados, había estado pensando en las corrientes marinas, y había hecho cálculos.

Cuando el cuerpo cayó al agua, llevaban más o menos dos horas de bajamar. Por lo tanto, o había sido arrastrado hasta el fondo o, después de errar entre dos aguas, la corriente lo había empujado hacia alta mar.

No era la primera persona que se ahogaba en Dieppe y, cuando se conoce bien un puerto, puede preverse casi con exactitud adónde irá a parar un cadáver. Este probablemente se había quedado agarrado a los pilotes de las escolleras y, de ser así, tardarían mucho tiempo en descubrirlo. O tal vez había seguido la dirección del canal y las olas habían depositado el cuerpo un poco más abajo, en la playa, como le pasó a la americana del año anterior.

Maloin se ató los zapatos y bajó por la escalera de pino de Virginia, que vibraba bajo su peso, como casi toda la casa, pues estaba construida con materiales ligeros.

—¿Vas a salir? —preguntó sorprendida su mujer, que estaba lavando la ropa.

—Sí.

Con esa respuesta bastaba y sobraba. Alzó la tapadera de una cacerola a fin de ver qué había para comer, y, mientras se anudaba la bufanda, pensó en la bufanda de lana que le había hecho a su compañero su mujer; después, delante de la puerta, cargó la pipa.

Desde donde se encontraba veía la playa, pero esta quedaba demasiado lejos para distinguir un cuerpo entre las carretas que cargaban guijarros.

Cuando cruzó el mercado de pescado, ya había terminado la subasta y estaban limpiando las losas con abundante agua. El sol iluminaba la cabina de cristal, al otro lado de la dársena, y Maloin podía distinguir con nitidez la figura de su compañero.

—Ponme un trago de Calvados —dijo acodándose en la barra de un bar.

¿Se encontraría con el payaso? Ahora lo llamaba así. No podía decirse que tuviera ganas de verlo y, sin embargo, su mirada lo buscaba por las calles.

El malecón estaba desierto, los grandes hoteles cerraban en invierno y tenían las ventanas atrancadas o los cristales pintados con yeso. El casino también estaba cerrado, al igual que las tiendas de lujo aledañas. Maloin nunca iba por allí, en verano porque no era un lugar para él, y en invierno porque no había ningún motivo para acercarse. Algunas madres paseaban a sus hijos por el malecón. Pasó un volquete cargado de guijarros y en la playa varios hombres llenaban otros con palas.

Maloin caminaba lentamente, con las manos en los bolsillos y fumando su pipa, parecía un apacible obrero que hubiera salido a tomar el aire. En apariencia observaba con placidez la orilla del mar orlada de algas.

No había ningún cadáver. Solo un montón de algas podría parecer, en último término, un cuerpo; se acercó para verlo mejor y hasta le dio una patada. Regresó hacia el malecón y, cuando subía los escalones, se topó de narices con el payaso.

Como por la mañana, sus ojos se cruzaron de inmediato. Los más asustados eran sin lugar a dudas los del inglés. Maloin observó que tenía la nariz azulada por el frío y que le temblaba el cigarrillo en los labios.

Si hubiera continuado subiendo, se habrían rozado al cruzarse, de modo que Maloin, apurado como cuando se dice una mentira, se volvió hacia el mar y fingió contemplarlo. Aguzó el oído y oyó que los pasos iban alejándose. Cuando se dio media vuelta, el hombre de Londres se encontraba ya lejos. Caminaba a zancadas tan largas que recordaba a un saltamontes.

¿Qué clase de persona era? No tenía cara de bruto. ¡Al revés!, parecía más bien un pobre diablo enfermizo que lleva una vida solitaria.

Aun así, había traído de Londres una maleta con quinientos cuarenta mil francos y había matado a su compañero para no repartírselos con él.

En cuanto al muerto…, en realidad, Maloin no tenía ni idea de quién era. Solo lo había visto de lejos, y además de noche. Sabía que vestía de gris y que era un poco más corpulento que el otro.

¡Nada más!

Pasó delante del Hotel de Newhaven, el único hotel del malecón que seguía abierto, pues contaba con una clientela de viajantes de comercio. El payaso había desaparecido detrás del casino y Maloin no quería volver a verlo.

«Tengo quinientos cuarenta mil francos», se dijo sin convicción, para ahuyentar el malestar que le aturdía.

Se encontraba a cien metros de la carnicería donde trabajaba su hija de criada. ¿No resultaba extraño? Al pasar no la vio, porque estaba en la cocina, pero la señora Laîné, sentada ante la caja, le saludó con un gesto.

«¡No tienes ni idea de que soy más rico que tú!», masculló para sus adentros.

¿Por qué estaba de malhumor, entonces? Pensó que un aperitivo le levantaría el ánimo y entró en el Café Suisse. Eran casi las doce. Los viajeros que subirían al barco de la una estaban llegando y se sucedían las mismas maniobras que por la noche. Tras tomarse un par de copas, le entraron ganas de darse una vuelta por la cabina. Llegó sin aliento.

—¿A qué has venido? —le preguntó su compañero, sorprendido.

Maloin le observó con recelo. Se daba cuenta de que estaba obrando mal, pero era superior a sus fuerzas.

—¿Te molesta verme?

—¿Por qué iba a molestarme?

—¡Pues lo parece!

Sonó el timbre. El guardagujas dio vía libre a la tres mientras Maloin observaba su armario. Quería decir algo para borrar la mala

impresión, pero no se le ocurría nada. Por otro lado, no quería que pareciera que daba él el primer paso. ¿Por qué no decía nada su compañero?

Aguardó dos o tres minutos de pie en medio de la cabina, fingiendo que seguía con la vista un bou que regresaba. Al final lanzó un suspiro y se fue sin decir nada.

«¡A la porra!», gruñó mientras bajaba por la escalera de hierro.

La puerta del Moulin Rouge estaba abierta. Había dos mujeres fregando el suelo, y el dueño, un antiguo barman de París, restregaba el espejo del bar con blanco de España.

Maloin regresó a su casa. Como le venía de paso, compró un periódico, que desplegó delante de su cubierto.

—¿No me cuentas nada? —preguntó su mujer. —No tengo nada que contar.

Podía salir algo en el periódico, aunque fueran dos líneas referentes a la maleta, a algún robo cometido en Inglaterra o a dinero falso.

Al pensar en esas posibilidades dos arrugas le surcaron la frente. ¿Y si se trataba de dinero falso? No podía imaginarse a un ladrón, ni siquiera a un estafador, con el aspecto del payaso. Pero ¿y si era un falsificador, de esos que trabajan en un sótano y se pasan el día enfrascados en una tarea meticulosa, manejando tintas y ácidos?

—¿Qué te pasa? —preguntó su mujer.

¿Que qué le pasaba? ¡Que estaba furioso! O, mejor dicho, le daba miedo tener que estar furioso, porque como fueran billetes falsos…

—¿No comes más?

—¡No!

¡Sobre todo, que no empezara a ametrallarle a preguntas! No podía quedarse sentado. Si se levantaba, le entraban ganas de echar a andar. Y no sabía adónde ir.

¡Pero por lo menos que encontrasen el cadáver! Porque luego se haría de noche y habría que esperar al día siguiente. A saber si el

ahogado no se había quedado enganchado en uno de esos cabos viejos que corren por el fondo de la dársena, en cuyo caso no habría nada que hacer: lo encontrarían al cabo de un mes, ¡o nunca!

—¿Por qué no está Ernest?

—¿No te acuerdas de que hoy es el día que come con su tía?

Regresó a la ciudad. A las tres y media encendieron ya las luces de los escaparates y las farolas. Junto a la estación marítima, se iluminó también la cabina acristalada. Durante más o menos un cuarto de hora tuvo sueño, pero luego se le pasó.

Acabó acomodándose en un rincón del Café Suisse, donde al menos sonaba un fonógrafo. En el rincón de enfrente estaba sentada Camélia, bien vestida, con una piel de zorro en torno al cuello. La chica le sonrió y le hizo una débil señal. Maloin estuvo a punto de irse con ella. Así por lo menos mataría una hora. Se lo pensó, pues solo llevaba unos veinte francos en el bolsillo.

¿Cómo averiguaría si el dinero de la maleta era falso? No podía presentar un billete en el banco. Si al menos los periódicos…

Abrió los de París, que acababan de llegar, y durante un rato permaneció inmóvil encogido en su rincón, calentito y arropado por la música. En la mesa de al lado jugaban al dominó. Volvió a entrarle somnolencia, pero no era una sensación desagradable.

Se abrió la puerta. Se había abierto ya veinte veces sin que Maloin le prestara atención, pero esa vez alzó bruscamente la cabeza y vio que el payaso entraba y se sentaba a una mesa.

Apenas los separaban tres metros. El inglés no le había visto.

—Un coñac —pidió cuando se acercó el camarero.

De un momento a otro volvería la cabeza y descubriría a Maloin. Se lo impidió Camélia, que se sentó a la mesa del inglés sin pedir permiso y le tendió la mano.

—¿Dónde está tu amigo? —preguntó de sopetón—. Me había citado a las cuatro y son casi las cinco.

Maloin lo oía todo. Temía lo que pudiese ocurrir. Le daba la impresión de que aquello por fuerza tenía que acabar con un

escándalo. La mirada del inglés se apartó de Camélia y fue a posarse en el guardagujas, una chispa de terror brilló en sus pupilas.

—No lo sé. Creo que se ha ido a París.

Tenía acento, aunque no demasiado. Hablaba lentamente, sin apartar la mirada de Maloin. Camélia le tocó el brazo para obligarle a volverse hacia ella.

—¿Y qué debía hacer en París?

Aunque lo habían pillado entre dos fuegos, el payaso mantuvo la calma e incluso intentó sonreír.

—¿Y cómo voy a saberlo? Teddy no me lo cuenta todo.

Maloin hizo un nuevo descubrimiento: el hombre tenía los dientes picados o amarillentos a causa del tabaco.

—¡Camarero! —llamó el inglés.

—¿Estás seguro de que Teddy no se encuentra en Dieppe?

Cualquiera habría dicho que Camélia sospechaba la verdad. Lo miraba con tal insistencia que Maloin no habría querido estar en su lugar.

—Cinco francos y medio, con la copa de la señora.

Sin mirar al guardagujas, el inglés pagó y salió por la otra puerta, para no tener que volverse hacia él. Camélia, ya sola, se empolvó y se pintó los labios; luego llamó al camarero.

—Joseph, si alguien pregunta por mí, dile que no he podido esperar más tiempo… Si quiere, que venga a verme esta noche al Moulin Rouge.

Cuando un hombre vestido con un impermeable entró en el Hotel de Newhaven, la dueña, que se hallaba sentada en la recepción al fondo del vestíbulo, se volvió hacia una ventanita que comunicaba con el office.

—¡Germain! Ponga el cubierto de Mister Brown. Luego sonrió a Mister Brown, mientras este colgaba el impermeable en el perchero.

—¿Le ha gustado el paseo? Me parece que no va usted muy abrigado para la estación que corre. Aquí, en Dieppe, los vientos son húmedos.

Brown asintió, sonrió también, o más bien esbozó un amago de sonrisa, y se volvió hacia la barra.

—¡Germain! —llamó de nuevo la dueña—. Le llama Mister Brown a la barra. Era una mujer oronda y alegre, que no necesitaba esforzarse para ser amable.

—¿Un whisky, Mister Brown? —preguntó Germain, que ya tenía la botella en la mano.

El hombre de Londres se había sentado en un sillón de cuero y era evidente que no tenía nada que hacer. Miraba al vacío sin pensar o, si pensaba en algo, no se advertía señal alguna en su rostro.

A la hotelera le parecía distinguido, no solo porque era alto y delgado, sino también porque no hablaba mucho y nunca se reía.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo con nosotros, Mister Brown?

—No lo sé. Tal vez.

—Si le apetece algún plato especial, no tenga reparo en decirlo. En invierno a mi marido le sobra tiempo. Brown asintió con la cabeza.

¿A qué hora acostumbra usted a levantarse? Le llevarán el desayuno a la habitación.

El inglés hizo un amago de sonreír cortésmente, se tomó el whisky, se levantó suspirando, paseó su largo cuerpo por el vestíbulo y se aposentó de nuevo en un sillón, pero esta vez en un sillón del salón.

—¡Germain! Vaya a encender la luz.

Mister Brown seguía mirando al vacío con aire triste y, cuando se acomodó solo ante una mesa, bastante cerca de los dos viajantes de comercio, nadie podía imaginar que no llevaba más que una libra esterlina en el bolsillo.

Por lo que respecta a Maloin, ni siquiera reparó, durante la cena, en que su hijo ponía los codos sobre la mesa.

—Me parece que vas a pillar un gripazo —aventuró su mujer.

—Siempre estás con tonterías —replicó Maloin.

Cogió el termo de café y las rebanadas de pan, besó a su mujer y al niño y se encasquetó la gorra.

¡Cuánto se habría sorprendido la señora Maloin si le hubieran dicho que su marido tenía miedo!

¡Y, por si fuera poco, miedo a la oscuridad!

En la bajada hasta el muelle no había luz. La recorrió tan deprisa que estuvo a punto de resbalar. Al mismo tiempo, pensaba que lo que se le había ocurrido a su mujer tampoco era tan mala idea.

¡Pues muy bien, tendría gripe! Le darían un permiso de una semana.

Las luces de los muelles se reflejaban en la dársena. Baptiste estaba empujando la Gráce de Dieu hacia las escolleras para sacar los palangres y las nasas.

—¡Hola, Maloin!

La voz brotó de la húmeda oscuridad en la que temblaba el farolillo de la barca, y aquella luz, pese a hallarse muy cerca, parecía lejana.

—¡Hola, Baptiste!

Tal vez Maloin habría estado más animado si hubiera dormido. Al pasar delante del Café Suisse echó una ojeada al interior, pero no estaba el inglés. Entró enfurruñado en la cabina con dos minutos de retraso y relevó a su compañero sin decirle ni una palabra.

El Moulin Rouge estaba iluminado. En aquel momento llegaban los músicos. Maloin se sentó junto a la estufa y echó una mirada a las palancas.

3

A la mañana siguiente, cuando entró en la cocina arrastrando los pies, su mujer no necesitó mirarle para decirle:

—¡Ves como estabas incubando un gripazo! ¿Quién tenía razón?

Su mujer no tenía en absoluto razón, porque él no había contraído la gripe, pero la exclamación demostraba que Maloin parecía enfermo. Cierto que su mujer poseía un olfato especial para adivinar cuándo algo iba mal, en especial si se trataba de cosas sucias o vergonzosas, o solo molestas. Era la primera en descubrir un grano en la cara de alguien o de pillarle una mentira a Ernest.

—No comas mucho. Te prepararé un grog.

Al volver del trabajo, solía comer carne y patatas recalentadas, pero esta vez ni siquiera se sentó en su sitio y, tras lanzar una mirada enconada a su alrededor, se dirigió hacia la escalera.

Nunca se había sentido tan cansado. Aunque no era solo el cansancio, sino algo peor: le dolían el cuerpo y la cabeza y le escocían los ojos. Pero sobre todo se sentía tan mareado como después de la peor de las borracheras.

—¡Déjame en paz! —ordenó a su mujer, que hacía amago de seguirle escaleras arriba.

No quería verla dando vueltas en torno a su cama mientras iba desgranando recomendaciones y se lamentaba.

—¿No quieres tomarte un grog?

Por toda respuesta, cerró la puerta de una patada. La sirena que alertaba de la niebla hizo que le estallaran los oídos. La habitación estaba fría. Arrojó un zapato a la izquierda, el otro a la derecha, el

pantalón al respaldo de una silla, y permaneció un rato, en camisa, contemplándose los pies.

¿Otra vez iba a ponerse a pensar? ¿No era suficiente con la noche anterior? Solapadamente, como quien prepara una fechoría, se acercó a la ventana descalzo y la abrió con un movimiento brusco que hizo crujir la madera.

El busto de Maloin emergió de la ventana como un diablo de una caja, y a pesar de que la niebla lo cubría todo, logró divisar al hombre a unos cincuenta metros de la casa.

Se quedó satisfecho de haberlo asustado. Porque estaba convencido de que lo había asustado al abrir de repente aquella ventana y sacar medio cuerpo fuera. Tanto era así que el inglés, sin volverse, bajó corriendo la pendiente en dirección a la ciudad.

Maloin se acostó hablando solo, como hacía en su cabina.

—¡Tengo que dormir, si no, no aguantaré!

¡Qué noche había pasado! No había sucedido nada trágico, nada que mereciera la pena contarse en comparación con la noche anterior, que había sido mil veces más dramática, pues vio cómo asesinaban a aquel hombre a pocos metros de él, algo que, sin embargo, no le había causado ninguna impresión.

Tal vez fuera porque ahora conocía al asesino. ¡Aunque tampoco había hablado con él! No sabía su nombre, ni su profesión, ni por qué había matado al otro, ni si había robado o falsificado dinero.

¡No sabía absolutamente nada, pero lo conocía!

Hasta su rostro le resultaba ya más familiar que, por ejemplo, el de su cuñado, y eso que veía a su cuñado todos los meses desde hacía quince años.

Hasta la medianoche los muelles estuvieron vacíos y la llegada del barco de Newhaven se desarrolló como de costumbre, más bien tranquila, porque había poquísimos pasajeros. Hasta ese momento, la noche había permanecido despejada, pero dio la impresión de que el barco traía consigo la niebla, pues esta empezó a rasar el agua y se elevó lentamente, blanqueada por la luna.

A pesar de que no tenía nada que hacer, Maloin había cargado tanto la estufa que la puso al rojo vivo y tuvo que abrir el cristal de una ventana. Le pasaba con frecuencia porque, cuando dejaba cerradas todas las ventanas, le daba la impresión de estar sordo. Si las abría, captaba los menores ruidos y los reconocía todos. Incluso si no prestaba atención pensaba: «¡Mira! El *Francette* está saliendo del puerto. Tendrán buen tiempo para echar la traína…». O bien: «¡Por ahí llega el señor Babu con su coche!».

Aparte de eso, no conocía al señor Babu. Era un armador que iba y venía con frecuencia a Le Havre en coche. Como su casa quedaba cerca de la estación marítima, Maloin oía el motor, pero eso era todo.

Estaban descargando salazones en la popa del barco inglés, aunque los chirridos del cabrestante no impedían distinguir otros sonidos más débiles y lejanos. Y así, a eso de la una, Maloin oyó el chapoteo del agua al otro lado de la dársena, por la zona donde Baptiste amarraba la barca.

Lo supo de inmediato. Únicamente se preguntó si Baptiste estaría en la barca con el desconocido. Cuando la Gráce de Dieu se plantó en medio de la dársena, envuelta en la niebla todavía transparente, no cabía la menor duda de que solo transportaba a un hombre y de que ese hombre era el inglés.

No sabía utilizar la espadilla, lo que indicaba que no era marino. Como solo había un remo, debía de sentirse incómodo, sobre todo porque intentaba no hacer ruido. Daba un golpe de remo a la derecha y luego a la izquierda, y, no obstante sus precauciones, el remo chocaba cada vez con el borde. La barca no iba recta. Resultaba extraño ver a un hombre esforzándose en dirigir la achaparrada embarcación en medio de la bruma.

Al principio, Maloin observaba con curiosidad, pero poco a poco le entró una especie de obsesión que le impidió apartar la vista, ver u oír cualquier otra cosa. Al mismo tiempo, a pesar de que la niebla se

espesaba, de que la barca y el hombre no eran a ratos más que una aureola, los veía, veía sobre todo el rostro del inglés con detalle.

Habría sido incapaz de recordar con la misma nitidez los rasgos de su cuñado o incluso los de su mujer, pues estos se le habrían aparecido más difuminados, petrificados o incompletos.

La barca avanzaba a sacudidas y Maloin estaba seguro de que el hombre de la nariz puntiaguda miraba el agua con sus ojos tristes, a un tiempo inquietos y resignados. Cuando la sombra se erguía, sabía que era para observar la cabina, suspendida en el cielo cual farolillo veneciano.

La barca llegó al lugar en que había caído la maleta. El hombre recogió el remo y se levantó. La oscilación de la barca le obligaba a moverse de forma torpe y vacilante.

Maloin adivinó cada gesto: el cabo que el inglés desenredaba y el bichero, que se enganchó a la cubierta antes de entrar en contacto con el agua.

Sonó el primer toque de sirena en la punta de la escollera y, diez minutos más tarde, la niebla invadía los menores repliegues, ocultando incluso la puerta iluminada del Moulin Rouge.

Maloin habría podido aprovechar el momento para pensar en otra cosa, para leer el periódico o dormitar junto al fuego.

Permaneció de pie, junto al cristal, aguantando la respiración para no perderse un ruido, y, cada vez que el chirrido de un cabrestante le impedía oír el chapoteo, fruncía el ceño.

El hombre estaba a unos quince metros de él en línea recta. Como no conocía el ritmo de las mareas, no se percataba de que el reflujo estaba arrastrándolo lentamente hacia el mar.

Removía el agua con el bichero, a golpecitos, pero al mirar a su alrededor se dio cuenta de que se estaba desplazando, hasta el punto de que llegó a chocar con el remolcador de la Marina. Baptiste, Maloin o cualquier otro habrían impedido que la embarcación se moviese remando con una mano y manejando el bichero con la otra.

La niebla era tan blanca y fría como el hielo; hasta parecía sólida, y varias veces estuvo Maloin a punto de estornudar. ¿Qué habría ocurrido? El hombre habría levantado la cabeza, pues cuando hay niebla los ruidos parecen más cercanos. Quizás habría soltado el cabo y perdido el bichero. ¿Quién sabe? Del susto, se le habría caído el remo al agua, que habría flotado lentamente hacia las escolleras.

¿Se habría atrevido a gritar?

No osaba levantarse por miedo a perder el equilibrio. Sentado, tenía menos libertad de movimientos y buscaba una postura más adecuada.

Maloin dio vía libre a un tren con una mueca de disgusto y regresó a su sitio ante el cristal.

Ni por un instante pensó en el muerto. No le interesaba o, más bien, no entraba dentro de sus preocupaciones. ¡Ni tan solo lo había visto! Solo había vislumbrado un abrigo, un sombrero, una silueta que se tambaleaba al borde del muelle.

Por otra parte, el muerto ya no necesitaba la maleta, pues estaba muerto.

Mientras que el payaso debía de necesitarla, ¡y mucho! Era realmente increíble, porque, a fin de cuentas, había cometido un crimen en aquel mismo lugar, la noche anterior. Ignoraba si había aparecido el cadáver, o si alguien había presenciado la escena y la había denunciado.

Era imposible que no se lo planteara y, sin embargo, en vez de abandonar Dieppe con el primer tren o el primer barco, se quedaba allí como reconcomiéndose.

Se había reconcomido ya por la mañana mirando con envidia cómo se paseaba el barco de Baptiste por la dársena. Aunque Maloin supuso entonces que el inglés regresaría, ahora, al verlo ofuscado en medio de la niebla oscura, le entraban escalofríos. ¿Sabía siquiera nadar?

«¡Debe de irle la vida en ello!».

A Maloin habría podido traerle sin cuidado, o al menos habría podido sonreír, habida cuenta de que tenía el dinero en el armario. Sin embargo, la situación lo incomodaba. Le impacientaba oír hurgar al payaso en el agua con su ridículo bichero. ¡Menudo chasco se llevaría como sacara al cadáver en vez de la maleta!

¿Y si no tenía medios para abandonar Dieppe? ¿Sería para otra persona el dinero de la maleta? Era la primera noche que Maloin olvidaba fumarse una pipa. Oyó voces por la zona del Moulin Rouge y reconoció la de Camélia. Luego cerraron la puerta, y oyó el cierre metálico. Los últimos pasos que resonaron fueron los del camarero, que vivía al otro lado del muelle, cerca de casa de Maloin.

Ya resulta crispante oír durante horas a una rata roer un tabique, ¡pero oír a un hombre mientras roe el agua y la niebla! ¡Y saber que es inútil, que no encontrará nada! ¡E imaginar su extraña nariz fruncida por la desesperación!

Maloin habría podido pensar que aquel hombre se lo tenía bien merecido, pero no lo pensaba y, a ratos, le ahogaba la impaciencia.

En un momento dado, se sacó la llave del bolsillo, abrió el armario y colocó la maleta sobre la mesa. Estaba seca y se advertían rastros de humedad que recordaban los contornos de un mapa. Los billetes ostentaban las mismas manchas amarillentas. Y seguían oyéndose los chasquidos del remo.

¿No bastaría con gritar: «¡Eh, tú!… ¡Toma esto!…», y arrojarle un puñado de billetes para que se las apañase?

«¡Es imposible!», pensó Maloin y suspiró. Cerró la maleta y a punto estuvo de olvidarse la llave en la mesa.

Cuando se dio cuenta, se puso pálido y comprendió de pronto que se hallaba a merced de un olvido, de un imprevisto, de una torpeza. A su compañero, al encontrarse la llave, podría habérsele ocurrido: «¡Hombre, igual el aguardiente de Maloin es mejor que el mío!…».

El propio Maloin más de una vez había echado un trago de la botella de su compañero y luego la había rellenado de agua.

Lo del agua le trajo a la mente las manos del hombre, que estarían rojas a causa del frío por remover el agua de la dársena. Además, el inglés no debía de estar acostumbrado a hacer ejercicios violentos, a pesar del puñetazo que le había propinado al otro.

¿Había llegado de Londres decidido a ahogar a su compañero? ¿Se habían peleado mientras tomaban una copa en el Moulin Rouge?

Lo que más irritaba a Maloin era el ruido del bichero cuando se hundía en el agua cada dos o tres minutos. ¡A fin de cuentas, suponía oír el mismo chapoteo cientos de veces! Y por si fuera poco, estaba la sirena, cuyo ritmo, el más atronador de todos, machacaba a la ciudad entera. A su lado, el del cabrestante era una musiquilla de nada.

A las cuatro de la mañana, Maloin habría dado la mitad de los billetes para que la barca se alejara. Lo curioso es que cuando, a las cuatro y cuarto, oyó el ruido del remo y supo que la Gráce de Dieu cruzaba la dársena, sintió un vacío y le invadió una especie de desazón.

Ya era imposible ver algo. Apenas se dibujaba la sombra del barco inglés entre la niebla. Únicamente los sonidos eran reveladores, como el ruido de la cadena cuando el hombre amarró la barca, y luego los pasos que resonaban en el muelle, sobre el puente de hierro, y de nuevo en el muelle.

—¡Viene hacia aquí! —se dijo Maloin.

Para regresar a la ciudad, el inglés debería haber torcido en la esquina del Café Suisse, en cuyo caso el ruido de sus pasos habría sonado más débil. Sin embargo, fueron acercándose hasta llegar al pie de la torre de hierro.

Maloin, por prudencia, se sentó. Pensó que, al estar iluminada la cabina, el otro le vería y podría apuntarle con un revólver.

Apenas se había acomodado ante la mesa, cubierta con un papel secante roto, cuando vibró la escalera; alguien la había tocado y había puesto el pie en el primer peldaño.

Contuvo la respiración. No disponía de arma alguna. Además, por nada del mundo le habría disparado al hombre de Londres. Ignoraba por qué, pero así era.

«Si no sube, donaré quinientos francos a la capilla», decidió.

Se refería a la capilla que se alzaba en lo alto del acantilado, cerca de su casa. Las mujeres de los marinos acudían a rezar allí cuando los barcos tardaban en regresar.

«Los donaré cuando cambie los billetes», corrigió, pensando que no podría escamotear quinientos francos del dinero familiar sin despertar las sospechas de su mujer.

Al pie de la escalera, el inglés dudaba. Era lógico. Tal vez le habían dicho que el hombre con el que se había tropezado tres veces durante el día era el guardagujas nocturno, quizás, incluso había seguido a Maloin.

¿Sospechaba que alguien había sacado la maleta del agua?

Estaban allí los dos, muy cerca el uno del otro, obsesionados por lo mismo, y ambos ignoraban lo que el otro sabía y pensaba.

«Si viene, le devuelvo la maleta».

Maloin tenía ganas de gritar. Y eso que era un hombre fuerte: en el café se había peleado en cuatro o cinco ocasiones, sin pensárselo dos veces.

Lo terrible era que seguía imaginándose la cara chupada y lúgubre del payaso, que en cualquier instante podía aparecer en lo alto de la escalera.

Pero ¡no! Volvía atrás y echaba a andar. Se oía crujir la gravilla bajo sus pasos. ¿Tendría aún más miedo que Maloin? ¿O le había asustado el timbre que anunciaba la llegada del tren? El guardagujas manipuló ruidosamente las palancas de mando y desató a lo lejos un entrechocar de raíles con una satisfacción que jamás había experimentado con tales maniobras.

Se iluminaron las tabernas del mercado de pescado. La noche tocaba a su fin. A lo sumo quedaba una hora de oscuridad, una hora durante la que Maloin no tuvo la menor noción de lo que hacía su

acompañante: había desaparecido; se había esfumado entre la niebla cada vez más lechosa. Los ruidos eran ya los propios del puerto y de la ciudad, que tan bien conocía.

Para matar el tiempo se fijó en el regreso de los dos bous, que, incapaces de ver lo que tenían delante, apenas avanzaban y hacían sonar todas sus sirenas. Cuando llegaron a la altura de las escolleras, se oyó incluso la voz de los vigías inclinados sobre la roda.

Maloin cargó la primera pipa y se sirvió una copa de aguardiente, precisamente del aguardiente de su compañero, que había olvidado la botella junto a la estufa, al igual que él había estado a punto de dejarse la llave.

Arrancaba el día. A partir de aquel momento todo empezaba a funcionar como un engranaje que ya no dejaba margen a la improvisación: la campana del mercado, los carruajes con los caballos enganchados, las camionetas, el inconfundible crujido de los cestos de mimbre cuando los apilaban, el murmullo de las voces y el sonido de los pescados mojados al caer sobre las losas.

Había que dar paso al tren de pescado, y, cuando Maloin cargó por última vez la estufa, ya había amanecido, aunque la niebla era tan espesa que no se veía mucho más que de noche.

Pasaron unos coches con los faros encendidos. Se encendieron las luces en unas casas, siempre las mismas, la misma gente que madrugaba.

—¿Todo bien? —preguntó su compañero al entrar en la cabina.

—Todo bien —contestó Maloin, sin recordar que se habían enfadado la víspera.

Echó una mirada a su armario, se cercioró de que llevaba la llave en el bolsillo y bajó la escalera, cuyos barrotes de hierro estaban cubiertos de un frío vaho.

Apenas había rebasado la estación marítima cuando vio al hombre ante sí, en el bordillo de la acera, con el impermeable empapado, el sombrero arrugado y las manos en los bolsillos. El

hombre le miraba. Le esperaba. Todo parecía indicar que iba a acercarse a hablarle.

En ese caso, Maloin no se habría ni escabullido, ni se habría puesto a la defensiva. Ya estaba resignado. Escucharía, haría lo que el otro le dijera, incluso iría a buscar la maleta a la cabina.

¿Acaso no se advertía resignación en su actitud?

Y, sin embargo, el hombre no se acercó ni dijo nada. Con los ojos febriles, las narices encogidas por el frío y un rictus amargo, siguió con la mirada al guardagujas, que se alejaba.

Maloin tropezó. Caminaba a trompicones. Esperaba que el otro le diera un golpe o algo semejante. Dobló a la izquierda, pues estaba tan acostumbrado a hacerlo que lo habría hecho con los ojos cerrados. No se atrevió a volverse, pero casi le alivió oír por fin los pasos del hombre tras él.

Los taxistas estaban en la parada. Pasaba un guardia por la acera.

¡No podía sucederle nada! ¡Estaba a salvo!

Cuando pisoteó las entrañas de pescado, supo que estaba cruzando el mercado, pero no vio nada, al menos ningún detalle, pues la niebla no solo le rodeaba sino que también se le había metido en la cabeza.

El hombre le seguía, el hombre incluso subía el repecho tras él, pero Maloin ya oía que su mujer le decía con la mayor seriedad del mundo:

—¿Ves como estabas incubando una gripe?

Una buena gripe la llevaba a ella a su terreno, le permitía preparar infusiones, poner una cara aún más triste y zarandear al niño sin que el padre interviniera. Maloin tenía el cuerpo dolorido, se sentía vacío, reventado, pero irremediablemente debía empezar a pensar.

Pensar no como lo hacía su mujer, que era capaz de pasarse tres días discutiendo sobre la compra de una cacerola o unas clases de

violín para Ernest; un violín del que llevaban hablando más de un año, tanto entre ellos dos como con su cuñado.

¡Pensar! Tal vez el hombre se había marchado, o quizá merodeaba por los alrededores. ¡Sabía que Maloin lo sabía! ¡O en cualquier caso que Maloin podía saberlo!

Era demasiado tarde para llevar la maleta a la policía, y aunque no lo fuese, Maloin lo habría hecho contra su voluntad.

¿Qué ocurriría si el inglés se quedaba en Dieppe? ¿Seguiría apareciendo su cara de payaso por todas las esquinas?

Maloin se levantó y, por segunda vez, abrió la ventana de forma tan brusca como la primera, pero solo vio a la mujer de un pescador —precisamente la mujer de Baptiste—, que iba vendiendo pescado de puerta en puerta. Contempló desde arriba a su mujer, que compró unos arenques después de regatear un rato. ¡Otra vez arenques!

Había dormido un poco, y tras la cortina de niebla se adivinaba ya el disco amarillento del sol.

La víspera, a esa misma hora, Maloin había salido de casa en contra de lo que solía hacer. Tal vez porque había sido algo excepcional conservaba un recuerdo grato de aquel paseo, sobre todo de las copas que se había tomado en el Café Suisse, que no era una taberna cualquiera sino el mejor café de la ciudad.

Le resultaba más fácil pensar fuera, en medio del ruido y del trajín de la gente. Fuera no se le hacían a uno una montaña las cosas más nimias. Se vistió y, como era de esperar, su mujer acudió al oír ruido.

—Supongo que no irás a salir.

Maloin habría preferido no montar una escena, pero era inevitable.

—¡Déjame en paz!

—¡Luego vendrás a quejarte de que estás enfermo! Y, claro, tendré que cuidarte yo…

¿No resultaba extraño vivir veintidós años con una mujer, tener hijos con ella, compartir el dinero y, sin embargo, seguir siendo unos

desconocidos? La culpa era de ella, que no entendía nada y se pasaba la vida quejándose. Ni siquiera soportaba que, los días en que iba a jugar a los bolos, volviera un poco achispado. Jamás le preguntaba si había ganado, y lo que es peor: ¡era la única que ignoraba que Maloin era el mejor jugador de Dieppe!

—De verdad, Louis…

—¡Vale ya!

Ya se había acostumbrado, pero al principio, por una contestación así, su mujer se pasaba tres días llorando.

—¿No llevo yo el peso de la casa? —le preguntó Maloin mirándola a los ojos—. ¿No trabajo yo?

¿No traigo yo la manduca? ¿Y si mañana te dijera que somos ricos, eh? ¿Si mañana te enseñara cientos de miles de francos?…

La miró con actitud desafiante. Ella retrocedió, sin dar muestras de estar sorprendida pero con ganas de zanjar la discusión. Pero Maloin quería exactamente lo contrario.

—No me ves capaz de hacerlo, ¿verdad? ¿A que es eso lo que piensas? Claro, el único inteligente es tu cuñado porque trabaja en un banco. Pues espera, que ya le daré yo dinero para invertir…

De momento se había desahogado. Después se enfundó su mejor traje: era de grueso paño azul, como el que se ponían los pescadores los domingos.

—Se te olvida el pañuelo.

—¡No se me olvida nada, a ver si te cabe en la cabeza!

Estuvo en un tris de sonreír al mirarse en el espejo; luego salió encogiéndose de hombros. Delante de la casa no había más que un trozo de acera, porque todavía no estaba hecha la calle. Evitó pisar los charcos con los zapatos limpios. En lo alto del repecho se tropezó con Ernest, que salía de la escuela, y lo besó en la fría mejilla.

—¡Date prisa, que te está esperando tu madre!

Bajó hacia la rada diciéndose que tenía que pensar. De vez en cuando miraba a su alrededor, sorprendido y un tanto preocupado

por no ver al hombre.

4

Serían las cuatro y media —las farolas llevaban ya un buen rato encendidas— cuando Maloin divisó al inglés, que salía de la oficina de Correos. El guardagujas apretó el paso para seguirle de lejos, y ambos caminaron a lo largo de los escaparates.

¿Qué había hecho el hombre durante todo el día? ¿Había dormido? ¿Había merodeado por la rada? No era probable, porque se habría tropezado con Maloin, que pasó por allí una decena de veces.

Caminaba deprisa. Hacía frío. Las calles seguían cubiertas por la niebla y en la punta de la escollera la sirena continuaba gimiendo.

Pasada la tienda de antigüedades, el hombre dobló a la derecha. Un tramo de calleja conducía al malecón, que se hallaba a escasa distancia del Hotel de Newhaven. Dos bolas de cristal esmerilado que flotaban en la niebla como lunas anunciaban el hotel. A la izquierda, en medio de una oscuridad absoluta, se sentía el aliento del mar.

¿Llegó a advertir el inglés que le seguían? No se volvió pero apretó el paso, aunque tal vez fuera porque llegaba al hotel.

El hotel disponía de una amplia entrada amueblada con sillas, butacas y percheros. Al fondo, la entrada se ensanchaba todavía más y se convertía en vestíbulo, con un despacho a la derecha y un bar a la izquierda.

Había un hombre sentado en uno de los sillones de rota, con un sombrero hongo sobre las rodillas. Se le veía tan tranquilo y miraba al frente con tanta paciencia que parecía encontrarse en el

compartimiento de un tren. Miraba hacia la entrada, en cuyo extremo se erguía como una pared la noche húmeda.

El hombre vio surgir de la oscuridad el impermeable del inglés. Desde su sitio, la hotelera, que estaba terminando de hacer una suma, no podía ver nada, pero tenía la capacidad de reconocer a la gente por sus pasos.

—Aquí llega precisamente Mister Brown —anunció sonriendo.

Cuando Mister Brown se hallaba en medio del vestíbulo, una figura más baja apareció apenas iluminada en la acera y luego desapareció. Era Maloin.

El hombre de Londres ignoraba que le esperaban y caminaba con la vista fija en el suelo. Cuando alzó la cabeza, estaba a tres pasos del sillón de rota. Arrugó la nariz. Sus finos labios esbozaron una mueca que él intentó rematar con una sonrisa, y el visitante, que se había levantado, le tendió la mano y le dijo en inglés:

—Encantado de verle, Mister Brown.

¿Tendió también la mano Brown o fue su interlocutor quien se la aferró? En cualquier caso, este se la estrechó mucho rato, vigorosamente, como si no quisiera soltársela.

La hotelera explicó con voz amable:

—Su amigo ha llegado nada más salir usted. Con esta niebla, ha preferido esperar aquí en vez de ir a buscarle por la ciudad.

Brown, vuelto hacia ella, intentó esbozar una sonrisa de agradecimiento.

—¿Quieren ustedes que encienda la luz en el salón?

Era una estancia acristalada, a la izquierda del vestíbulo y frente al comedor, que se hallaba a la derecha. La mujer manipuló los interruptores de un panel y la habitación se iluminó, gris y triste como el salón de un dentista, con idénticas revistas sobre una mesa. Sin perder tiempo, la dueña abrió la ventanilla del office.

—¡Germain! Venga usted a ver qué quieren beber los señores.

El visitante había soltado por fin la mano de Brown, que permanecía delante de él sin decir ni hacer nada, como si hubiese

perdido ya toda iniciativa.

—¿Un whisky, Mister Brown? —preguntó, solícito, Germain—. ¿Y usted, caballero?

—¡Muy bien! Dos whiskies.

Entraron en el salón. Brown se quitó el impermeable, mientras su acompañante se sentaba en un sillón y cruzaba las piernas.

—¿Le sorprende verme, Mister Brown?

Eran de la misma edad, pero al hombre del sombrero hongo se le veía tan seguro de sí mismo que casi resultaba agresivo. Germain sirvió el whisky. Ninguno de los dos hombres cerró la puerta, pues estaban más tranquilos así, siempre que no alzaran la voz. El visitante se encargó de romper el fuego.

—Mentiría si le dijera que no esperaba encontrármelo en Dieppe, pues conozco su costumbre de dejarse caer de vez en cuando por el continente.

Brown no decía nada, ni siquiera parecía dispuesto a participar en la conversación. Miraba a su interlocutor con sus ojos tristes, las manos cruzadas sobre la rodilla.

—Por cierto, se habrá encontrado con su amigo Teddy. ¿No? ¿No han coincidido? Es raro, porque lo vieron en Dieppe el mismo día en que llegó usted.

A través de los cristales veían a la hotelera, que preparaba las cuentas de dos viajantes de comercio y a ratos les echaba una ojeada.

—Parece cansado, Mister Brown. ¿Se encuentra mal? ¿Sigue molestándole el hígado?

Brown suspiró, cruzó las piernas en sentido inverso y juntó de nuevo las manos sobre una rodilla.

—¿Sabe usted —prosiguió el otro— que me ha costado horrores convencer al viejo Mitchel de que no me acompañase?

Brown no se sobresaltó y siguió adoptando la misma actitud taciturna e impasible. Al final, su acompañante se levantó con impaciencia, dio dos vueltas al salón y, al pasar ante él, le puso de

repente las manos sobre los hombros. Esta vez al hombre de Londres sí que le recorrió, aunque brevemente, un escalofrío. Sin embargo, ni siquiera descruzó las piernas.

—¡Pongamos las cartas boca arriba, Mister Brown! —Se sentó, y su actitud era menos desenfadada, casi cordial—. Conoce usted al viejo Mitchel casi tan bien como yo. En realidad, ya era dueño del Palladium hace quince años, cuando debutó usted en el espectáculo de variedades, y, si mal no recuerdo, él le firmó varios contratos… ¡Qué teatro más bonito!… Y sobre todo, qué magnífica fachada, con aquellas enormes piedras grises. La recuerda, ¿verdad? La acera iluminada, los coches que aparcaban delante de la escalera, los dos policías de guardia, el conserje, los botones. Encima de la gran puerta, los carteles luminosos anunciando el espectáculo. ¡Son deslumbrantes! Tan deslumbrantes que todo lo que hay detrás queda completamente oscuro. La pared, por ejemplo, o sea, toda la parte de la fachada que está encima del entresuelo…

Con gestos medidos, Brown se encendió un pitillo y volvió a colocar las manos sobre las rodillas.

—También conoce usted el despacho de Mitchel, ¿no es así? Está arriba del todo, debajo del tejado, al mismo nivel de la cornisa que remata el teatro. Mitchel nunca quiso cambiar de despacho, a pesar de que a los artistas no les hace gracia subir una escalera de hierro de seis o siete pisos, no sé cuántos exactamente…

La hotelera daba instrucciones a Germain, que empezó a preparar las mesas en el comedor. La mujer se asomó un instante por la puerta del salón para preguntar:

—¿Comerán los señores juntos?

—Sí, claro.

Brown no contestó.

—Bueno, ya sabe usted, Mister Brown, que el sábado pasado, Mitchel decidió vender su establecimiento a una empresa cinematográfica. La noticia apareció en los periódicos, y todos lamentaron la desaparición del viejo teatro de variedades. Quizá

también esté enterado de que la venta se efectuó a las tres en el despacho de Mitchel y de que los compradores entregaron una cantidad a cuenta por un monto de cinco mil libras.

»Es muy extraño, porque, según dicen, Mitchel se decidió a dar ese paso para poder dejarle una dote a su hija. Pero eso de momento no nos atañe. Ocupémonos de la tarde y de la noche del sábado.

»Los billetes se hallan en la caja fuerte de Mitchel, porque los bancos han cerrado. Comienza la función de tarde, y Mitchel, como de costumbre, ni siquiera sale para cenar, y se toma unos bocadillos en el bar del teatro.

»¿Conoce usted el bar? Está en la primera planta, y da a la calle. Las ventanas se encuentran justo detrás del rótulo luminoso. Una de las ventanas está siempre entreabierta, para que salga el humo de las pipas y de los cigarrillos.

»A las ocho de la noche, el dinero sigue en la caja fuerte. A las ocho y media, Mitchel baja, recoge de la taquilla la recaudación del día y la lleva a su despacho. Al pie de la escalera de hierro que lleva a su despacho, hay siempre un empleado que no deja pasar a nadie. A unos metros de su despacho, sobre la cornisa, Mitchel se mandó construir un pequeño observatorio desde el que puede observar a la vez el local y el espectáculo.

Brown escuchaba con cara de resignación.

—Casi he acabado. Pero preste atención. Mitchel abandona su despacho exactamente durante veinte minutos, justo el tiempo que pasa en su observatorio. Cuando regresa, la caja fuerte está vacía. No ha subido ni bajado nadie por la escalera, según afirma el empleado que está allí de guardia. En cambio, se me informa un poco más tarde de que mi viejo amigo Brown se ha tomado una cerveza en el bar.

»¿Me sigue? Sea quien sea el ladrón, solo ha podido subir por la fachada, o sea, trepando verticalmente por la pared y apoyándose en las junturas de las piedras. Bueno, pues solo existe un hombre, en

mi opinión, que sea capaz de ejecutar tamaña acrobacia. Y ahora, hablemos de mi misión.

Unas voces anunciaron la llegada de un grupo de viajantes de comercio que, en vez de pasar al salón, se acomodaron en el bar. Brown había cruzado y des—cruzado una vez más las piernas.

—Mitchel es un buen hombre. Hay quien afirma que ha amasado una fortuna a base de explotar a los artistas durante treinta años. Yo puedo asegurarle que eso no es así y que las cinco mil libras que cobró son más o menos cuanto le queda para dotar a su hija y pasar el resto de sus días.

»Me llamó a su despacho, el despacho que usted ya conoce. Me aseguró que le traía sin cuidado que el ladrón recibiera un castigo, pero que quería recuperar el dinero, al menos en parte, costara lo que costara. ¿Me entiende?

Brown debía de tener la garganta seca, pues bebió un trago de whisky y, antes de tragárselo, lo mantuvo un rato en la boca.

—Estamos en Francia, lo que le coloca a usted en una situación excelente. Mitchel se contentaría con recobrar las cinco mil libras y renunciaría a la recaudación de las dos funciones del sábado.

Por unos momentos reinó el silencio. Se oyó el entrechocar de las bolas del billar instalado junto a la barra, pero no podía verse ni el juego ni a los jugadores. La sirena de la escollera solo participaba en la atmósfera sonora como un fondo difuso y grave.

—¿Sabe usted, Mister Brown, lo que le contesté yo, el inspector Molisson, a ese pobre anciano de Mitchel? Le contesté textualmente: “Intentaré localizar a cierto elemento a quien en Scotland Yard llamamos el Mala Potra. Es el tipo más hábil que existe y no es la primera vez que trepa por las paredes con la destreza de una mosca. La primera vez tuvo que abandonar el botín mientras huía por los tejados. La segunda, fue atracado en la calle cuando volvía a su casa, y la tercera, los billetes que había robado eran falsos”.

»Luego añadí: “Si le encuentro en su casa de Newhaven, con su mujercita, que es encantadora y tiene ya dos criaturas, las

negociaciones serán fáciles porque, en el fondo, el Mala Potra no le haría daño ni a una mosca. Pero si, cuando le estreche la mano, ha tenido tiempo de contactar con un tal Teddy, se complicarán las cosas”. Por cierto, ¿ha visto usted a Teddy?

Brown estaba quemándose los dedos con la colilla del cigarrillo, medio consumido.

—¿Cuánto ha dicho usted que había? —suspiró. El inspector Molisson golpeó la mesa para pedir otro whisky.

—En total, cerca de seis mil libras.

—Supongo que habrá registrado usted mi habitación.

—He pedido la habitación de al lado. Le he dicho a la hotelera que éramos muy amigos. La puerta de su habitación, Mister Brown, debía de estar mal cerrada.

—¿Ha pasado por mi casa, en Newhaven?

—Su mujer me invitó a una taza de té. Estaba bañando a los bebés. El mayor está muy fuerte para su edad.

—¿Qué le ha dicho ella?

—Que sus jefes le habían mandado a Amsterdam. No está bien contarle esas mentiras a su mujer. Por cierto, había un recibo del gas sobre el aparador. Su mujer me vio mirarlo, se puso colorada y lo guardó en un cajón.

Brown apuró el segundo whisky y se levantó.

—¿Qué le digo al viejo Mitchel? —insistió el inspector—. Le he prometido llamarle esta misma noche. Me puso esa condición para no acudir personalmente. Imagínese, quería a toda costa verle a usted y convencerle. ¡Ya tendrá unos setenta y dos años, el muy bribón!

—¿Puedo subir a mi habitación? —preguntó Brown.

Antes de contestar, el inspector se levantó a su vez, se acercó a su acompañante y, con un movimiento tan rápido que nadie pudo advertirlo, le palpó los bolsillos para cerciorarse de que no iba armado.

—Le espero en el vestíbulo.

Brown dejó el impermeable en un sillón del salón y pasó delante del despacho, desde donde la hotelera le dirigió una sonrisa.

—¿Qué quiere usted cenar, Mister Brown? Mi marido les ha preparado un estupendo lenguado como lo hacemos aquí, en Dieppe.

—Ahora mismo bajo.

Subió la escalera a paso casi normal, un poco más precipitado en el último tramo. Se le oyó abrir la puerta. El inspector, que miró a su alrededor como para admirar la decoración, murmuró:

—¿Seguro que no hay otra puerta? —Alzó la cabeza hacia el techo frunciendo el ceño y lanzó una mirada feroz a los del billar, que hacían ruido—. Ya no se oye nada —dijo de repente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que…

La hotelera alzó a su vez la cabeza.

—¡Anda! Pues si está andando alguien por la terraza…

Era lo único que había olvidado decirle: encima del comedor y del vestíbulo había una terraza al mismo nivel que las ventanas de las habitaciones. El inspector se abalanzó hacia la calle a tiempo para ver una figura flaca que ejecutaba un salto de cuatro metros, caía de pie y echaba a correr calle abajo.

Era inútil perseguirle. Molisson, de pie en la acera, cargó la pipa y entró un momento para anunciar:

—Cenaré dentro de un rato.

—¿Y Mister Brown?

—Lo más probable es que hoy no cene.

En el extremo del andén había un letrero iluminado con una luz mortecina que rezaba: COMISARIO ESPECIAL. El inspector se encontró con un colega francés, que, después de tomar notas de su informe, telefoneó a todas las comisarías y a las brigadas de gendarmería de los alrededores.

—¿Dice usted que no lleva dinero?

—En cualquier caso, no lleva dinero francés. He interrogado a los empleados del hotel. Mandaba por cigarrillos al botones, y yo sé lo

que eso significa.

—Entonces lo trincaremos antes de mañana al mediodía.

Para regresar a su casa, Maloin tenía que atravesar el centro de la ciudad; llegó a la Rue Saint-Yon, donde los escaparates iluminados se sucedían sin interrupción. Acababa de pasar delante de una tienda de pipas, cuando se dio media vuelta y entró sin pensárselo dos veces.

—Quisiera una pipa de espuma de mar, con boquilla de ámbar.

—¿Auténtica?

Compró una pipa de doscientos cincuenta francos, la misma que entre todos le habían regalado al subjefe Mordavin cuando le condecoraron por sus treinta y cinco años de servicio. La cargó en el acto y la encendió.

¡Al menos era una pequeña satisfacción! Dio una veintena de pasos por la calle mientras fumaba con cautela, hasta que su mirada se posó en la carnicería donde trabajaba su hija. Así como las demás tiendas estaban aún llenas de gente, las rejas de la carnicería se veían medio cerradas y la carne ya había sido guardada en el refrigerador.

Henriette, con el pelo caído sobre la cara y con zuecos en los pies, estaba agachada fregando las baldosas rojas del suelo, de espaldas a la calle. Como llevaba un vestido bastante corto, se le veían las piernas más arriba de las rodillas, e incluso una franja de carne sobre las medias negras.

Sin dejar de fumar la pipa, Maloin cruzó la calle y la llamó desde la acera:

—¡Henriette!

La chica se volvió, con la bayeta en la mano, y murmuró:

—¡Eres tú! Me has asustado.

—Me habías dicho que la tienda la limpiaban los dependientes.

—Ya no. Dice la dueña que tienen demasiada faena.

Maloin se sentía humillado sin saber por qué, probablemente porque se hablaban a través de una reja, o tal vez porque Henriette seguía faenando mientras le escuchaba. Sonó una voz en la trastienda, una voz de mujer, muy aguda:

—¿Qué pasa, Henriette?

—Nada, señora.

Maloin sabía que en ese momento debería haberse marchado.

—Qué pipa más bonita —observó su hija retorciendo la bayeta, que hacía un ruido extraño.

¿Te la ha comprado mamá?

Se oyeron unos pasos. Una mujer tan ancha como alta, con cara de cerdito, se detuvo en el umbral de la trastienda.

—A ver, Henriette…

—Sí, señora… —balbució la criada, por decir algo, con el pelo medio metido en el cubo.

—Te tengo prohibido dirigir la palabra a los hombres. La carnicera fingía no mirar a Maloin y hablar solo con Henriette.

—Es mi padre —dijo la chica, desplegando la bayeta para recoger el agua.

—¡Como si quiere ser el Papa! ¡Ni siquiera has acabado la cocina!

De nuevo, Maloin no veía más que la espalda de su hija y sus piernas desnudas hasta muy arriba. A su lado pasaba gente por la acera.

—¡Henriette! —llamó.

La chica no se atrevía a volverse hacia él. La carnicera no se movía de donde estaba, preguntándose hasta dónde llegaría la provocación.

—Ve a buscar tus cosas.

—¿Cómo? —preguntó la carnicera acercándose con sus pequeñas manos metidas en los bolsillos del delantal.

Maloin se había ofuscado, sobre todo porque ni él mismo sabía lo que quería. Habría podido abrir la reja y entrar en la tienda, pero se

sentía con más autoridad quedándose fuera.

—Henriette, ve inmediatamente a acabar de limpiar la cocina.

—Sí, señora.

—Henriette, te prohíbo que vayas. Coge tus cosas y vente conmigo ahora mismo.

La escena resultaba casi ridícula, y Maloin, al darse cuenta, todavía se obstinaba más. Para colmo, la carnicera y él fingían no verse y no se dirigían directamente la palabra.

—Te marcharás dentro de ocho días si quieres. O, mejor dicho, te marcharás igualmente, no te quiero ya en mi casa. Pero primero trabajarás aquí los ocho días que te tocan.

—Henriette, te he dicho que vayas a vestirte.

La criada se restregó los ojos con el dorso de la mano, sin soltar la bayeta, miró a su patrona y luego a su padre, cuya figura se recortaba de manera extraña detrás de la reja.

—¿Me has entendido?

—¿Me has oído, Henriette? Te advierto que, si hace falta, iré a buscar a la policía.

—¡Muy bien! Pues que venga la policía —replicó Maloin.

En realidad, no sabía qué habría hecho en semejante caso. No tenía razón y le ponía rabioso no tenerla.

—Por última vez, te repito que vengas conmigo.

Henriette desapareció en la trastienda. La carnicera, que no quería dar la impresión de batirse en retirada, permaneció unos instantes acodada en la caja. Maloin fumaba sin pensar que lo hacía en una pipa nueva de doscientos cincuenta francos.

«No puedo dejar a mi hija un minuto más en esta casa», se decía sin convicción. «Cuando se tienen quinientos mil francos o más…».

Desde donde se encontraba, casi podía ver la cabina de cristal en la que, dentro de un armario de madera de pino, guardaba una maleta. La carnicera había desaparecido. Estallaron unos gritos en la trastienda y Maloin oyó un sollozo.

Aguardó paseándose arriba y abajo, con la mirada dura y las mandíbulas contraídas. Necesitaba sentirse capaz de actuar. Enfrente había una papelería y, al lado, una tienda de recuerdos de Dieppe.

Cuando se volvió, Henriette cruzaba la tienda, con abrigo y sombrero, y una maletita en la mano. Abrió la reja.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó, caminando al lado de su padre.

—¡Porque sí!

—Quiere denunciarme ante la Magistratura. La que se habría armado si llega a estar el señor Laîné. Es un bestia.

Maloin sonrió con desdén y, acordándose de su pipa, aspiró una deliciosa bocanada.

—¡Tú deja a tu padre! —dijo al final, mientras pasaban delante del Café Suisse.

A través de la cortina entrevió a Camélia en su rincón, sola como de costumbre y ante una copa de menta.

5

La escena, inesperada, ridícula, odiosa, pero sobre todo estúpida, estalló en la casita del acantilado que la señora Maloin, embutida en un delantal azul, había limpiado de arriba abajo y que todavía conservaba rastros de humedad.

Un minuto antes de que Maloin cruzase el umbral acompañado de Henriette, ni el marido, ni la mujer, ni la hija podían prever nada, pero la escena ya estaba latente. Mientras subían la cuesta, Henriette preguntó, por decir algo:

—¿Qué va a decir mamá?

«¿Qué va a decir mamá?», se repetía Maloin mientras giraba la llave en la cerradura. ¿Y por qué ha de decir nada? ¿Qué necesidad tiene Henriette de preocuparse por la opinión de su madre?

Entró el primero en la cocina, procurando ocupar el mayor espacio posible. Como Henriette aún estaba en el pasillo a oscuras, la señora Maloin preguntó:

—¿Con quién estás?

—Con tu hija.

La tormenta no acababa de estallar. La señora Maloin terminó de poner la mesa y sirvió la sopa antes de volver a hablar.

—¿Por qué ha pedido fiesta hoy?

—No ha pedido fiesta. Me la he llevado de allí.

—¡Muy listo!

Fue el último segundo de tranquilidad. A partir de entonces ya no se oyó ni el despertador ni el zumbido de la estufa, y lo que no habían tocado de la cena quedaría intacto hasta el día siguiente.

—¿Qué has dicho?

—Digo que siempre estás igual; te pasas meses esperando, guardándotelo todo para ti, y de golpe y porrazo, en el peor momento, vas y haces una estupidez de las gordas…

—¡Ah, o sea que he hecho una estupidez! Según tú, Henriette tenía que seguir trabajando en esa carnicería donde los transeúntes le veían medio trasero…

—¡Come! Ya veremos cómo llegamos a fin de mes.

—¿Crees que no la he captado?

—¿Que no has captado qué?

—¡La alusión! No gano suficiente dinero para mantener a mi familia, ¿no es eso? Soy…

Un primer puñetazo hizo temblar la mesa y marcó el inicio de una nueva cadencia. Después, apenas si había una lejana relación entre las distintas réplicas. Pasaban de un tema a otro sin razón aparente, solo por buscar la frase que hiciera más daño al contrario.

—¡Di que soy un borracho!

—Yo no digo eso, pero repito que has bebido. Y cuando bebes, no eres la misma persona.

—¿La estás oyendo, Henriette? Tu padre es un borracho; en cambio, tu madre es una santa, ¡la más santa de todas las mujeres!

Henriette lloraba. La señora Maloin se llevaba maquinalmente trozos de pan a la boca y se olvidaba de masticarlos.

—Bastante me ha echado en cara tu familia que no sea más que un obrero. ¡Como si valiera más tu familia! ¡Mucho tiquismiquis, eso sí! Pero lo que se dice comer, poco se come…

—Por lo menos tenemos más educación que…

Lo que siguió se tornó más y más confuso, más irreal.

—… me has hecho sufrir durante veinte años… —No sé cómo me contengo para no…

—¿Para no qué?

—… para no…

—¡Papá!

—Sí, mira a tu padre. ¡Qué bello espectáculo!

—¿A que te gustaría más si te pusiera quinientos mil francos encima de la mesa?

—¡Me das asco! Vete a dormir la mona a otra parte.

—Sí, quinientos mil francos. Y toda tu familia vendría a lamerme los pies.

—Te prohíbo…

—¡Papá! ¡Mamá!

Llegó a alzarse una mano, pero acabó cayendo sobre la mesa, y al poco se oyó un violento portazo. Maloin, que se había olvidado del termo de café y los bocadillos, salió de estampía hacia el puerto.

—Come —dijo la señora Maloin a su hija—. Mañana se le habrá olvidado todo. Estoy segura de que no encontrarás trabajo hasta las fiestas.

En el Hotel de Newhaven, el inspector Molisson estaba sentado solo ante una mesa con dos cubiertos y comía lentamente. Desde las otras mesas lo miraban con una mezcla de curiosidad y respeto.

—Es un policía de Scotland Yard —había susurrado el hotelero, que, con su gorro blanco encasquetado, salía a saludar a los clientes al comienzo de las comidas.

—¿Y el otro, Mister Brown?

—Por lo visto es un famoso ladrón inglés.

La hotelera, que estaba en la caja, había sacado la cuenta de Mister Brown. Este debía cuatrocientos veinte francos, que probablemente no verían nunca.

Todavía había niebla, pero era una niebla normal, como la que suele haber en el canal de la Mancha a mediados del invierno. Aun así, seguía sonando la sirena. La respiración de los transeúntes formaba nubecillas de vapor.

Hasta las nueve y media, Maloin no observó nada anormal desde la cabina. Había dejado la pipa de espuma de mar sobre la mesa y, de vez en cuando, le lanzaba una mirada de reproche, como si fuese

responsable de algo. Si se volvía hacia la izquierda, divisaba una luz en la ventana de su casa, y esa visión le hacía fruncir el ceño.

Los misterios de la noche comenzaron en torno al *Francette.* El bou estaba acabando de cargar carbón para hacerse a la mar una hora más tarde, con la marea. Las cestas de hulla se balanceaban unas tras otras en el extremo de un aparejo y se descargaban en la cala.

Fue entonces cuando surgieron de la oscuridad tres hombres vestidos de paisano. Uno de ellos dijo algo que Maloin no pudo oír, e inmediatamente un marinero corrió en busca del capitán a una taberna cercana.

La conversación tuvo lugar a la luz de un foco. El guardagujas reconoció a uno de los hombres, que era de la policía. Vio ir y venir a los tres por la cubierta, meterse en el puesto de proa y luego en el del telegrafista, en tanto que un gendarme de uniforme se paseaba por el muelle y otros pasos regulares resonaban al otro lado de la dársena.

Los policías entraron también en el Matamore y en el Va Toujours, que salían a pescar esa misma noche, y, cuando acabó la inspección, las tres sombras, en vez de alejarse, deambularon por los muelles, pasando de la oscuridad a la luz, inclinándose sobre las barcas y espiando en el interior de los cafés.

En treinta años, Maloin había presenciado cien veces el mismo espectáculo, que, en la mayoría de ocasiones, respondía a un telegrama de París: VIGILEN TODAS LAS ESTACIONES, PUERTOS Y PUESTOS FRONTERIZOS STOP.

Vio a Camélia, que como de costumbre entraba una de las primeras en el Moulin Rouge, y que no advirtió nada.

Pasó el tiempo. Maloin tenía sueño. Se sentía pesado y estaba furioso por no haberse traído el café. En dos o tres ocasiones, entre las diez y las doce, se adormeció sin perder por completo la conciencia, y una de las veces hizo la maniobra de cambio de agujas en un estado de semisomnolencia, hasta tal punto que, cuando vio

aparecer los vagones, se preguntó si de verdad había accionado la palanca o lo había soñado.

Como cada noche, las ventanas del rápido Dieppe-París se alinearon en la primera vía cuando atracó el barco, y el comisario, que rara vez se dejaba ver, hoy se encontraba junto a la pasarela.

No sucedió nada anormal. Los pasajeros fueron conducidos hacia la aduana y a continuación hacia la sala de equipajes. Pero, además del comisario, había un gendarme junto al tren, lo que confería a aquella llegada un aspecto inequívoco.

El registro se efectuó de manera minuciosa. El primer viajero tardó en salir diez minutos y se acomodó en el tren; le siguieron cinco, siete, diez, quince…

Un anciano vestido con una pelliza abandonó a su vez los locales de la aduana con dos maletas en la mano y acompañado de una joven. Como parecían viajeros acomodados, el camarero del pullman quiso llevarles el equipaje, pero el anciano se negó mirando a su alrededor un tanto angustiado.

Aun de lejos, llamaba la atención no solo por la pelliza sino por el cabello blanco, que llevaba muy largo, como un actor, y que formaba una especie de orla sobre el cuello de astracán.

Cuando se está acostumbrado a ver llegar barcos, resulta fácil adivinar las impresiones que experimentan los distintos viajeros. El anciano y la muchacha estaban desorientados, como todos los que, en vez de coger el tren de París, se quedaban en Dieppe. Y es que, en invierno, como nadie espera la llegada de turistas, nada está preparado para recibirlos. Ambos buscaban en vano un empleado de hotel o un taxista. El anciano paró en dos ocasiones a unos transeúntes, pero estos o bien no le entendieron o bien no supieron informarle.

Al final les atendió un mozo que los ayudó a recorrer el tren a lo largo y a doblar por la locomotora, y, unos instantes más tarde, el anciano y la muchacha se alejaban en un coche de punto.

En cuanto arrancó el tren, cerraron los locales de la estación. Maloin tenía sed y se prometió correr a tomar algo caliente al Moulin Rouge en el momento en que volviera la calma.

Sin embargo, esa idea no pudo acariciarla durante mucho tiempo, pues, tan pronto cesó la agitación en el muelle, resultó más patente cierto trajín anormal, y, por ejemplo, Maloin vislumbró en lugares distintos a cuatro gendarmes cuyos galones brillaban, más dos figuras que debían de ser también gendarmes, pero cuyo uniforme no se distinguía en la oscuridad.

El comisario no abandonaba el sector. Era un hombre bajo y delgado, que vestía un abrigo muy ceñido y calzaba unos zapatos de charol que relucían en cuanto se hallaban en el círculo luminoso que proyectaban las farolas.

Nervioso y ajetreado, iba de aquí para allá y, dondequiera que se detuviera, había un hombre de guardia, un gendarme, un inspector de paisano o un agente de policía.

Era una operación de envergadura. Maloin solo veía una pequeña parte, pero estaba seguro de que el despliegue afectaba a toda la ciudad.

¿Buscaban al hombre de Londres? Era de suponer, pues no se le veía merodear por los alrededores. Cuando se perfiló una nueva figura en la acera, ya no le cupo la menor duda al respecto. Resultaba inconfundible. Se parecía demasiado a la de los detectives ingleses que desembarcan de vez en cuando en Dieppe para seguir a alguien o efectuar una labor de vigilancia y que, a veces, durante una semana o dos, permanecen plantados junto a la pasarela cada vez que zarpa o atraca un barco.

Ese personaje nuevo fue derecho al Moulin Rouge, lo que indicaba que conocía la ciudad. Maloin se quedó espiando la puerta con inquietud y se puso aún más nervioso cuando vio salir al policía acompañado de Camélia.

Estaba claro que no tenía ninguna intención de llevársela al hotel y solo buscaba un lugar más tranquilo para hablar. Se pasearon

arriba y abajo por la acera, recorriendo a veces un centenar de metros, dando media vuelta de común acuerdo y pasando una y otra vez junto a la torre de hierro.

El inspector parecía tranquilo. No tomaba notas. A veces asentía en señal de aprobación. Camélia, por su parte, se mostraba muy locuaz, bajo los efectos de la ira o de la angustia. Una vez, incluso, posó las dos manos en el brazo del inspector, que se desasió con suavidad y reanudó la marcha.

El día anterior, Maloin creía que se moriría de miedo cuando se abriera la investigación, pero, para su propia sorpresa, estaba tan tranquilo como el policía. Desde lo alto de su jaula de vidrio observaba a la pareja, a los gendarmes y, a ratos, al comisario, que aparecía en algún punto estratégico.

Era fácil reconstruir los acontecimientos. La policía de Londres había sido alertada de un robo, tal vez acompañado de asesinato. El comisario había recibido el aviso y buscaba al hombre del impermeable, o cuando menos quería impedir que huyera. A tal efecto había registrado los bous que se disponían a hacerse a la mar. El puerto había sido acordonado. La estación estaba vigilada, al igual que las carreteras.

Visto desde la cabina, el espectáculo no impresionaba, pues aquellos hombres, en el cumplimiento de su deber, parecían muy pequeños, y las prisas con las que se movía el comisario de un lado para otro resultaban un tanto cómicas.

A Maloin le inquietaba sobre todo Camélia, que parecía agitada. ¿Le había contado ya al inspector de Scotland Yard que los dos hombres habían tomado algo en el Moulin Rouge y que luego se habían marchado juntos? Tal vez incluso los había visto encaminarse hacia la dársena. De ser así, los ojos del inspector se alzarían ineludiblemente hacia la cabina, que era como un faro en la oscuridad.

Un taxi apareció en el muelle, se acercó a la acera lentamente, como si dudase. Cuando llegó a la altura de la pareja, una mano

golpeó el cristal que aislaba al taxista para indicarle que parara, y el anciano de cabello blanco se apeó, estrechó la mano del inspector e hizo amago de estrechársela a Camélia. Los tres conversaron unos instantes, pero la mujer pasó enseguida a un segundo plano. Cuando regresó al Moulin Rouge, sus acompañantes ya no le prestaban atención y el inspector acabó de hacerle el vacío cuando fue a pagar el taxi, que regresó a la ciudad.

Al principio, lo que hicieron a continuación el hombre de Scotland Yard y el anciano de cabello blanco, a Maloin le resultó un misterio. Empezaron por apostarse en la puerta de la estación, el inspector observó con detenimiento el terreno a su alrededor, y delimitó con un gesto el espacio que ocupaba el tren de París al llegar el barco, tres metros más o menos.

Luego se dirigió hacia el barco y lo recorrió a lo largo varias veces desde el muelle, mientras el anciano le observaba con cara de resignación.

Mientras miraba, a Maloin se le habían contraído las pupilas, y su propia carne parecía contraerse asimismo como a la defensiva. No se volvió hacia el armario que contenía la maleta. Parecía como si desconfiara. Pero luego se puso a meditar durante unos cinco minutos con expresión obstinada, y como resultado de dicha meditación cerró cuidadosamente el cristal, cargó la estufa y la atizó hasta obtener un fuego infernal.

Por último, se armó de valor para llenar su pipa nueva sin dejar de mirar al frente. En ese momento tan solo veía el muelle. Apenas divisaba los tejados de las casas cercanas, los cristales se empañaron enseguida, se tornaron grisáceos y luego blancos como cristal esmerilado.

Solamente los tres guardagujas sabían que en invierno, cuando calentaban la cabina, había que dejar un cristal abierto si querían ver lo que sucedía fuera. Uno de los tres, que con frecuencia padecía de tortícolis, prefería apagar incluso el fuego para evitar aquella corriente de aire permanente.

Maloin no era más tonto que un policía inglés. Sabía que el inspector de Scotland Yard había recorrido el barco porque se preguntaba cómo había salvado el cordón aduanero una maleta llena de billetes.

A partir de aquel momento seguiría irremisiblemente el trayecto que habían recorrido los dos hombres hasta llegar al Moulin Rouge, y, al salir de la sala de baile, miraría a su alrededor. ¿Qué vería? ¡La cabina acristalada! Si no la veía ahora era porque le faltaba perspectiva, pero la noche no llegaría a su fin sin que…

Maloin oyó que se acercaban unas voces. Como el cristal estaba cerrado, solo le llegaba un zumbido. Echó la silla hacia atrás para poner los pies encima de la mesa y, con el cuerpo inclinado hacia atrás, fumó a bocanadas más densas.

Estaba tan poco turbado que debía esforzarse para borrar la sonrisa que se le dibujaba en los labios. Cuando empezó a vibrar el hierro de la escalera, adoptó una expresión adormilada, cosa que le resultó fácil. Segundos después llamaban a la puerta.

—¡Adelante! —gruñó.

Era el inspector. Maloin pensó que, si la puerta se quedaba entreabierta, el vaho desaparecería, así que se levantó y la cerró de una patada, lanzando una mirada furibunda a su visitante.

—¿Qué se le ha perdido aquí?

No pudo evitar que se le escapase una sonrisa cuando la mirada del inspector se posó en los cristales.

—Soy de Scotland Yard y quería hacerle algunas preguntas.

El policía restregó el cristal con el dorso de la mano y delimitó el campo de visión.

—¿Estamos en Francia o en Inglaterra? —preguntó Maloin con insolencia.

El visitante se volvió, sorprendido, y observó la estufa, la pipa de espuma de mar, la mesa cubierta con un vetusto papel secante y el frasco de tinta violeta.

—Trabajo conjuntamente con la policía francesa —dijo.

—Y eso ¿cómo lo sé yo?

Le encantaba cómo representaba su papel.

—Si insiste, puedo llamar al comisario. Pero créame que no merece la pena. Solo quiero hacerle dos preguntas. ¿Están siempre cerrados estos cristales?

—Siempre.

—¿Cómo ve usted los vagones?

Maloin pensaba: «¡Nadie me creerá cuando diga que en este momento me entraron ganas de partirme de risa!».

Sin embargo, era cierto. Con un gesto, señaló la parte del cristal que el inspector había restregado con la mano.

—Hago lo que ha hecho usted —replicó.

—¿No ha observado nada anormal estas últimas noches?

—¿A qué llama usted algo anormal?

—Da lo mismo. Gracias.

El policía contempló de nuevo la silla, la estufa, la mesa, la tinta e incluso el armario, rozó con la mano el ala de su sombrero hongo y salió. Solo entonces se le hizo a Maloin un nudo en la garganta, y habría dado cualquier cosa por un tazón de café caliente. No le quedaba aguardiente en la botella y su compañero, esa vez, no se había olvidado de guardar la suya en el armario.

No podía abrir los cristales ni mirar hacia fuera. El calor era insoportable. Maloin tuvo que quitarse la chaqueta y abrirse la camisa. Un leve rumor le advirtió de que empezaba a caer una fina lluvia propia del mes de noviembre.

Sin moverse de su sitio podía imaginar el espectáculo nocturno, las hileras de luces amarillas deformadas por la lluvia, las calles relucientes, los muelles oscuros, el agua de la dársena cubierta de pequeños redondeles móviles, a los gendarmes subiéndose el cuello del capote y al esmirriado comisario afanándose de aquí para allá, y saltando, colérico, para evitar mancharse de barro los zapatos de charol.

Camélia se encontraba a cubierto en el Moulin Rouge, donde los clientes la invitaban a bailar y a tomar una copa.

Pero ¿dónde estaba el hombre de Londres? En el hotel ya no, desde luego. Maloin había visto el despliegue de las fuerzas policiales en torno al puerto y a la ciudad. El inglés no podía caminar trescientos metros sin toparse con un gendarme o un inspector.

Como siempre, habían empezado por registrar los barcos, que ofrecían un refugio fácil, y también, a buen seguro, los hoteles de mala reputación.

«¿Dónde me habría escondido en su caso?», llegaba a preguntarse Maloin.

Primero pensó en las cuatro o cinco cuevas del acantilado, pero los gendarmes también pensarían en ellas.

«¡Como se haya escondido allí está perdido!».

Cambiar de sitio sin cesar tampoco era una solución. Desatar una barca y hacerse a la mar no servía de nada, porque todos los puertos estaban avisados.

«Solo hay una posibilidad: tener un amigo en la ciudad y pedirle que te esconda».

Pero el hombre de Londres únicamente había hablado con Camélia, a quien más bien parecía caerle mal.

«¡Lo pillarán!», concluyó Maloin un tanto disgustado. Luego pensó: «Mejor para mí. Así no vendrá a reclamarme el dinero». Enseguida rectificó: «Pero dirá que tiró la maleta al agua junto a la cabina del guardagujas». Se ahogaba. A pesar de todo, se asomó a respirar una bocanada de aire fresco y vislumbró un instante la dársena rodeada de farolas, y las ventanas abigarradas del Moulin Rouge. Al lanzar una mirada hacia el acantilado pensó con fastidio que, cuando volviera a casa, tendría que soportar malas caras, reproches o incluso una nueva escena.

Se libraría si subía directamente a su habitación y se acostaba, porque necesitaba dormir. Volvió a adormecerse hasta que despuntó el día. Ya podía abrir un cristal y echar una mirada a su alrededor.

Primero buscó a los gendarmes y solo vio a dos que montaban guardia, uno en cada muelle. Pero junto al mercado de pescado, bajaba gente de un coche. Se formó un corro y Maloin reconoció al capitán del puerto y al comisario marítimo, que escuchaban las explicaciones del comisario de policía. Estaba con ellos el hombre de Scotland Yard. El anciano debía de haberse ido a dormir.

A los pocos minutos, unas embarcaciones del puerto se alejaron del muelle, cada una de ellas tripulada por tres hombres. Maloin no necesitó ver más para comprender. Era un espectáculo periódico. Cada vez que se ahogaba alguien y no aparecía el cuerpo, las barcas empezaban a buscar con bicheros y rastrillos.

Las autoridades que habían permanecido en el muelle, bajo aquella llovizna que hacía relucir los hombros, conversaron unos minutos más y se separaron.

Hacía un tiempo muy desagradable, un tiempo húmedo y frío, y el cielo parecía cernerse cada vez más bajo. De los vagones chorreaba el agua. Babu, el armador, sacó el coche del garaje empujándolo, echó agua caliente en el radiador y, pese a dicha precaución, se pasó media hora dándole a la manivela hasta que el motor se puso en marcha.

—¿Qué pasa, se ha ahogado alguien esta noche? —preguntó el compañero de Maloin mirando hacia las embarcaciones.

—No ha pasado nada.

—¡Qué calor hace! —dijo el otro, cerrando el aire de la estufa.

Entretanto, el hombre de Londres estaba en algún sitio, quizá sin estufa, quizá sin dinero para comprar comida, quizá…

La señora Maloin se encontraba abajo cuando llegó su marido, y se fijó en la mirada huidiza de este. Pensó que se debía a la pelea de la víspera, y entonces ella dio el primer paso.

—He dejado dormir a Henriette —murmuró mientras servía el café—. Total, que aproveche. No estará mucho tiempo sin trabajo.

6

—¡Olga! ¡Llévele enseguida el desayuno a Miss Mitchel!

Cuando pasó la camarera con la bandeja, la hotelera la detuvo con un ademán e hizo un rápido repaso.

—¡Añada dos tostadas y una nuez de mantequilla!

El reloj que había encima de la barra de caoba marcaba las nueve y media, pero a nadie le preocupaba qué hora era. El Hotel de Newhaven vivía horas excepcionales.

El viejo Mitchel, que había regresado a las cinco de la mañana, ya se había levantado. Se le oía ir y venir por el cuarto de baño, y el mozo de planta aseguraba que estaba haciendo gimnasia.

El inspector Molisson, por su parte, había pasado toda la noche fuera. La hotelera estaba en su despacho cuando volvió, muy tranquilo, como si fuera un hombre normal y corriente.

Déjeme dormir hasta las diez, y si me llaman o alguien quiere verme, no me moleste bajo ningún pretexto. Que me suban el desayuno a las diez.

Pero si solo va a dormir dos horas…

—Es suficiente.

Molisson era muy amable y campechano, y sin embargo la hotelera no se atrevía a hacerle preguntas. El botones, que había llegado a las ocho y media, anunció que había gendarmes y policías por todas partes. Exageraba un poco, pero no tanto, pues todos los comerciantes, que estaban abriendo las persianas, habían hecho el mismo comentario.

Llovería durante todo el día. El mar, de un verde pérfido, se veía estriado de crestas blancas. A las nueve menos cuarto ya hubo una llamada para el inspector, pero la hotelera se mantuvo inflexible.

—No, señor. El señor Molisson me ha dado órdenes estrictas. A partir de las diez, si quiere… Germain murmuró al llegar:

—No sé si lo pillarán.

La hotelera se sorprendió por haber pensado aún en Mister Brown. Tal vez fuera porque le impresionaba el despliegue policial, o quizá la calma y la autoridad del inspector.

—¿Dónde se habrá escondido? —prosiguió Germain embutiéndose la chaqueta blanca que se ponía fuera de las horas de las comidas—. ¿Le parecía a usted un malhechor, señora Dupré? Cuando se tomaba el whisky, ponía una cara como triste y también cuando me pedía otro, sin decir nada, solo con una mirada.

—¡Silencio!, que baja Mister Mitchel.

Maloin, que respiraba ruidosamente como cuando se ha bebido demasiado —aunque no había tomado ni una gota de alcohol—, se volvió hacia el lado izquierdo y cobró conciencia de que estaba en la cama y de que llevaba más o menos una hora durmiendo. En aquel instante se abrió y se cerró la puerta de la calle. Estuvo a punto de ponerse a pensar, pero sintió vagamente que, si lo hacía, no acabaría nunca y sería desagradable, y al final consiguió volver a dormirse.

Su mujer estaba limpiando el horno de la cocina, y la que acababa de salir era Henriette, con una voluminosa llave que le abultaba en el bolsillo del abrigo. Se había puesto los zuecos y se había recogido el pelo con un pañuelo.

—Ve a buscar unas nécoras para la comida —le había dicho su madre.

Para ello no hacía falta bajar la cuesta que llevaba a la dársena, sino seguir el camino hasta el acantilado. El terreno estaba cubierto

de hierba poco crecida del mismo verde desvaído que el mar. Henriette se dio cuenta de que había un gendarme montando guardia en la esquina misma del acantilado con el puerto, pero no le dio importancia y siguió por la cañada que bajaba hasta el mar.

Había marea baja. Sobre una superficie de unos doscientos metros, los guijarros estaban cubiertos de algas y plantas marinas entre las que había que chapotear —evitando resbalarse— para buscar las nécoras con el extremo de un gancho. A los seis años, Henriette pescaba ya cangrejos en aquel lugar. La llovizna le pegaba el pelo a las sienes. Respiró hondo para aspirar el intenso olor del varec y se dirigió hacia el cobertizo que había construido su padre utilizando viejos materiales y con el acantilado como muro de apoyo.

Seguía viendo arriba la figura del gendarme, que, a falta de otra cosa que hacer, la seguía con la mirada.

«Papá se ha olvidado de cerrar la puerta», pensó al meter la llave en la cerradura y comprobar que ya estaba abierta.

En el cobertizo guardaban una barquita que Maloin utilizaba para pescar, nasas para bogavantes, aparejos y cosas heterogéneas que se quedaban flotando y recogía en la costa después de las tempestades: barriles vacíos, trozos de corcho, cajas de galletas o maderas.

Estaba poco iluminado. Henriette sabía que las cestas se guardaban a la izquierda, avanzó dos pasos y se detuvo, atónita al oír un crujido. Primero pensó que sería una rata grande, pero oyó un segundo crujido, y este era incapaz de provocarlo una rata; entonces vislumbró la mancha lechosa de un rostro en la penumbra.

¿Por qué no gritó? Tal vez pensaba en el gendarme que montaba guardia en el acantilado. Se olvidó de recoger el gancho y la cesta de los cangrejos, retrocedió, cerró de forma instintiva la puerta y se metió la llave en el bolsillo.

Sin pensárselo dos veces corrió hacia su casa, y, mientras se acercaba, iba sintiendo más miedo y se sorprendía más de haber

actuado con tanta sangre fría. Dio unos golpecitos en la puerta y exclamó jadeante en cuanto abrió su madre:

—¡Hay un hombre en el cobertizo!

—¿Qué dices?

—Y he visto a un gendarme en el acantilado. Deben de estar buscando a alguien.

Arriba, en su cuartito, Maloin abrió un ojo al oír el murmullo de las voces de las mujeres. Vislumbró el papel pintado a rayas plateadas que había colocado en vez del antiguo con flores, porque el vendedor le había dicho que era más moderno. Pero no se acostumbraba a él, como tampoco al pedazo de seda roja adornado con cuatro borlas de madera que servía de pantalla de la lámpara.

Para oír lo que decían, le bastaba abrir el otro ojo, alzar la cabeza y prestar atención. A su lado, en el sitio que había ocupado su mujer durante la noche, había un hueco y, cuando acercaba la cabeza, rozaba una almohada que desprendía un olor distinto al suyo.

Se preguntó si debía escuchar o dormir, y prefirió sumergirse de nuevo en un sueño que no le impedía tener conciencia de que dormía, ni saber que cuando se despertase tendría que pensar en cosas desagradables.

—Le serviremos en el comedor, Mister Mitchel. ¡Germain! Sírvele el desayuno a Mister Mitchel. Tomará usted huevos con beicon, ¿verdad?

Era un anciano curioso, muy menudo y de una energía asombrosa. Lo que más llamaba la atención era su tez sonrosada de niño, su rostro cándido bajo el cabello blanco.

—¿Aún no lo han detenido? —preguntó haciendo un esfuerzo, pues solo conocía unas palabras en francés y las pronunciaba mal.

Tan mal que Germain no le entendió. Tuvo que traducir la señora Dupré:

—Mister Mitchel pregunta si no han detenido aún al ladrón. No lo sé, Mister Mitchel. El inspector está acostado y ha dado orden de que no le despierten hasta las diez.

La señora Dupré dirigió una mirada al reloj, que marcaba las diez menos diez. En ese mismo momento sonó el teléfono, que tenía al alcance de la mano.

—¿Diga? Sí, el Hotel de Newhaven. No, señor… Si quiere llamar dentro de diez minutos. Le aseguro que no puede ser… ¿Cómo dice? Lo siento, capitán, pero de veras que yo no puedo…

Su marido asomó la cabeza tocada con un gorro blanco por la ventanilla del office.

—Es el capitán del puerto —le explicó la señora Dupré agitando las manos—. Dice que acaban de encontrar algo en el agua…

Tras los cristales del comedor se veía a Mister Mitchel, que comía lentamente.

—¡Germain! Son las diez menos tres minutos. Va siendo hora de preparar la bandeja.

Germain comprendió el mensaje y, tres minutos más tarde, llamaba a la puerta de la habitación número 6. Durante un cuarto de hora se oyeron pasos y el ruido del grifo abierto. Por fin se abrió la puerta y el inspector bajó por la escalera, recién afeitado, con el traje cepillado y el pelo impregnado de colonia.

—Ha llamado el capitán del puerto. Parece ser que han encontrado un cuerpo.

El viejo Mitchel abandonó el desayuno y acudió donde estaba el inspector, que, al tiempo que le estrechaba la mano, con la otra descolgaba el teléfono.

—¡Oiga! La oficina del puerto, por favor.

De vez en cuando le decía alguna palabra en inglés a su acompañante. Germain permanecía en posición de firmes junto a la barra; el dueño estaba inmóvil detrás de la ventanilla y la señora Dupré esbozaba una débil sonrisa a modo de disculpa por estar allí.

Tras colgar el teléfono, el inspector siguió hablando en inglés con el viejo Mitchel, y después le dijo a Germain:

—Mi abrigo, por favor.

—Perdón, Mister Molisson. Disculpe mi intromisión… —La señora Dupré se sonrojó—. ¿Me permite preguntarle si la persona…, si la persona que han encontrado es Mister Brown?

Molisson la miró sorprendido.

—¿Por qué Mister Brown?

—Yo creía…, no sé. Me parecía…

—¡Lo que han encontrado es el cadáver! El cadáver del hombre a quien ha matado su Mister Brown.

La señora Dupré se sonrojó aún más, porque Molisson había dicho «su Mister Brown» y eso sonaba casi como una acusación. Se preguntó si su marido había captado el matiz, pero este no se había dado cuenta.

—¡Germain, traiga también el abrigo de Mister Mitchel!

Salieron los dos y, en la casa, dejaron como una sensación de frío. Al principio nadie habló. Germain colocó los vasos en su sitio y al final murmuró, mirando hacia la barra:

—¿Usted cree que es posible, señora Dupré?

La hotelera, por su parte, miraba fijamente el sillón donde Mister Brown solía sentarse y pasarse a veces más de una hora con los ojos perdidos en el vacío. El sillón se encontraba a dos metros de ella. De vez en cuando habían intercambiado algunas palabras. La señora Dupré le había preguntado si estaba casado y el inglés le había señalado en silencio la alianza.

La señora Dupré llegó a pensar, incluso, que la causa de aquella tristeza podía haberla provocado la mala conducta o la maldad de su mujer.

—Empiece a preparar las mesas, Germain. Harán falta cinco cubiertos para el señor Henry y dos para la gente de París.

En la cocina de los Maloin se oían cuchicheos. La casa era casi nueva. La distribución estaba bien estudiada y era fácil tenerla limpia y ordenada. Había un patio embaldosado, un lavadero y una trascocina. El parquet estaba barnizado y habían pintado las paredes del hueco de la escalera al óleo. Pero las paredes eran tan delgadas que desde una habitación se oía todo lo que se decía en la de al lado, y, cuando Maloin se vestía, por ejemplo, en la habitación de la primera planta se oía durante un cuarto de hora un ruido atronador.

—¿Estás segura de que has echado la llave?

—Si lo he hecho adrede. He salido y he girado la llave…

—No sé si decírselo a tu padre. No sé qué le pasa últimamente. ¿Has visto la pipa que se ha comprado sin decirnos nada? Ayer y anteayer apenas durmió…

—Podríamos avisar al gendarme y darle la llave.

Se lo plantearon, pero la idea las disgustaba y les revolvía el estómago, sobre todo a Henriette, a quien le parecía haber captado en la penumbra una mirada de animal acorralado.

—Si por lo menos supiéramos lo que ha hecho…

—A lo mejor el periódico de la mañana dice algo.

El periódico estaba en el buzón, pues Maloin era el único que lo leía cuando se levantaba. Henriette repasó los titulares y volvió las páginas, pero no encontró nada relacionado con el hombre escondido en el cobertizo.

—¿Y si se hubiera metido ahí para robar las herramientas de tu padre?

Les entró miedo, pues si desaparecían los aparejos, Maloin se pondría furioso. Allá arriba, en su duermevela, Maloin seguía teniendo conciencia de que alguien cuchicheaba por más que hundiera con todas sus fuerzas la cabeza en la almohada, como para atraer el sueño a través de esa argucia. Una sirena le informó de que eran las once. En circunstancias normales, le quedaban aún dos

horas de sueño, así que todavía dispondría de tiempo para pensar en su asunto.

Miss Mitchel apareció en el vestíbulo del Hotel de Newhaven y la hotelera la miró con curiosidad. La noche anterior no había sido ella la que había recibido a los viajeros ingleses, sino el conserje nocturno. Siempre se forja uno una imagen de la gente antes de conocerla, y la señora Dupré se había imaginado a Eva Mitchel como a una persona delgada y decidida, de aspecto deportivo.

Sin embargo, parecía una niña, o, mejor dicho, una muñeca, con sus ojazos azules, su nariz demasiado pequeña y su vaporoso atuendo. Sabía unas palabras en francés, apenas algo más que su padre, y hablaba con un acento enternecedor.

—¿Tiene usted noticias? —preguntó.

—¿Noticias de qué, Miss?

—De nuestro dinero.

—¡No! Solo sé que han sacado un…, discúlpeme usted, un cadáver de la dársena. Germain acaba de decirme que llevaba dos días enganchado a un pilote de la escollera sur.

—De la escollera sur… —repitió la muchacha como si estudiara francés.

No había entendido nada. La señora Dupré hablaba demasiado deprisa. Miss Mitchel miró sucesivamente hacia el bar, el comedor y el salón, buscando tal vez un sitio donde acomodarse, pero acabó dirigiéndose hacia la puerta.

Pese a que seguía lloviendo, cruzó el terraplén y se la vio pasear por el malecón sola. De lejos, todavía parecía más etérea, más niña.

Cerca de la dársena, el inspector y Mister Mitchel salían de un tinglado. El policía dijo al jefe del puerto:

—No cabe duda de que es Teddy. Le mandaré su expediente.

—¿Cree usted que lo han asesinado?

—No es que lo crea, es que estoy convencido. Algún día tenía que acabar así. Si conociera usted a Brown, lo entendería. Ted era su ángel malo. Teddy le obligaba a hacer toda clase de cosas, y Brown jamás sacaba de ello el menor beneficio.

Se estrecharon la mano. Mitchel estaba muy excitado. Mientras recorría los muelles con el hombre de Scotland Yard, lo ametrallaba a preguntas.

—Pero ¿usted le dio mi recado a ese chico?

—Le repetí textualmente su mensaje.

—Usted me aseguró que, si Brown se veía descubierto, abandonaría los billetes para que lo dejaran tranquilo…

El inspector no contestó. Reconoció de lejos a los gendarmes y a los policías de paisano. La gente de Dieppe los reconoció también y eran la comidilla en todas las tiendas, pues los periódicos no mencionaban ningún crimen ni ningún robo importante.

—Vaya usted con su hija, Mister Mitchel.

—¿Sabe usted que su primer número de contorsionista lo hizo en mi teatro? Hasta entonces era un simple payaso de circo.

—¡Sí! Vaya usted con Eva, que estará aburriéndose sola en el hotel.

Maloin estaba agotado de tanto intentar dormir. Se había dado como veinte veces la vuelta y le dolía la nuca. Por más que intentaba ahuyentar sus pensamientos, estos se hilvanaban solos en cuanto bajaba la guardia un instante.

—Tu padre se está despertando —anunció la señora Maloin extendiendo el mantel sobre la mesa.

—¿Se lo digo?

—Primero, a ver qué humor se gasta. Ya te haré una señal.

Las más de las veces, Maloin bajaba sin vestirse, tras embutirse un pantalón y una chaqueta sobre el camisón y calzarse unas zapatillas de fieltro. Pero le oyeron ir y venir durante largo rato y, cuando abrió la puerta de la cocina, vestía, como la víspera, el traje de los domingos.

¿Se puede saber qué secretos os habéis estado contando toda la mañana? —rezongó lanzándoles una mirada recelosa. Abrió la cazuela y protestó—: ¡Otra vez col!

—Quería hacer nécoras —se disculpó su mujer con atolondramiento.

—¿Y? —Maloin descubrió en un extremo de la mesa la gruesa llave negra y también el pañuelo que se ponía Henriette para ir al mar—. Había marea baja, ¿no?

—Sí, papá.

La señora Maloin le indicó a su hija que hablase.

—Ahora te lo explico. La última vez seguramente se te olvidó cerrar el cobertizo…

—Pero ¿qué me estás diciendo?

—De verdad que la puerta no estaba cerrada con llave.

De espaldas a la estufa, Maloin aguardaba expectante y con el ceño fruncido mientras cargaba la pipa.

—Yo ya había visto a un gendarme en lo alto del acantilado. Tenía que ir a recoger el gancho y la cesta…

En aquel instante, Maloin consideraba a su mujer y a su hija como enemigas.

—Bueno, ¿qué? ¿Te has quedado muda?

—¡He visto a un hombre en el cobertizo! —se apresuró a gritar Henriette—. Estaba escondido detrás de la barca…

Maloin se dirigió hacia ella como si quisiera pegarle.

—¿Qué te ha dicho? ¡Dime ahora mismo lo que te ha dicho!

—¡Louis! —gimió la señora Maloin.

—¡Pero habla de una vez, hostia!

—No me ha dicho nada. He salido corriendo…

Maloin respiraba agitadamente, y su mirada era dura como cuando en la taberna barruntaba que se fraguaba una pelea.

—¿Se lo has contado al gendarme?

—No —aseguró Henriette, a punto de echarse a llorar. Maloin volvió a mirar la llave y estalló de repente:

—O sea, que lo has encerrado.

Henriette ya no se atrevía a hablar. Asintió con la cabeza alzando los brazos para protegerse de los golpes.

Maloin se ahogaba. Necesitaba hacer algo, cualquier cosa, algo violento que le calmara los nervios, y su pipa fue la primera víctima, pues la arrojó con todas sus fuerzas al suelo, donde se rompió como un huevo.

—¡Por Dios! ¿Lo has encerrado en el cobertizo? —No bastaba la pipa, y la señora Maloin, que seguía con atención su mirada amenazante, salvó la sopera—. ¡Por Dios! —repitió Maloin.

¡Podía haber ocurrido cualquier cosa, pero aquello! ¡El hombre de Londres encerrado en su propio cobertizo!

—¿Qué vas a hacer, Louis?

Maloin alcanzó la llave y se la metió en el bolsillo.

—¿Que qué voy a hacer? —No tenía ni la más remota idea, pero, para impresionarlas, les espetó con sorna—: ¡Escuchadme bien! Lo primero que haréis las dos será tener la boquita bien cerrada, ¿entendido? ¡No tengo ganas de que me hagan preguntas! ¡Y ahora, venga, a dedicaros a las labores propias de mujeres!

Salió al pasillo caminando pesadamente y, después de coger la gorra colgada del perchero, abrió la puerta. La lluvia caía con mayor intensidad, más punzante. A los pocos pasos, el agua le chorreaba por las mejillas y se le empaparon las manos. No pudo fumar, porque no se había acordado de coger su pipa vieja.

Apenas recorrió cincuenta metros y ya divisó al gendarme apostado en el ángulo del acantilado, de espaldas a la ciudad e inmóvil como un centinela. Más allá se extendía el mar, con sus tonos verdes y estriado de blanco. Y al final del todo, en el infinito, la mancha más oscura que se vislumbraba en el cielo la formaba el humo del barco de Newhaven.

7

—¡Hola! —saludó Maloin, y se detuvo al borde del acantilado con las manos en los bolsillos. Podía mostrarse campechano, pues un ferroviario ostenta el mismo rango que un gendarme, y este así lo entendió, ya que después de echarle una ojeada a la gorra, repitió como si se dirigiera a un compañero:

—¡Hola!

—¿Ha ocurrido algo malo?

Maloin fingía mirar hacia el mar, pero miraba de soslayo hacia su cobertizo, que se alzaba más abajo, con el tejado mitad de chapa ondulada, mitad de cartón embreado.

—Estamos buscando a un inglés —contestó con un suspiro el gendarme, y se volvió hacia la ciudad, donde, si uno tenía buena vista, podía verse la hora en el reloj de la estación marítima.

—¡Ah!, es un inglés.

El gendarme solo pensaba en el relevo, y eso desanimó a Maloin. Le habría gustado hablar largo y tendido, saborear aquella conversación, pensando que el hombre encerrado cerca de ellos oiría el murmullo de las voces. El mar seguía subiendo. A eso de las cinco alcanzaría el acantilado y, si estaba un poco agitado, batiría contra la puerta del cobertizo.

—¿Vive usted por aquí? —preguntó el gendarme por cortesía.

Maloin señaló las tres casas que se erguían en lo alto y su interlocutor suspiró y dijo con convicción:

—¡Vaya lata!

—Oiga, pues como vaya armado el inglés…

—Parece ser que no.

Maloin no quería marcharse, pero resultaba un tanto raro quedarse plantado bajo la lluvia, mirando al mar. Sin embargo, precisamente lo que le calmaba era aquella lluvia, y también la presencia del gendarme, la tristeza de los tejados mojados de la ciudad y de las cabrillas en el mar de tonos verdes. Necesitaba un universo lúgubre. Oía el ruido de las gotas de agua al caer sobre la chapa ondulada del cobertizo y sabía que se filtraban chorrillos en el interior.

—¿Y es seguro que no ha salido de la ciudad? —preguntó con la misma indiferencia que si hubiera pedido fuego.

Yo solo sé lo que me han dicho. El inspector de Scotland Yard asegura que nuestro hombre no tiene un céntimo en el bolsillo y que no lleva ni pistola ni navaja.

Eso le hizo pensar a Maloin que su payaso no tenía nada que llevarse a la boca. Encontrarse allí y dejar trabajar lentamente al cerebro le daba una sensación de vértigo. ¿No pensaría el hombre, al oír voces, que estaba rodeado? ¿No temblaría de miedo y de frío? ¿Y cuando entró Henriette?

Maloin empujó con el pie un terrón de tierra hasta el borde del acantilado y lo hizo rodar para que cayera sobre el tejado de chapa ondulada.

—¿Es suyo ese cobertizo? —preguntó el gendarme—. ¿Tiene barca?

—No es más que una barquichuela. Pero un día de estos me compraré una motora…

—¿A qué edad se jubilan los ferroviarios?

—A los cincuenta y cinco.

¡El hombre seguía debajo de ellos, sin comer! Maloin empujó otro terrón de tierra, como un chiquillo que patea una piedra al volver de la escuela. Pero su mirada se había vuelto más huidiza, porque, mientras el gendarme le hablaba de la jubilación, le había venido un

pensamiento a la mente: «¡Si no le abro la puerta, se morirá en pocos días!».

Y pensar en eso le llevaba a crear imágenes, por ejemplo la de Maloin, de noche y con marea alta, arrastrando un cuerpo tieso y flaco hasta el mar.

—¡Bueno, me voy a comer! —dijo.

Se encaminó hacia su casa con las manos en los bolsillos. Era angustioso dejar volar la imaginación. Probablemente por la noche los gendarmes efectuarían rondas con linternas, y como el hombre tuviera la desgracia de moverse…

Los encontró a todos sentados a la mesa, incluido Ernest, que había regresado de la escuela. Maloin comió sin decir una palabra, dejando que su mirada vagara sobre su familia.

—¿Quieres salir conmigo? —preguntó de repente a Henriette. Esta se volvió hacia su madre, que asintió.

—¡Claro! Id a dar un paseo los dos.

—¿Y yo qué? —gimió Ernest.

—Tú te quedas aquí.

Maloin fue a su habitación para peinarse y cepillarse el traje, y abrió la caja de galletas para coger un poco de dinero. En la caja había un billete de mil francos, que se metió furtivamente en el bolsillo.

—¿Estás lista, Henriette?

—¡Tardo cinco minutos!

Maloin pasó delante de la puerta de la habitación de su hija y estuvo tentado de abrirla. Se oía el chapotear del agua en la palangana. Dejó pasar un instante y luego dijo riéndose:

—¡Eso, ponte guapa!

El payaso debía de tener hambre y, como seguía lloviendo, seguro que se habían formado ya diez goteras en el cobertizo por las que entraba el agua helada.

—Sal un momento, Ernest.

—¿Por qué?

Maloin empujó al niño al pasillo y extendió las manos sobre la estufa, como hacía cuando acababa de lavarse.

—Volviendo a lo que ha contado Henriette esta mañana, lo he estado pensando —dijo a su mujer—. No hay que decírselo a nadie. ¿Me has entendido?

—¿Y si se larga con tu barca?

A Maloin no se le había ocurrido eso y suspiró, hastiado:

—¡Pues mala suerte!

Henriette se había empolvado la cara y pintado los labios. Se había puesto demasiado carmín, que resaltaba aún más con el vestido de seda verde. Cada vez que se ponía ese vestido, parecía más gordita de lo que aparentaba.

—¿Adónde vamos?

—Ya veremos.

Caminaron en silencio hasta la cuesta, y a Maloin le invadió, sin motivo, la misma sensación que experimentaba los días de fiesta o cuando iba a una boda, la sensación de una vida diferente a la rutinaria.

—¿No te echaría los tejos tu jefe?

—¡Qué va!

La espiaba con sus ojillos, a la vez satisfecho e inquieto.

—Le he recomendado a tu madre que no hable de lo del cobertizo. Por supuesto, tú tampoco digas nada.

Estaban aparejando un bou. Los tripulantes, que se hallaban todos en cubierta, se quedaron mirando sonrientes a Henriette. Tampoco ella caminaba como de costumbre; su andar era el de los domingos, más ligero, más sigiloso. Saltaba los charcos y le irradiaba del rostro una especie de alegría interior.

—¿Iremos al Café Suisse?

Maloin no contestó, pues estaba contemplando la cabina acristalada, al otro lado de la dársena, y se estremeció al pensar que era rico. ¡Resultaba inconcebible, inverosímil! Cuando estaba solo, no

se atrevía a calibrar lo que representaba aquel dinero; en cambio, ahora, paseando con su hija, descubría nuevas perspectivas.

—¿Te gustaría no tener que volver a servir?

—Es imposible —contestó la muchacha, sin sospechar lo que subyacía en aquellas palabras.

—¿Y si fuese posible? ¿Y si yo te vistiese mejor que la hija de los Laîné?

—¡Esa, por mucho que se gaste, viste como un adefesio!

Maloin entreveía la figura gris de su compañero en la cabina. También el día era gris. Como las farolas todavía no estaban encendidas, el ambiente era muy tétrico, muy triste. Su compañero guardagujas debía de envidiarle al verlo paseando con su hija endomingada.

Había dos gendarmes montando guardia en el extremo del muelle, y otro delante de la estación marítima. Los transeúntes apretaban el paso. Declinaba el día y la gente se pegaba a las casas cuando pasaban los coches para evitar que les salpicasen.

Se encendieron las luces del Café Suisse. Sonaba el fonógrafo. Camélia ocupaba ya su rincón y, al ver a Maloin con su hija, fingió no conocerlo, pero repasó a Henriette de los pies a la cabeza.

—Tómate algo bueno, un licor. ¡Camarero! Un licor y un buen Calvados.

—¿Bénédictine?

Henriette dudó, hizo una mueca y movió la cabeza.

—Yo también un Calvados, con un terrón de azúcar. La propia Henriette le hizo regresar al asunto que le preocupaba:

—Me pregunto si tendrá algo para comer. ¿Se sabe si es joven?

¡Ni joven ni viejo! No tenía edad. El payaso era un ser triste y angustiado.

«¡Un tipo con mala suerte!», se dijo Maloin, a quien se le apareció la imagen de la barca alejándose lentamente, y del inglés removiendo el agua con el bichero en busca de la maleta.

—¿Era cara la pipa, padre?

—¿Por qué?

—Porque si no fuera muy cara, te compraría otra. Maloin temió que descubriese que la pipa valía doscientos cincuenta francos, y cambió de tema.

—¿No te ha pedido tu madre que compres lana azul?

—Sí. Quiere que le haga un jersey a Ernest.

¿Qué podía valer un abrigo de piel como el de Camélia? Maloin recordó que una vez, al besarla, había rozado el abrigo tibio y perfumado. No tenía ni idea. Se lo preguntó a Henriette, que miró el abrigo de arriba abajo.

—¡Apuesto a que es falso! Y la mujer es una fulana. La conozco. Venía a la carnicería por las mañanas, con una bata sucia y en chancletas.

—¿Cuánto vale, aunque sea falso?

—Puede que unos trescientos francos.

Maloin se tomó otro Calvados y pagó al camarero con un billete de quinientos francos.

—Ven.

—¿Adónde vamos?

—¡Ya lo verás!

Algunas veces, el alcohol no produce ningún efecto y solo da dolor de cabeza; otras, le inunda a uno el pecho de un tibio optimismo. Ese fue el caso. A Maloin le brillaban los ojos y, al salir del café, dirigió un gesto amistoso a Camélia.

Había caído la noche. Todos los escaparates estaban iluminados. Los paraguas chocaban entre sí. Maloin se fijó en una mujer que llevaba un impermeable azul y decidió al instante comprarle uno igual a su hija. Como quien no quiere la cosa, con una sonrisa en los labios, la empujó al vestíbulo de las Nouvelles Galeries, y luego, de sección en sección, hasta la de ropa impermeable, donde sin pensárselo dos veces le dijo a la vendedora:

—Enséñeme los impermeables azules.

—¿De tela o de seda?

Mientras su hija se los probaba, pensaba en el inspector de Scotland Yard y esbozaba una sonrisa desafiante. No solo desafiaba al inspector, sino al zoquete gendarme de la mañana, y al comisario bajito, que deambularía bajo la lluvia.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Ciento setenta y cinco francos. Tenemos también la boina que hace juego.

Compró la boina, que costaba veinte francos, y echó una ojeada a su alrededor por si había algo más que comprar.

—¿Se la lleva puesta, señorita?

No había ni que preguntarlo. Henriette dejó sus señas para que le mandaran el abrigo viejo. Una vez en la calle, Maloin y su hija sonreían excitados, y los transeúntes, al verlos, no podían saber que aquel era para ellos un día de fiesta.

—¿Cómo están tus zapatos?

—No me entra agua, pero no casan con el color azul.

Compraron unos zapatos. Era un placer acercarse a la caja y, dejando bien claro que no le asustaban los números, espetar:

—¿Cuánto?

¡La señora Maloin se habría pateado la ciudad durante quince días antes de elegir semejante par de zapatos! A esa hora, ya no estaría de guardia el mismo gendarme. Tal vez ya no había ninguno, pues no podían vigilar eternamente la costa solo por un fugitivo.

—¿Estás contenta?

—¡Claro!… Pero ¿qué dirá mi madre?

Maloin entrecerró los ojos y no contestó, pero un poco más lejos se paró delante de una tienda de guantes.

—¡Entra!

Henriette empezaba a mirar con un punto de inquietud a su padre, cuyo rostro resplandecía.

—¿Cómo los quiere? ¿Forrados de piel o de lana?

—¡Los mejores!

Lo más extraño era que en aquel momento Maloin habría llorado de alegría y de nerviosismo. Flotaba en un universo nuevo. En circunstancias normales, a esa hora estaría en casa haciendo apaños como casi todas las tardes, o jugando al dominó en el bar.

—Elige otro par para tu madre, que le gustarán.

—No sé su talla.

—Si no le vienen, se los cambiaremos, señorita —dijo obsequiosa la dependienta.

Todo el mundo era amable. Cuando compraron medias en la tienda de al lado, llamaron a Henriette señora, y Maloin volvió la cabeza para disimular una sonrisa.

¿Qué esperanza le quedaba al hombre agazapado en el cobertizo? Estaba sin un céntimo y la policía tenía su fotografía.

De pronto, Maloin dejó de prestar atención a las compras de su hija. Si el asesino había elegido el cobertizo, ¿no era porque quería colarse en casa de Maloin al amparo de la noche? Quizá conocía la casa. No podía sospechar que la maleta se había quedado en la cabina y sabía que Maloin se ausentaba todas las noches.

Con frecuencia se lee ese tipo de historias en los periódicos: un fugitivo de la justicia, un hombre acorralado, un tipo que no tiene ya nada que perder, se introduce en una casa aislada, en una granja, o en un chalet, mata a las mujeres a hachazos o con una barra de hierro, roba el dinero, vacía la fresquera, se bebe a morro el vino y luego rompe el gollete de las botellas.

—¿Cuánto? —preguntó sin convicción.

Henriette, que le había visto mudar de semblante, le preguntó en voz baja:

—¿Te parece demasiado caro?

—¡Qué va!

—¿Estás enfadado?

—¡Que no!

No quería a Ernest, porque todo el mundo aseguraba que se parecía a su tío, y también porque su madre se ponía siempre de

parte de su hijo. Aun así le compró una cartera nueva y una caja de acuarelas. Henriette llevaba los paquetes. Aunque había amainado la lluvia, las gotas de agua crepitaban sobre el papel de seda.

¿Qué más podía comprar? Una vez cambiado el billete de mil francos, ya no había razón para detenerse. Sin embargo, no se le pasó por la cabeza comprar algo para él.

—¡Deberías comprarte otra gorra, padre!

¡Pues claro! ¡Una gorra de ferroviario! ¿Y por qué no un uniforme?

—¡Entremos un momento en el bar!

Se tomó un aperitivo en la barra para ver si recobraba el buen humor. ¡Ni siquiera podría quedarse aquella noche en su casa para vigilarla!

—¿Qué quieres tomar?

—Nada. No tengo sed.

—Es igual, sírvale una copita —le dijo Maloin al camarero. Si ella no bebía, parecía un reproche.

—¡Venga, que no te hará daño! ¿Dónde hay una tienda de pieles por aquí?

—Delante de Correos.

Se le veía más espeso, iba volviéndose más cerril, más obsesionado por ideas fijas. En la tienda de pieles se mostró desagradable.

—¿Cuánto vale un cuello de piel de zorro?

—¿Auténtico? A partir de quinientos francos.

—Enséñeme uno de ese precio. Su hija le tiró de la manga.

—No lo compres. Mamá se enfadará. Los de imitación están muy bien también.

—Déjame en paz.

A Henriette se le estaba pasando a su vez la embriaguez del momento, pero la recobró cuando se echó la piel de zorro en torno al cuello. Era un zorro rojizo, que no hacía juego con el impermeable.

—¿Se lo lleva puesto?

¡Pues claro que se lo llevaba puesto! Volvieron a sumergirse en las calles con sus paquetes.

—¿No es hora de volver? —preguntó Henriette inquieta.

La muchacha cambió de acera para pasar delante de la carnicería, pero la reja estaba cerrada y no había nadie en la tienda. En la esquina, una mujer preguntaba algo a un transeúnte. Maloin se fijó en ella porque hablaba inglés, y se quedó mirándola. La mujer llevaba un traje sastre negro demasiado ligero para la estación. Tenía las facciones irregulares, del sombrero se le escapaban unos cabellos rojizos y adornaba su delgado cuello con una cadena y un medallón.

—Compra el periódico —dijo Maloin a su hija.

Evitó mirar hacia la cabina acristalada. Se encaminaron hacia los muelles y, en los alrededores del Café Suisse, Henriette empujó a Camelia, que estaba en la penumbra hablando con el inspector inglés. Maloin apretó el paso. ¡No podían acusarle de nada! ¡Maloin no había hecho nada malo! Con el ceño fruncido, buscaba el modo de acabar con el asunto del cobertizo. Luego, bastaría dejar pasar unas semanas o unos meses, y pedir la jubilación.

Después se marcharía a algún lugar de Francia, siempre que fuese en Normandía, al sur del Sena, por ejemplo, por la zona de Caen. Compraría un barco de vela que tuviese motor, y pescaría por puro placer.

—De todas formas, no sé qué dirá mamá.

La inquietud de Henriette crecía a medida que se acercaban a casa. Maloin apenas tendría tiempo de cambiarse de ropa, de cenar y de irse a trabajar.

¿Intentaría el hombre salir de su refugio durante la noche? Detrás de la barca había herramientas. Si cortaba las planchas de madera…

¡Sería terrorífico no saber dónde estaba! ¡Más aún que saber que se hallaba en el cobertizo!

¿Acaso dudó cuando mató al otro inglés? ¡No! Lo mató y ya está. Quien no ha presenciado nunca un crimen no puede imaginarse que matar sea tan fácil. ¡Ni siquiera impresionaba!

Si no había comido desde la víspera, estaría deprimido, y ya de por sí era un personaje enfermizo.

Pero, agazapado en la oscuridad del cobertizo, tenía ventaja sobre Maloin…

¿No sería mejor hablarle a través de la pared, sin alzar la voz para que no los oyera nadie, y ofrecerle una parte del dinero?

—Hay alguien en casa —observó Henriette mientras se acercaban.

—¿Cómo lo sabes?

—Se ve luz en el pasillo.

Cuando no había visitas, apagaban la luz del vestíbulo.

—¿Llevas la llave?

Henriette abrió la puerta. Oyeron voces. Henriette opinaba que sería mejor dejar la ropa nueva y los paquetes en el pasillo, pero su padre la empujó hacia la cocina.

Estaba el cuñado con la mujer.

—No sabía que veníais —dijo Maloin sin mirarlos a la cara. Al mismo tiempo, su mujer exclamó:

—Pero ¿qué es esto? Tu padre te…

La señora Maloin palpó el impermeable, el sombrero, los guantes, y miró a su marido ya con un asomo de angustia.

—¿Y para mí, nada? —gimió Ernest, deshaciendo un paquete que contenía unas medias. A la cuñada, el impermeable le pareció demasiado llamativo. El cuñado proclamó:

—Estaba comentándole a tu mujer que has hecho mal diciéndole a Henriette que dejara un trabajo seguro en una tienda de gente adinerada.

Había demasiadas personas en la cocina y los paquetes desenvueltos contribuían al desorden general. Todo el mundo

hablaba a la vez. Henriette enseñaba sus zapatos. En la estufa algo estaba quemándose.

—Dados los tiempos que corren, es muy difícil encontrar un buen trabajo.

Maloin doblaba la cerviz, como un toro enfurruñado. Los veía a todos alborotados. Oía voces a diestro y siniestro, y de pronto tuvo la convicción de que nunca llegaría a poner orden en todo aquello, de que nunca llegaría a escapar de una situación tan enrevesada.

—¡A la mierda! —suspiró, desanimado, abriendo la puerta.

Subió a su habitación para cambiarse de traje y se restregó los ojos antes de apagar la luz.

8

Un tabique acristalado separaba el comedor del vestíbulo. La señora Dupré podía dirigir al servicio desde donde estaba, pues una ventanilla la comunicaba con el comedor y otra con el office.

Había poca gente aquella noche. A la hora de cenar llegó una pareja que había preguntado el precio de las comidas. Eran unos recién casados de condición modesta que iban a pasar la luna de miel a Londres. Los habían acomodado en el rincón izquierdo, donde comían intimidados por la cubertería de plata y por el frac de Germain.

Amén de un representante que iba a quedarse en Dieppe unos diez días, solo estaba ocupada la mesa de los ingleses. El viejo Mitchel y su hija se sentaban a un lado, y al otro el inspector Molisson.

Todo el mundo cenaba en silencio, y la señora Dupré sabía que nadie hablaría hasta el final. Así ocurría cada vez que no estaban ocupadas por lo menos cinco mesas. Lo incómodo de la situación era tan evidente que, cuando se presentaba alguien con intención de cenar, se detenía en el umbral y al punto se batía en retirada. Ese mismo vacío contribuía a que el servicio trabajara más deprisa, y, a ratos, Germain acechaba los platos como si de una presa se tratara.

Acababan de servir los quesos cuando se oyó cerrarse la puerta de la calle. Luego se oyeron unos pasos vacilantes y apareció una mujer joven que miraba con timidez a su alrededor.

—¿Quiere una habitación? —preguntó la hotelera desde bastante lejos.

La recién llegada contestó en inglés y la señora Dupré apretó el timbre para llamar a Germain, que hablaba un poco esa lengua.

Desde el comedor, Molisson vio a la joven y se levantó de la silla para averiguar el motivo de su azoramiento.

—La mujer de Brown —murmuró el inspector, dirigiéndose hacia el vestíbulo—. Me pregunto qué ha venido a hacer aquí.

—¡Yo lo sé!

Eva Mitchel se levantó a su vez, dejó la servilleta sobre la mesa y, con una sonrisa en la que se traslucía un ligero desafío al policía, añadió:

—Le telegrafié yo para que viniera.

La joven no perdió un minuto, ni dudó un instante, como si lo tuviera todo previsto. Nada más salir al vestíbulo, dijo en inglés:

—Mistress Brown, supongo. ¿Quiere usted pasar conmigo al salón? Yo soy Miss Mitchel. Mistress Brown tendría unos veintiocho años. Se notaba que había sido guapa, de una belleza frágil, que aunque no había desaparecido del todo se había marchitado. Cuando se casó con Brown era corista en una compañía de tercer orden, pero eso no impedía que fuera tan apocada y dócil como en aquel momento. Esbozaba la misma sonrisa con la que parecía disculparse por existir.

Eva Mitchel se sentó en el brazo de un sillón, con las piernas cruzadas, y encendió un cigarrillo.

—¿Sabe algo de su marido?

—No. Estará en Rotterdam. Cuando recibí su telegrama, pensé que había tenido un accidente.

—¿A qué cree que se dedica su marido?

—Es representante de una empresa francesa de maquillajes de teatro y de postizos.

—Si le ha dicho eso, le ha mentido. Su marido es un ladrón y el señor que está sentado allí con mi padre es un inspector de Scotland Yard encargado de detenerlo.

Hablaba con tal sencillez que Mistress Brown permanecía inmóvil, con los ojos abiertos como platos y sin que se le ocurriera protestar.

—Mi padre, a quien ve usted allí, es Harold Mitchel, el director del Palladium.

La menuda Mistress Brown hizo un amago de inclinarse, más deslumbrada por aquel nombre que por la acusación formulada por la muchacha.

—Su marido le ha robado más de cinco mil libras.

Molisson las observaba a través del espesor de los cristales. Miss Mitchel estaba sentada en el brazo del sillón, mientras que Mistress Brown permanecía de pie, las manos juntas sobre el cierre del bolso, dispuesta ya a hacer lo que le ordenase su interlocutora.

—Si desea usted tener pruebas de lo que le digo, puedo llamar al inspector. La otra protestó con la cabeza, por cortesía.

Era la hora en que Maloin entraba en su jaula acristalada y espetaba su habitual:

—¡Hola!

—¡Hola! ¿Qué te pasa? —preguntó su compañero.

—¿A mí? ¿Qué me va a pasar?

Depositó el termo sobre la estufa y el pan sobre la mesa. Luego sacó un periódico del bolsillo.

—¿Sigue todo tan lleno de gendarmes?

—Ahora andan patrullando. De vez en cuando se ve bailar un redondel blanco por el puerto; es una linterna.

Eva Mitchel no perdía el tiempo: no permitió que su interlocutora recobrara el aliento.

—Ese dinero era cuanto nos quedaba a mi padre y a mí. Si Brown nos lo devuelve, le dejaremos una parte y no lo

denunciaremos. Si no acepta, lo condenarán por asesinato y le colgarán.

—¿Por asesinato?

—Aquí, en Dieppe, hace tres días, mató a su cómplice Teddy. Conocía usted a Teddy, ¿no?

—Trabajaba para la misma empresa que mi marido.

—O sea, que daban los golpes juntos. Brown robó el dinero en el despacho de mi padre y luego se reunió con Teddy en Dieppe. Seguramente se pelearon en el momento del reparto y su marido mató a Teddy. Si no me cree, llame al inspector. Ahora Brown se oculta en algún lugar de la ciudad. Usted debe encontrarlo para darle el recado. ¿Tiene dinero?

—Salí de Newhaven con dos libras.

—Aquí van otras dos. Puede usted comer y alojarse en este hotel. No es caro.

—¿Qué quiere usted que haga?

Todavía no había llorado, pero se notaba que iba a hacerlo, que poco a poco se hacía cargo de la situación.

—Eso es cosa suya. ¡Búsquelo! Ponga un anuncio en el periódico. Tal vez el inspector le dé algún consejo.

Cuando Eva Mitchel regresó a la mesa y se sirvió el postre, Molisson se quedó mirándola estupefacto.

—¿Qué le ha dicho usted?

—La verdad. Seguro que ella encuentra más fácilmente a su marido que nosotros; y, si no, él se enterará de su llegada y acudirá por voluntad propia.

—Pero ¿y si ella lo encuentra? —balbució Molisson, estupefacto.

—¿Cómo dice?

—Ese hombre ha cometido un crimen…

—¡En Francia! Eso a usted no le atañe. Es asunto de la policía francesa.

Mister Mitchel observaba a su hija con no menos extrañeza, y su rostro dejaba traslucir una mezcla de apuro y admiración.

—¿Por qué no nos has dicho nada?

—Porque me habríais impedido que le mandara el telegrama.

La muchacha daba la espalda al tabique acristalado del salón y solo el inspector seguía viendo a Mistress Brown, quien, desplomada en un sillón, tenía el rostro entre las manos. Molisson acabó dejando la servilleta en la mesa y, cuando entró en el salón, la joven preguntó en un suspiro sin mostrar la cara:

—¿Es cierto?

—Es cierto —contestó Molisson, sentándose a su lado—. Brown anda metido en un buen lío. Hasta hace poco, no se exponía a ir a la cárcel, pero ahora…

—¿Es cierto también que si devuelve el dinero…?

—Sí, Mitchel retirará la denuncia, Scotland Yard se olvidará de él. Allá Brown con la policía francesa. ¿Qué ha hecho usted con los chicos?

—Son un niño y una niña —rectificó ella maquinalmente—. Los he dejado con una vecina. Pero dígame qué puedo hacer.

El inspector observó a los Mitchel, que seguían cenando; después contempló la alfombra descolorida y encendió la pipa.

—Lo más sensato tal vez sea que se dé una vuelta por la ciudad, sobre todo por los lugares desiertos. Dieppe no es grande. Es probable que Brown la vea.

La joven estaba asustada, se notaba en sus ojos, temía las calles desiertas e incluso el posible encuentro con su marido. Molisson no sabía qué decirle.

—Antes que nada, le aconsejo que cene y que se acueste. Mañana ya tomará una decisión.

Y de nuevo Mistress Brown se quedó sola en el saloncito. La hotelera se acercó a preguntarle en francés si quería cenar. Como la joven no la entendía, la señora Dupré se lo explicó por señas y Mistress Brown movió la cabeza.

—¡Seguro que lo encuentra! —afirmó Eva Mitchel—. Ya sé que es duro para ella, pero no menos penoso es para mi padre quedarse

sin dinero a su edad, después de haber enriquecido a tantos artistas.

Los recién casados se levantaron, entraron en el salón y, al ver a una mujer con los ojos enrojecidos, se retiraron por discreción. El marido preguntó a la hotelera:

—¿Hay algún cine cerca?

Se fueron al cine. Camélia seguía en su puesto en el Moulin Rouge, con la mirada perdida y un rictus amargo. El dueño acababa de leer los periódicos.

—¿Lo conocías?

—Al bajo, sí. Se llamaba Teddy. Venía a Francia casi todos los meses. Rara vez no se acordaba de mí. Yo sabía que tenía un trabajo peligroso y poco legal. A cualquier otro se le habría escapado alguna palabra, pero a él no. Era un auténtico gentleman, como dicen ellos. ¡Cortés y bien educado! Siempre me cedía el paso al entrar en la habitación y nunca se habría ido antes que yo. —Camélia se interrumpió—. ¡Ese vals no! —gritó hacia el fonógrafo. Y le explicó al dueño—: Es el vals que sonaba la última vez que vino, con el otro, el alto y flaco. Le pedí que me sacara a bailar y me contestó que estaba pendiente de un negocio, pero que volvería un poco más tarde. No me gustaba la cara del otro. Le dije en voz baja a Teddy: "No te fíes de tu amigo".

»Siempre tengo presentimientos. Como cuando murió mi hermano… Teddy me guiñó el ojo. Se tomaron tres o cuatro whiskies, el barman se acordará. Luego se marcharon y yo me quedé bailando con Dédé.

»Bueno, pues me notaba rara. Habría apostado cualquier cosa a que Teddy no volvería. Al día siguiente me encontré al otro dos o tres veces. Incluso hablé con él. Pero yo todavía no sabía nada, si no, creo que habría avisado a la poli…

También el camarero y un taxista que iba a tomarse una copa cada noche estaban atentos a lo que contaba Camélia.

—Sabe Dios dónde andará escondido —dijo el dueño mientras servía a la mujer.

Mistress Brown salió del hotel sin decirle nada a nadie. El inspector la siguió, pues temía que hiciera una tontería. La joven no conocía Dieppe y anduvo a lo largo del malecón en la oscuridad. No había un alma. Parecía perdida en aquella inmensidad húmeda. Volvió sobre sus pasos, topó con una calle iluminada, dudó y llegó sin saberlo al centro de la ciudad.

Caminaba a trompicones, como quien está muy cansado. Tan pronto corría como parecía a punto de detenerse, desfallecida. Unos transeúntes se volvieron a mirarla. Molisson, que la veía de espaldas, supuso que lloraba mientras caminaba, y se preguntó si Eva había actuado para defender los intereses del viejo Mitchel o los suyos propios.

Estaba descontento. En aquella historia, él mismo habría preferido desempeñar un papel penoso antes que ver a aquella chiquilla rubia trazando un plan y ejecutándolo hasta el final sin una vacilación.

Además, ¿qué podía hacer la pobre Mistress Brown? Seguramente estaría pensando que la vida de su marido dependía solo de ella, que tenía que dar con él como fuera y obligarle a devolver las cinco mil libras.

Había dejado de llover. El pavimento aún estaba mojado y los charcos relucían a la luz de las farolas de gas. Mistress Brown se encontró de repente ante la dársena y durante un buen rato estuvo allí parada. Tenía los tacones gastados por un solo lado. Algunos cabellos rojizos se le rizaban en la nuca. Cuando se decidió a volver atrás, se topó con el inspector, al que reconoció de inmediato y exclamó:

—¡Dígame qué quiere que haga!

Lloraba sin llorar: su rostro se había contraído en una mueca pero se le habían agotado las lágrimas.

—La acompañaré al hotel y se acostará. Miss Mitchel ha hecho mal telegrafiándole.

—¡Pero si está en juego la vida de Brown!

Se dejaba llevar a regañadientes y de vez en cuando se detenía a la entrada de una callejuela oscura, con ganas de gritar el nombre de su marido.

—¡Venga usted!

—¿Y si estuviera escondido ahí? —Luego se volvió locuaz de pronto—. Conozco a Teddy Baster. Brown me dijo que era su jefe y me recomendó que fuese amable con él.

—Era algo parecido a su jefe —suspiró Molisson, a quien había agotado más aquel paseo por la ciudad que todo un día de investigación—. ¡Vamos!

—¿Lleva abrigo, al menos?

—No. Se dejó el impermeable en el hotel. Hacía frío. Si el viento giraba hacia el este, helaría por la mañana.

—¿Cómo encontrará comida?

—No lo sé, Mistress Brown. No me haga más preguntas. Puede que mañana tengamos noticias nuevas.

Al cruzar el vestíbulo del hotel, vieron en el salón a Eva Mitchel y a su padre jugando a las damas. Por un momento, Molisson pensó que tendría que meter a Mistress Brown en la cama, hasta tal punto la veía falta de energías.

—¿Me promete usted que no hará nada hasta mañana?

—De verdad, no se preocupe.

Diez minutos más tarde, el inspector se encerraba en la cabina y telefoneaba al comisario.

—¡Oiga! ¿Es usted? ¿Alguna novedad?

—Nada. Mis hombres seguirán patrullando toda la noche. Estamos casi seguros de que no ha salido de la ciudad. Por cierto, me han comunicado que ha desembarcado una inglesa con un pasaporte a nombre de Mistress Brown. ¿No será…?

—Sí. Es su mujer. Yo me encargo de ella.

Maloin, recluido en su cabina acristalada, apartó a un lado el periódico que acababa de leer. Se trataba de un periódico local, pues en los grandes diarios de París no se mencionaba el caso. Se contaba toda la historia con pelos y señales. El reportero había conseguido sacarle información a Molisson, pues revelaba el pasado de Brown y refería todos los pormenores sobre el robo del Palladium. Incluso aparecía una fotografía del viejo Mitchel y de su hija saliendo del Hotel de Newhaven.

Aunque no era consciente de ello, hacía dos días que Maloin no miraba el armario, dos días también que le dolía la cabeza de tanto cavilar. Era tanto más obsesionante cuanto que le venían una y otra vez los mismos pensamientos.

¿No fue una imprudencia por su parte realizar compras tan costosas aquella tarde? Se dio perfecta cuenta de que su cuñado torcía el gesto y de que hablaba con segundas cuando observó:

«¡Cualquiera diría que te ha tocado el gordo!».

Ni siquiera quería volverse hacia el acantilado, cuya masa negra parecía más densa en la oscuridad. Nunca se le habría ocurrido que tanta gente pudiera molestarse por aquella maleta. Y quizá quien más lo había impresionado no era el inspector de Scotland Yard, sino el viejo Mitchel, con sus aires de empresario. Si aquel hombre le hubiera preguntado algo a Maloin, por ejemplo por las señas de un hotel o de una tienda, le habría dado una propina. ¡Y el guardagujas la habría aceptado!

¿Era posible que no le quedara una perra? La idea le halagaba y le incomodaba al mismo tiempo. Además, Maloin se había aprendido de memoria una frase del final del artículo: «Brown tiene mujer y dos hijos que viven en Newhaven y que, al parecer, no están al tanto de nada».

Había visto a Brown, su impermeable, su traje raído, sus zapatos con las medias suelas recién cambiadas. Podía imaginarse la casa

construida sobre el acantilado de Newhaven, como la suya propia en el de Dieppe: una casa del mismo tipo, apenas un poco más confortable. ¡O quizás era aún más modesta que la de Maloin!

Le pedían paso por la vía 3. Dio vía libre y se tomó una taza de café ardiendo. Divisó en el muelle al inspector Molisson, que hablaba con la inglesa a la que había visto en la calle aquella tarde.

Maloin sentía que se asfixiaba, que irremisiblemente tenía que hacer algo. Por un momento, estuvo a punto de abrir el armario y arrojar la maleta a la dársena.

¿De qué serviría? No cambiaría nada. ¡Si al menos supiera que la encontraría en el mismo sitio, pasadas una o dos semanas, cuando todo hubiera acabado! Pero la corriente de la marea la arrastraría, o se hundiría en el limo, o se quedaría enganchada al anda de un barco.

Cuando el barco de Newhaven entró en el puerto, Maloin ni se fijó en las maniobras que realizaba. No vio más que luces y sombras en movimiento. Aparte del timbre que le avisaba de que tenía que cambiar las agujas, solo oía un rumor impreciso.

Y no se atrevía a mirar hacia su casa, donde habían apagado las luces desde hacía tiempo. Había suficientes herramientas en el cobertizo para hacer saltar la cerradura. Si Brown sabía que la maleta obraba en poder de Maloin, pensaría que la tenía escondida en casa.

El comisario observaba a cada viajero, a la entrada de la estación marítima, y Maloin estuvo a punto de acercarse a hablar con él. Tal vez no le cayera una condena muy severa. No tenía antecedentes judiciales. Todo el mundo intervendría en su favor. ¡Pero le quitarían la maleta! ¡Y lo echarían del trabajo!

Se vería obligado a vivir de las chapuzas, como Baptiste, a vender pescado por las calles o algo por el estilo. Henriette volvería a servir y se lo echaría en cara. Desde luego, su mujer no se abstendría de repetirle: «¡Eso te pasa por dártelas de listo!».

¡Su cuñado estaría en la gloria! ¡Ni Ernest mismo le obedecería!

Si pudiera bajar a la calle y quedarse unos minutos en el Moulin Rouge, se emborracharía. Incluso quizá se iría con Camélia, para demostrarse que seguía siendo un hombre fuerte y vital.

No veía más que a dos gendarmes, pero, cuando se fue el rápido de París, divisó una luz intermitente, la de una linterna, y comprendió que estaban haciendo batidas. La patrulla pasó al pie del puesto de guardagujas, y el foco luminoso se paseó por la escalera de hierro.

Dos horas más tarde, brincaba la luz al otro lado del agua, en lo alto del acantilado, a cien metros de su casa y por un terreno que él conocía palmo a palmo.

«¡Un hombre hambriento!», masculló. Y añadió: «¡Hay que acabar con esto de una vez!».

No podía pasar otra noche como las tres últimas. No sabía qué, pero algo tenía que hacer. De no ser por su estúpido trabajo, habría salido de inmediato hacia el cobertizo, pero era imposible dejar el puesto de guardagujas sin vigilancia.

Le alivió haber tomado una decisión, miró el reloj y se pasó las tres últimas horas esperando, con expresión cerril. El mercado de pescado abrió en plena oscuridad. Despuntó el día, claro y frío. Su compañero llegó con las narices húmedas y trayendo consigo una corriente de aire helado.

—¡Hola!

—¡Hola!

Enfiló una calle comercial en la que acababa de abrir una charcutería y, de forma impulsiva, compró salchichón, dos latas de sardinas y una porción de paté, mientras se contemplaba con inquina en el espejo que adornaba la pared.

Vio una tabernucha en el mercado y alargó el termo de esmalte azul para que se lo llenaran de aguardiente.

Se sentía flojo. Actuaba de mala gana, como quien realiza un trabajo incómodo, como quien va al entierro de un vecino con el que no se hablaba. Ni siquiera creía en lo que estaba haciendo. Le parecía que el mundo a su alrededor había perdido consistencia. Si

alguien le hubiera sacudido de repente y se hubiera despertado en la cama, no habría sentido el menor sobresalto.

En vez de subir la cuesta, siguió caminando al pie del acantilado; no vio ningún uniforme en lo alto. Tenía que andar sobre gruesos guijarros y rocas desmoronadas. Como se había guardado las vituallas en los bolsillos, pensó que el paté llegaría hecho papilla.

Cuando ya estaba cerca del cobertizo, se sentó en una piedra, súbitamente compadecido de su propio futuro, del de su mujer, del de su hija e incluso del de Ernest. Su casa se alzaba detrás, muy cerca pero invisible, plantada sobre la roca como un juego de construcciones, y era casi seguro que salía humo de la chimenea. Ernest estaría desayunando antes de irse a la escuela. Su mujer habría dejado dormir a Henriette, que raras veces podía permitirse no madrugar.

Por las mañanas, la casa poseía un olor íntimo, una mezcla del olor de las habitaciones, del aroma del café y de efluvios del campo. Cuando regresaba, lo primero que hacía era extender las manos sobre la estufa; luego se desabrochaba los pesados zapatos y se ponía las zapatillas, que estaban calentándose sobre la tapa del horno.

El resto del día le pertenecía. Primero dormía, sumido en un sueño ligero que no le impedía oír los ruidos de la casa y de la calle. Después podía hacer lo que le diera la gana, reparar aparejos, pintar la barca, manipular la radio o desmontar un despertador.

Sacó el salchichón del bolsillo y lo miró con curiosidad, como si se hubiera olvidado de que lo había comprado él. El mar estaba en calma, apenas orlado de blanco, pero hacia el interior se atropellaban cabrillas, empujadas por los vientos que venían de tierra. Maloin reconoció las barcas que arrastraban lentamente las redes de vieiras.

«¡Hombre! Este año todavía no hemos comido», pensó.

Se había concedido un respiro suficiente: no podía pasarse todo el día sentado en la piedra.

Pero actuaba cada vez con menos convicción. No acababa de calibrar la importancia ni la necesidad de lo que se disponía a hacer. A punto estuvo de regresar a su casa, de hacer como si nada hubiera pasado y que la vida siguiera. ¿Realmente ya era demasiado tarde?

Al acordarse de su cuñado, a quien siempre había detestado, se decidió. Volvió a meterse el salchichón en el bolsillo y se levantó lentamente, como si le doliera todo el cuerpo.

9

Quizá le estaban observando con unos prismáticos. Los pescadores que navegan cerca de la costa suelen hacerlo. Ven un puntito negro en el acantilado, o al pie de este, y piensan: «Mira, Maloin está pescando cangrejos».

Luego alcanzan los prismáticos que están sobre la carroza e inspeccionan la orilla, mientras llega el momento de alzar la red.

Había tres barcas de pesca flotando en el nácar del día naciente: dos con las velas oscuras y una con las velas azules.

Maloin seguía caminando hacia el cobertizo con esa calma aparente que suele acompañar al miedo. Porque lo que sentía era puro miedo y nada más, como si estuviese a punto de realizar una gestión difícil, de hablar con el gran jefe de los ferrocarriles o de intervenir en un mitin.

En esos momentos se está lúcido. Se ve y se oye todo, uno se desdobla. En cierto modo, Maloin se veía a sí mismo como en un espejo mientras acercaba la gruesa llave hacia la cerradura.

Podía entreabrir la puerta unos centímetros, arrojar la comida en el interior del cobertizo, volver a cerrar con llave e irse. Podía también marcharse dejando la puerta abierta. Se había planteado tantas soluciones posibles, que habían dejado de interesarle.

Debía hacer algo, lo que fuese. Ya no importaba el qué, y sabía muy bien que era demasiado tarde para escurrir el bulto.

La llave giró sin esfuerzo, pues Maloin era cuidadoso con sus cosas y la cerradura estaba engrasada. Primero entreabrió la puerta

y escrutó en la penumbra, donde se dibujaba la proa de la barca, que había pertenecido a un bacaladero.

No se movía nada, ni se oía un ruido, ni un crujido. Maloin ni siquiera percibía ese ínfimo temblor que revela la presencia de un ser vivo.

Entonces abrió un poco más la puerta y la luz entró en el cobertizo, al tiempo que Maloin notaba un olor intenso, como de establo humano. Frunció el ceño e inspeccionó lo que había fuera de la barca, que estaba colocada sobre unos rodillos de madera. A la derecha había un barril de alquitrán de hulla, a la izquierda, unos cestos amontonados y, aquí y allá, en los rincones más apartados, trastos, tablas, cajas de embalaje, un ancla, cabos, cajas viejas.

«¡No corre mucho aire!», pensó Maloin.

Nunca había estado en el cobertizo con la puerta cerrada, y mientras recorría las paredes con la mirada, el olor acre le desazonaba.

Sin pensárselo más, puesto que para eso había ido, sacó el salchichón del bolsillo y lo dejó sobre la barca; entretanto escudriñaba por si sobresalía un pie o una mano de algún sitio.

—¡Señor Brown!… —dijo con el tono de voz que habría empleado con cualquier interlocutor. Colocó las dos cajas de sardinas sobre la barca—. Escuche, señor Brown… Sé que está usted aquí. Este cobertizo es mío. Si hubiera querido denunciarle, lo habría hecho ayer…

Aguzó el oído, levemente inclinado, como quien deja caer una piedra en el misterio de un pozo. Tan solo vibraba el último eco de su voz.

—¡Como quiera! Ya ve que he venido con toda mi buena voluntad. Ayer no podía, porque ahí arriba en el acantilado había un gendarme.

Llevaba en la mano el termo azul y, sin saber por qué, no se atrevía a moverse. Aunque improvisaba, parecía que recitara como si se lo supiera de memoria:

—Lo más importante es que coma. Le he traído salchichón, sardinas y paté. ¿Me oye?

Tenía las orejas tan coloradas como cuando, de niño, se veía obligado a hacer un cumplido y la voz se le volvía más áspera.

—No hace falta que se las dé de listo. Sé que me oye. Si se hubiera marchado, la cerradura estaría rota, o la puerta entreabierta.

¿Se encontraba el payaso detrás del barril de alquitrán, del montón de cestas? ¿O debajo de la barca, donde quedaba suficiente espacio libre?

—Le dejo comida y un termo con aguardiente. Creo que es mejor que cierre la puerta, porque los gendarmes pueden hacer una ronda y, si ven la puerta abierta, entrarán a echar un vistazo…

Nunca había hablado al vacío; le resultaba tan desconcertante que empezó a encolerizarse.

—¡Escúcheme bien! No tenemos tiempo que perder. Necesito saber si está usted ahí, vivo o muerto.

Ni siquiera le hizo sonreír la idea de hablar con un muerto.

—Solo tiene que decir una palabra, o hacer cualquier ruido. No intentaré verle. Me iré enseguida, y mañana le traeré más comida.

Siguió esperando, con expresión dura. Su boca empezaba a cobrar un rictus amenazante y bajaba ligeramente la cabeza, como siempre que empezaba a ponerse fuera de sí.

—No intente hacerme creer que no entiende el francés. Le he oído hablar con Camélia. Aguardó un poco más, contó hasta diez para obligarse a no perder la calma.

—Contaré hasta tres… —dijo en voz alta—. Una…, dos…

No se trataba solo de cólera, también tenía miedo. No se atrevía a moverse. Maloin se decía que, si registraba el cobertizo, podría encontrarse con un cuerpo inerte, acurrucado en un rincón, como una rata que ha comido matarratas. Por un instante pensó que el olor… Pero no, un cuerpo no hiede a las veinticuatro horas…

—¡Está bien! Me voy.

Retrocedió un paso, tentado a marcharse. A sus espaldas, la puerta se abría al mar iluminado por el sol. Parecía tan fácil alejarse dejando la comida encima de la barca…

—Me voy… —repitió.

¡Pero no se iba! ¡No podía marcharse! ¡Tenía los pies clavados en el suelo!

—¡Reconocerá usted que no se está portando bien! Yo, que he venido con toda mi buena intención…

«Pero vete ya, idiota», le decía una voz interior, a la que también Maloin contestaba a su vez:

«Un minuto más, ¡solo uno! Me responderá… Y me iré enseguida». «¡Será demasiado tarde!».

«¿Tengo yo la culpa?».

Sí, ¿era culpable de no poder traspasar aquella puerta y regresar al mundo soleado y diáfano que le esperaba fuera? Escudriñó los rincones. Su voz se volvía menos segura y adoptaba inflexiones suplicantes.

—Señor Brown, mire que me voy a enfadar…

Temblaba de crispación y notaba que se acercaba el momento decisivo.

—Por última vez, contaré hasta tres. Uno…, dos… Hasta entonces había mirado hacia delante, sin pensar en el rincón más oscuro que los demás a sus espaldas. De ese rincón llegó un crujido y, antes de que le diese tiempo a volverse, recibió un golpe en el hombro derecho, un golpe asestado con algo contundente, como una barra de hierro o un martillo, pero más delgado.

—¡Cabrón! —gritó dándose media vuelta.

Brown estaba allí. O al menos alguien que había sido Brown y que, durante todo el soliloquio de Maloin, solo habría tenido que hacer un gesto para tocarle.

Le había crecido una barba rojiza. Sus ojos brillaban en la penumbra. La nuez subía y bajaba al ritmo de la ardiente y jadeante respiración.

El brazo blandió una vez más el arma: no era un martillo, sino el gancho que servía para buscar cangrejos bajo las piedras y las algas.

Maloin, con un gesto instintivo, asió la muñeca levantada, la retorció hasta que crujieron los huesos y arrancó el gancho de los dedos que seguían aferrándose a él.

Se calmó al instante. Vio que el hombre contraía la cara de dolor y se encogía para tomar impulso y saltar. Ya no pensaba que era Brown, ni siquiera que era un hombre. Lo único que sabía era que algo vivo iba a asirse a él, que los dos cuerpos se enlazarían estrechamente y rodarían por el suelo, que los dedos de ambos intentarían aferrar la garganta del otro, hundirse en un ojo o retorcerle un miembro.

Entonces, rápido, preciso, inhumano, le golpeó. No apuntó. El gancho se hundió en algo blando, y arrancó un estertor.

Aquello vivía todavía. Sus ojos seguían brillando. Una mano avanzaba hacia Maloin.

—Toma —jadeó.

Volvió a golpearle con el gancho. Cada golpe resonaba distinto en la carne, como el día que mató una rata a taconazos. ¡Diez veces tuvo que darle! ¡La rata se obstinaba en vivir!

Por momentos le llegaba un jadeo caliente y entrecortado, una mano le rozaba la pierna, intentando que perdiera el equilibrio.

—¡Toma! ¡Y toma!

Aquello se movía menos, se arrastraba por el suelo. Sus dedos se abrían lentamente. Aun así, todavía hubo una convulsión y Maloin se mantuvo alerta para golpear de nuevo.

La cara estaba pegada contra el suelo. El traje gris se veía roto y sucio. Había sangre adherida al cabello. La inmovilidad de aquel cuerpo tenía algo de alucinante, y Maloin, incapaz de aguantar más, se arrojó de rodillas, sollozó, gritó, despavorido, temblando y estremeciéndose de frío.

—¡Perdón!… ¡Oiga!… ¡Perdón! No lo he hecho adrede… Usted sabe que yo no quería. No se atrevía a tocar al muerto, aplastado contra el suelo.

—¡Señor Brown! ¡Señor Brown! Diga algo… Iré a buscar a un médico. Él le atenderá. Le devolveré la maleta… Le ayudaré a huir…

Se volvió hacia la puerta abierta y vio la barca azul y la marrón, suspendidas en un retazo de mar liso como el cielo.

—¡Señor Brown! Se lo pido por favor… Reconozca por lo menos que ha empezado usted, yo le traía comida y bebida…

Se incorporó, cogió el termo que estaba sobre la barca y, superando de repente el terror, le dio la vuelta al cuerpo, que quedó extendido boca arriba.

Los ojos estaban abiertos. Tenía una herida en la sien, o, mejor dicho, un agujero, un auténtico agujero, como el que pueda hacerse en cualquier materia.

¡Señor Brown!

Destapó el termo, colocó el gollete en la boca del inglés y lo inclinó para verter el líquido. El aguardiente corrió gorgoteando, resbaló sobre los dientes apretados, sobre la barbilla y contorneó la nuez.

—Está usted muerto… —balbuceó Maloin, como si despertase de un sueño.

Entonces se levantó, se sacudió las rodillas cubiertas de polvo y se pasó la mano por el pelo para echárselo hacia atrás. Necesitaba recobrar el aliento. El pecho le subía y bajaba agitadamente. Le dolía un poco la garganta, tal vez por haber gritado.

No recordaba haber llorado y se preguntó por qué le escocían los párpados.

Se agachó para recoger el termo y se lo metió en el bolsillo. No se le ocurrió beberse el resto de aguardiente.

La suya era una calma espantosa, una calma que no había sentido nunca y que se asemejaba al vacío. Se comportaba como un hombre normal, pero sabía muy bien que ya no era un hombre como

los demás. Había traspasado una frontera desconocida, aunque no supiera decir en qué momento había ocurrido.

Poco a poco su rostro recobraba la serenidad, y Maloin era consciente de ello, pues notaba que sus rasgos perdían rigidez, que sus músculos se relajaban y que su piel recobraba la elasticidad.

¡Estaba poniendo orden! No habría podido decírselo a nadie, porque se habrían reído de él. ¡Y, sin embargo, así era! Puso orden, primero en su ropa y luego a su alrededor. Se habían caído objetos, un montón de cestas entre otras cosas, en lo que no había reparado durante la lucha.

Quedaban los ojos de Brown: no podía dejarlos abiertos. Maloin los cerró y no sintió aprensión al tocar los párpados. Únicamente dijo:

—¡Ya está!

Se metió el salchichón y las latas de sardinas en el bolsillo y se volvió por última vez para cerciorarse de que todo estaba en orden.

Se disponía a salir cuando una voz gritó:

—¡Hola, Louis!

Cruzó el umbral y permaneció apoyado en el marco de la puerta.

—¡Hola, Mathilde!

—¿Sales con la barca?

—¡No sé, puede ser!

Su voz era la de costumbre. Entornó los ojos, deslumbrado por el sol. A unos veinte metros de él pasaba Mathilde, una vieja que pescaba cangrejos para venderlos en la ciudad. Llevaba un gancho en la mano, igual que el del cobertizo, y caminaba encorvada, porque portaba la cesta en la espalda.

—¿Helará?

—¡Ya lo creo!

Permaneció allí después de que ella pasara, con el muerto detrás y el mar delante. El aire era tan frío que producía como pequeños pinchazos en la piel. Soplaba viento del este, y el mar, el cielo y el acantilado tenían una tonalidad clara e irisada, como el interior de

una concha. De lejos se veía a los pescadores del velero azul, que alzaban la red y arrojaban las vieiras en un cesto.

Maloin encendió la pipa y contempló durante un instante el humo, que subía vertical. No tenía ya nada que hacer. En lo sucesivo ya no tendría nada que hacer y, con la pipa entre los dientes, el hombro dolorido, se concedió un par de minutos más.

—Lo que me cueste acabarme la pipa —se prometió.

Presentía que sucederían montones de cosas, pero dispondría de tiempo para pensar en ellas. No había la menor prisa. Aquello solo le atañía a él.

Una noche, en su jaula acristalada, cuando todavía era un hombre como los demás, torpe y lento, al pensar en diferentes cosas había evocado el cobertizo, e incluso el acto de matar a Brown. Sin embargo, en aquella ocasión puso fin a la historia in mente con la imagen del cuerpo que él arrastraba hasta el mar, en la oscuridad.

Se encogió de hombros. ¿Acaso lo que se imagina uno guarda relación con la realidad, la auténtica, la que la gente ni siquiera sospecha?

Cuando se planteó la posibilidad de matar a Brown, no quería matarlo y estaba seguro de que no lo haría, de que jamás sería capaz de hacerlo.

Y, sin embargo, ¡había matado a Brown!

¿Habría podido explicar, tan solo, por qué no se marchó después de dejar la comida sobre la barca? ¿Qué genio maligno le había impulsado a hablar demasiado, a lloriquear, a amenazar, a prometer, a contar hasta tres, como un niño que quiere hacer rabiar a su hermana?

Nadie podía contestar a esa pregunta, ni siquiera él. Pero Maloin sabía que en eso radicaba el misterio.

Se le había apagado la pipa y aún quedaba un poco de tabaco. El aire fresco le limpiaba la piel. Se quitó con saliva una manchita de sangre que tenía en el dedo índice derecho.

—¡Vamos allá!

La tía Mathilde gravitaba como una araña, a cuatro patas, por las rocas cubiertas de algas.

Maloin cerró la puerta con llave, aplastó los guijarros con las suelas y echó a andar cañada arriba. Las tres casas humeaban, bañadas en una luz rosada, con su sillar blanco bajo cada ventana. Un bou salía de la dársena, sin remolcador y sin hacer ruido, como llevado por las aguas.

«Siempre parece que van más rápidos por el puerto que en alta mar», pensó.

Restregó los zapatos en el limpiabarros antes de abrir la puerta y detenerse ante el perchero del pasillo.

—¿Eres tú? —preguntó su mujer, desde arriba.

—Sí.

—Llegas tarde. He estado a punto de mandar a Henriette a…

Henriette se encontraba en la cocina vestida de trapillo, con unas zapatillas rojas de las que sobresalían sus tobillos desnudos.

—Ponme el desayuno.

No era frecuente que Maloin hablara con aquella dulzura. Colocó el salchichón y las sardinas sobre la mesa; se dio cuenta de que se había olvidado el trozó de paté encima de la barca.

—¿Por qué has comprado esto?

—Me apetecía comer salchichón. ¿Ha hecho tu madre las habitaciones?

Se comió siete rodajas de salchichón con el café; luego pidió vino y siguió comiendo. Tenía hambre; le parecía que cada bocado colmaba un vacío en su pecho.

—¿Qué dijo tu tío Victor ayer, cuando me fui?

—Siempre está igual.

—Apuesto a que comentó algo del cuello de piel de zorro…

—Dice que, en nuestra situación, no se le compra uno a una chica joven, que su mujer tuvo que esperar a casarse para llevarlo…

—Será desgraciado —replicó Maloin.

Era mejor que su mujer estuviera ocupada arriba y le dejara a solas con su hija.

—Anda, enséñame la piel. Y todo lo que te compré ayer…

Sin dejar de comer, pasó la mano por el cuello de piel de zorro y el pelo le pareció menos espeso que la víspera, lo que le ensombreció el ánimo durante un momento.

—¿Cuánto dura una piel como esta?

—Puede que unos tres o cuatro años si una se la pone solo los domingos. ¿Qué te pasa?

—Nada.

No le pasaba nada, pero su rostro se había contraído en una mueca involuntaria.

—¿Quieres las zapatillas?

—No. Tengo que salir. ¿Ernest está en la escuela?

—Hace tiempo. Ya son las nueve.

Maloin sacudió el termo azul y echó el resto de aguardiente en un vaso.

—¡Ya está! —dijo restregándose los labios.

—¿Ya está qué?

—¡Ya está todo! ¡Ya está nada! ¡Ya está, vaya! Tú no puedes entenderlo.

—¿Qué te ocurre esta mañana?

—¿Por qué lo dices? ¿Parece que me ocurra algo?

—No lo sé. Estás raro. Me das un poco de miedo.

—¿Y de qué tienes miedo?

Estaba de pie, de espaldas a la estufa y con las manos cruzadas detrás del cuerpo, en su postura habitual. La piel de zorro yacía sobre la mesa como un animal, junto a los platos sucios y el impermeable azul, que olía a plástico.

—Ah, sí, el tío Victor dijo también que estos impermeables no son sanos, porque no dejan transpirar.

El calor le amodorraba. Sentía que le invadía la pereza, y reaccionó antes de que fuera demasiado tarde.

—Dame la gorra. No, la nueva no. La vieja aún está bien.

Se detuvo al pie de la escalera, oyó a su mujer, que estaba barriendo, tocó la barandilla y cambió de opinión.

—¡Adiós, Jeanne! —gritó.

—¿No te acuestas?

—Ahora no.

—Si ves al de la charcutería, dile que…

—No hace falta. Ya he traído salchichón.

Se volvió hacia su hija y la besó tan fugazmente como de costumbre, mitad en la mejilla, mitad en el pelo.

—Hasta luego —dijo ella.

Maloin abrió la puerta sin contestar, la cerró tras de sí y cruzó el umbral de piedra azul.

10

Eran las diez menos veinte. Germain había abierto la trampilla de la bodega para renovar las botellas del bar. La señora Dupré hacía los pedidos por teléfono.

—Sí, diecisiete escalopas, no muy gruesas…

Mientras hablaba, la señora Dupré estaba pendiente del reloj, pues el inspector Molisson había pedido que le despertaran a las diez. Se oía al viejo Mitchel, que practicaba en el cuarto de baño su gimnasia diaria.

Eva había bajado ya. Lucía un vestido de florecillas rojas y, como siempre, había pasado junto a la señora Dupré sin saludarla, mirando hacia delante. Permaneció unos minutos en la entrada del hotel; luego, sin abrigo y sin sombrero, se dirigió hacia una figura acodada en el pretil del malecón.

El día era claro y fresco. El cielo límpido y el vestido de flores daba una nota veraniega. Mistress Brown, apoyada en el pretil, contemplaba el mar como atontada, y se estremeció al oír una voz a su lado.

—¿Tiene usted lenguados esta mañana? —preguntaba la hotelera por teléfono. Su mirada oscilaba entre el reloj y el malecón.

Mistress Brown era una silueta negra y Miss Mitchel una silueta blanca. Detrás de ellas desfilaban velas oscuras.

—Por cierto —añadió la hotelera—, póngame dos docenas de vieiras. ¿A cómo están? Mientras hablaba, pensaba: «¿Qué le estará contando ahora?».

Y es que Eva hablaba con vehemencia mientras conducía a Mistress Brown hacia el hotel.

—¡Oiga! ¡No, son demasiado caras! ¡Póngame solo los lenguados!

Las dos mujeres pasaron de la dorada claridad de la calle a la luz grisácea del vestíbulo y luego a la penumbra del salón, sin que Miss Mitchel parara un momento. De vez en cuando Mistress Brown alzaba los ojos con expresión asustada y balbuceaba unas palabras que se adivinaban, aunque no se entendiera el inglés.

—Pero ¿qué quiere usted que haga?

Eva ni siquiera interrumpía su charla, e hilvanaba frases y más frases, avalanchas de frases que eran otras tantas órdenes y amenazas.

—Perdón. ¿Está el inspector Molisson?

La señora Dupré no había visto entrar al desconocido, que se erguía ante ella con una maleta barata en la mano.

—Lo despertaré dentro de diez minutos —contestó la mujer tras lanzar una mirada al reloj.

¿Quién lo busca?

—No tiene importancia.

Maloin no tenía prisa. Había dos clases de sillones en el vestíbulo, unos de rota y otros de terciopelo. Por hábito de humildad, eligió uno de rota, no se atrevió a cruzar las piernas y se puso la gorra sobre las rodillas, después de apoyar la maleta en el suelo.

Durante unos minutos no se fijó en lo que pasaba en el salón, cuya mampara acristalada tenía enfrente. Salió de su ensimismamiento cuando Eva se acercó a buscar una pluma. Como no encontraba ninguna, la muchacha se dirigió a recepción y, al hacerlo, rozó las piernas del guardagujas.

Tendría la edad de Henriette, pero no había nada en común entre ellas, ni en sus gestos, ni en su modo de hablar o de vestir. Maloin pensó con amargura en el impermeable de seda azul.

—Deme una pluma y un tintero.

—Enseguida, Miss Mitchel.

Maloin la siguió con la mirada y, cuando la muchacha regresó al salón, divisó a Mistress Brown, que vestía un traje sastre negro como podía haberlo llevado su hija.

Maloin no entendía el inglés. Eva había hecho sentarse a su acompañante ante un velador y le dictaba:

—«Se ruega a Pitt Brown que…».

A Maloin le sorprendió oír palabras en francés, pero Miss Mitchel, después de esbozar un gesto de irritación, hablaba de nuevo en inglés con ira contenida. Dos veces le mostró unas palabras en la hoja de papel, mientras Mistress Brown bajaba la cabeza.

Eva acabó apartándola para ocupar su sitio y, buscando poco a poco las palabras, redactó un texto que iba leyendo en voz alta: «Se ruega a Pitt Brown que se reúna urgentemente con su esposa, Hotel de Newhaven, Dieppe».

Maloin las miró largo rato sin entender, pues su mente estaba abotargada. Cuando intuyó de qué se trataba, su mirada pareció aferrarse literalmente a la mujer del traje sastre negro.

Mistress Brown debía de haberse pasado la noche llorando, pues tenía la nariz roja y los párpados hinchados. Maloin seguía comparándola con su hija; observó por ejemplo los tacones gastados, el medallón que colgaba sobre el escote de la blusa, el cabello rebelde, como el de Henriette.

Oyó pasos en la escalera, pero en vez del inspector se trataba del viejo Mitchel, que bajó, saludó a la señora Dupré como solía saludar a todo el mundo y entró en el comedor. Al punto acudió Germain.

Una vez sentado, Mitchel vio a Eva y a Mistress Brown en el salón, pero fingió no reparar en ellas y encargó el desayuno.

Miss Mitchel rozó de nuevo a Maloin al pasar, y esta vez tampoco se disculpó. En la recepción tendió una hoja de papel a la señora Dupré por encima del escritorio.

—Que publiquen este anuncio en los periódicos de Dieppe. Corre de mi cuenta. Luego se reunió con su padre, lo besó en la sien y se quedó hablando con él de pie.

—¡Germain! Despierte a Mister Molisson y dígale que le espera una persona.

Maloin no mostraba la menor impaciencia, ni se advertía en él reacción alguna, como si le hubieran extraído todos los órganos que hacen reaccionar a los hombres. Habría podido quedarse hasta la noche sin moverse, sentado en el borde del sillón de rota, y nadie, al mirarle, habría sospechado que la tan buscada maleta estaba a sus pies, ni que acababa de matar al hombre a quien se dirigían aquellos anuncios.

Apareció una mujer con un cubo, una escoba y una bayeta para limpiar el vestíbulo.

—Perdone la molestia —dijo—, pero tendrá que levantar los pies un momento…

Exactamente como en su casa, cuando fregaban la cocina y debía mantener los pies en el aire mientras pasaban la bayeta por debajo.

Germain entró en el comedor portando el desayuno del viejo Mitchel en una bandeja: huevos con beicon, conchas de mantequilla en un recipiente de cristal y tarritos de confitura. Al pasar, el camarero miró distraídamente a Maloin, sin fijarse más que en la gorra de ferroviario.

Mistress Brown estaba encogida en un sillón del salón, y cualquiera diría que para recobrar vida aguardaba nuevas órdenes de Eva. Mitchel estaba desayunando. Su hija, de pie al sol que el cristal sucio transformaba en partículas de polvo, le contaba sin duda a su padre lo que había hecho aquella mañana, en tanto que el inspector se afeitaba en su habitación.

Maloin seguía sentado como si se encontrara en la sala de espera de una estación. Podía marcharse: nadie se lo impediría.

Podía llevarse la maleta. Subir a un tren, luego a otro, irse a cualquier ciudad, entrar en un banco y cambiar los billetes.

Le bastaba con alargar el brazo, coger la maleta y caminar hacia el sol.

También podía dejar la maleta, que se quedaría allí tal vez un par de días hasta que a un empleado del hotel se le ocurriese mirar en ella. En la recepción, la señora Dupré telefoneaba:

—¡Oiga! Sí… Brown. *B* de Bernardo, *R* de Roberto… —Dictó el anuncio palabra por palabra.

¿Aparecerá en la edición de la tarde? ¿Quiere decirme cuánto le debo? Es para una clienta. —De repente, cuando Maloin menos se lo esperaba cambió la voz para decir—: Sí, señor inspector, es el que está sentado allá…

Maloin se levantó, con un nudo en la garganta, y miró de nuevo a Mistress Brown.

—¿Quería hablar usted conmigo?

¿Iba a ser incapaz de hablar? Le temblaban los labios y miraba a Molisson sin que le saliesen las palabras que había decidido pronunciar. Aquello duró unos segundos y, para acabar de una vez por todas, agarró con brusquedad la maleta, se la alargó al policía y dijo:

—Tenga.

Molisson frunció el ceño, entreabrió la maleta y, con calma, volviéndose hacia el comedor, llamó a Mister Mitchel.

Maloin se percató de que el inspector no estaba contento, sino que, por el contrario, se le enturbiaba la mirada. El viejo Mitchel interrumpió el desayuno y se acercó, precedido por su hija.

—Aquí tiene su dinero —dijo el hombre de Scotland Yard, señalando la maleta.

En vez de mirar a Mitchel, el inspector espiaba a Mistress Brown, que los observaba sin saber qué ocurría a través de los cristales del salón. Para examinar el contenido de la maleta, el anciano la colocó sobre una mesa de rota y fue extrayendo con calma los billetes,

contando a media voz. Eva le dijo algo al oído. Mitchel alzó la cabeza hacia Maloin, eligió un billete, luego se lo pensó, tomó otro más y se los alargó a Maloin.

Se quedó muy sorprendido al ver que el guardagujas movía la cabeza y, creyendo que no era suficiente, añadió un tercer billete.

—¿Y Brown? —preguntó entretanto Molisson.

Mistress Brown, atraída por los billetes, se había acercado hasta la puerta del salón, donde aguardaba humildemente una explicación. Eva se la dio de lejos, mientras ayudaba a su padre a contar.

Aún estaba a tiempo. Si Maloin quería, podía explicar que se había encontrado la maleta en cualquier sitio y jurar que no sabía nada. Mistress Brown clavaba en él una mirada interrogante, con visos ya de desesperación. Maloin sacó el pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente. Pensó que, dado que ella no entendía el francés, podía hablar, y así lo hizo, muy deprisa y de un tirón.

—Acabo de matar a Brown.

¡Todo había terminado! Respiró hondo y miró hacia otra parte. Molisson, sin perder tiempo, ya estaba cogiendo el abrigo y el sombrero del perchero.

—Acompáñeme.

Mistress Brown salió con ellos, decidida a seguirlos. Molisson no se atrevía a volverse hacia ella. Maloin tragaba saliva con dificultad. Mientras caminaban, la mujer hablaba en inglés, con voz balbuceante.

—¿Qué ha dicho ese hombre?

Caminaban por la acera, al sol. Molisson iba en medio. Ninguno sabía adónde se dirigían, aunque tal vez los tres lo intuían.

—Pregunta si su marido ha sufrido.

—Entonces, ¿lo ha entendido?

Maloin estuvo tentado de salir corriendo, pero no fue más que un pensamiento, porque su cuerpo no le obedecía, sino que caminaba al mismo paso que los demás.

—¿Qué le digo? -preguntó Molisson.

—¡No lo sé! ¡Está muerto! ¿Lo comprende? No sabía qué contestar. Ni siquiera entendía el sentido de la pregunta.

Intentaba acordarse de algo y nada en su memoria se correspondía con la palabra sufrir.

—Es tan diferente… -murmuró, consciente por primera vez de su impotencia para explicarse. Luego miró hacia el mar para no ver la cara de Mistress Brown inclinada hacia él.

—¡Le diré que no ha sufrido!

Molisson habló en inglés. Mistress Brown se restregó los ojos. Fue el propio Maloin quien tomó la dirección del acantilado.

—¿Está muy lejos? -preguntó el inspector.

—Al otro lado de la dársena, a dos pasos de mi casa. ¡Ya verá!

A veces tiene el invierno dos o tres mañanas tan apacibles, tan límpidas, que a uno le gustaría que tañeran todas las campanas del domingo.

—¡Hola, Louis! -gritó alguien mientras cruzaban el mercado de pescado.

Maloin reconoció a Baptiste, que había sacado la barca del agua y aprovechaba el buen tiempo para pintarla de verde claro.

—¡Hola! -repitió como un eco.

Miró con indiferencia hacia la cabina acristalada, que se alzaba al otro lado del agua. Caminaban al paso, como si se hubiesen puesto de acuerdo, y a Maloin no le daba la sensación de ir con extraños.

Apenas si habían hablado y Mistress Brown ya estaba al corriente de todo. Ni siquiera había reaccionado con gritos, amenazas o gestos desagradables. Había entendido el francés sin conocerlo. Había adivinado adónde iban y caminaba tan deprisa como ellos, con la cara desencajada al igual que ellos, las pupilas un poco más fijas que de costumbre y los labios más secos.

Cuando Maloin divisó la casa que se alzaba en lo alto del acantilado, cuyos muros resplandecían al sol, se la señaló a Molisson y dijo:

—¡Ahí vivo yo!

Y Mistress Brown miró también hacia la casa.

Caminaban cada vez más deprisa. La joven llevaba en la mano un pañuelo hecho una bola y a ratos se daba toques en los ojos o en la nariz.

En la primera planta había una ventana abierta. Una persona se movía dentro de la habitación, pero era imposible saber si se trataba de Henriette o de su madre.

—Por aquí. Ojo, que el camino es malo. Contornearon el acantilado. La barca de velas azules regresaba al puerto.

—¡Hola, Louis! —gritó el patrón.

—Vienen de pescar vieiras —explicó Maloin.

Lo decía con timidez, como si esforzándose en ser amable intentara que se olvidasen de su crimen. Pero no era ese su propósito, sino que de un modo espontáneo le habría gustado mostrarse más atento con la menuda Mistress Brown, que no estaba acostumbrada a caminar sobre guijarros y se lastimaba los tobillos.

Las otras dos barcas seguían pescando. La marea las había arrastrado tan cerca de la orilla que podían ver el humo de una pipa y a un pescador que bebía a morro de una botella.

—Desde aquí se ve el cobertizo —dijo Maloin. Y añadió, locuaz —: Yo siempre trabajo de noche. Así que, como tengo los días libres, me dedico a hacer chapuzas, a pescar, hago un poco de todo. Ese cobertizo lo construí yo mismo para guardar la barca y las herramientas.

Mientras hablaba daba la impresión de querer decir: «Ya ven cómo soy. Si no soy malo, soy un buen hombre. No deben echármelo en cara. En el fondo, soy tan desgraciado como la señora Brown. Los dos somos un par de desgraciados. ¡Ya verán!».

Sacó la llave. La inglesa se quedó mirándola con las pupilas empequeñecidas, mientras se le ahondaban las ojeras y se asía del brazo del inspector.

—Ha ocurrido tan tontamente… —balbuceaba Maloin.

Se hizo a un lado para dejarles ver, encorvándose, como si esperara que le golpearan.

Inmóvil y aferrada al inspector, Mistress Brown miraba alternativamente el cuerpo tendido y a Maloin. No podía hablar, no se movía y parecía que no respirase.

—¡Ya ven! —dijo el guardagujas. Le temblaban las rodillas y le sudaban las manos.

—¿Estaba escondido en el cobertizo? —preguntó el inspector, tras carraspear.

—Sí. Cuando me enteré, le llevé salchichón y sardinas. ¡Mire!, envuelto en ese papel blanco encima de la barca hay una tajada de paté.

Maloin se calló. Mistress Brown se había arrojado al suelo, en medio de los guijarros, y se retorcía, gritaba, moviendo de forma convulsiva los brazos y las piernas. El inspector se arrodilló y le habló en inglés. Maloin no sabía qué hacer, ni dónde ponerse. Como llevaba un pañuelo limpio, lo desplegó para extenderlo sobre el rostro de Brown.

—Cierre el cobertizo —ordenó Molisson, que estaba atendiendo a la mujer.

Maloin obedeció, echó la llave, se la metió en el bolsillo y aguardó discretamente, mirando hacia el mar.

Transcurrieron unos minutos y, cuando se volvió, el inspector estaba ayudando a Mistress Brown a incorporarse, sacudiéndole el polvo de los bajos del vestido. La joven pronunció unas palabras, sin mirar a Maloin.

—Pregunta si Brown no dijo nada para ella —tradujo Molisson a Maloin.

¿Qué podía contestar? La mujer no había entendido nada, las cosas habían sucedido de otra forma. Se pelearon, se golpearon con el gancho hasta que uno de los dos ya no pudo hablar. Meditó un instante, pues le habría gustado decirle algo agradable, pero no se le ocurrió ninguna mentira aceptable, así que negó con la cabeza.

Resultaba desesperante no poder decir nada y, sobre todo, pensar que el único hombre que habría entendido lo ocurrido era precisamente el muerto.

—¡Vamos! —suspiró.

Estuvo a punto de enfadarse al ver la cara de sorpresa de Molisson.

—¿Adónde quiere ir?

—¡A la policía!

¿Iba a tropezarse por todas partes con barreras? ¿Qué tenía de raro su comportamiento? Se había producido una catástrofe, como se producen todos los días: a veces es un accidente, otras un naufragio y otras un crimen. ¿Acaso no viene a ser lo mismo?

Eran dos, tres, seis víctimas. Brown había muerto. Pero habría Mido morir Maloin, ¡y en ese caso ahora Brown estaría explicándole lo ocurrido a la señora Maloin!

Desgraciados lo eran todos, incluidos Henriette y Ernest, que todavía no estaban al tanto de nada.

—Primero volvamos a la ciudad —dijo Molisson—. Luego ya veremos.

—Como quiera. Pero no hay nada que ver.

Habría dado cualquier cosa por ayudar a Mistress Brown a caminar por los guijarros, y a ratos le lanzaba una ojeada, como si existiera la posibilidad de que ella aceptara su brazo. En cambio, estaba seguro de que luego aceptaría que la consolase Eva Mitchel.

—¡Ha sido una cosa tan tonta que es para echarse a llorar! —confesó a su pesar al inspector.

—¿Qué dice?… —preguntó Mistress Brown en inglés.

—¡Nada! —replicó Molisson, tras pensárselo un segundo. Maloin se detuvo ante la puerta del hotel y declaró:

—Le espero aquí.

Le asqueó ver que el inglés temía que huyese. Estaban sacando pesadas maletas de cuero con etiquetas de hoteles de lujo: se

trataba del equipaje de Mitchel, que pagaba la cuenta arrebujado en su pelliza.

Maloin lo vio entrar en el salón, con el inspector y Mistress Brown. Al poco, apareció Eva, vestida para el viaje. Unos minutos más tarde salió Molisson y se acercó a Maloin. Este preguntó:

—¿Le han dado algo, por lo menos?

—Sí.

—¿Mucho?

—Cien libras.

Mientras caminaban por las calles soleadas, el policía confesó de repente el motivo de su preocupación.

—¿Por qué quiere ir usted a la policía? —preguntó mirando hacia otro lado.

—¿Adónde voy a ir?

—¡Yo qué sé! Si usted hubiera querido… Supongo que alegará legítima defensa. Maloin estalló:

—¿Cree usted que eso me importa?

Entró el primero en el despacho del comisario. Como se encontraban en el interior de la estación, y Maloin llevaba el traje de ferroviario, el comisario pensó que se trataba de algo relacionado con su trabajo.

—¿Qué quiere usted, amigo mío?

Se sobresaltó, incrédulo, cuando su «amigo» le respondió:

—He matado a Brown esta mañana y vengo a explicarle…

—¡Un momento! ¡Un momento! —El comisario se volvió hacia Molisson—. ¿Qué dice este hombre? ¿Le conoce?

Maloin miraba los zapatos de charol del comisario, el traje azul con dos hileras de botones, el pelo peinado con raya, la delgada cinta de la Legión de Honor, y pensaba: «¡No va a entender nada!».

—Empecemos por el principio —dijo el otro, acomodándose ante su escritorio y destapando la estilográfica—. ¿Quién es usted?

—Louis Maloin. Soy guardagujas en la estación marítima.

—¿Cómo conoce al súbdito inglés llamado Brown?

Maloin ya se había arrepentido de haber ido. No había previsto aquello. Quería afrontar su destino, e ir a la cárcel, como había de ser, pues había matado a Brown, pero ir sencillamente, con dignidad.

—Le vi empujar a su amigo al agua y rescaté la maleta.

Se le había puesto ya la mirada aviesa de cuando recibían la visita de su cuñado.

—¿Qué hizo con esa maleta?

—Acaba de entregársela a Mitchel —intervino Molisson, que adivinaba la impaciencia de Maloin.

—¿Por qué?

—¡Porque había matado a Brown, leche! —gritó Maloin.

—Un momento. Creo que son dos cosas distintas. ¿Con qué objeto ha matado usted a Brown?

—No quería matarlo. Le he llevado salchichón y sardinas, y he estado hablándole cerca de un cuarto de hora. Él fingía no estar allí, o se hacía el muerto. Cuando le he oído moverse…

—¿Cuántos golpes le ha dado?

—No los he contado.

—Nos lo dirá la autopsia. Una vez muerto Brown, ¿qué ha hecho con la maleta?

—Primero he ido a casa.

—¿Para quitarse las manchas de sangre?

—¡Nada de eso! He ido a casa porque debía ir a casa. He comido algo y me he marchado.

—¿Confiesa usted que ha comido?

—Pues sí, y hasta me he comido el salchichón de Brown —espetó Maloin desafiante—. ¿Ya está contento?

—O sea, que lo ha matado para quedarse con el dinero.

El guardagujas prefirió mirar al suelo sin decir nada, con expresión dura y las mandíbulas contraídas. El comisario le observó un momento, entornando los ojos, y descolgó el teléfono.

—Póngame con el Palacio de Justicia, señorita. ¡Oiga! Quiero hablar con el fiscal. ¡Oiga! ¿Es usted, señor fiscal? Soy Janet. Tengo

en mi despacho a un individuo que guardaba el dinero que le robaron a Mitchel. Sí, ya le hablé del asunto anteayer. No, es francés, un ferroviario. Esta mañana ha matado a Brown…

¿Qué necesidad tenía de guiñar el ojo mientras hablaba?

—¡Muy bien! Allí estaré. Podremos proceder a la reconstrucción de los hechos después de comer.

Había un reloj de mármol sobre la chimenea, que marcaba ya las once y media. Ernest estaría saliendo de la escuela y en ese momento se dirigiría hacia la cuesta con su amigo Bernard, que vivía en la casa de al lado.

—¡Oiga! Póngame con la comisaría de policía… ¿La comisaría? Soy Janet. Mándeme dos hombres para custodiar a un tipo que acaban de traerme.

A Maloin no lo habían traído; ¿a qué venía esa mentira? ¿Y por qué le llamaba «tipo»?

—Bueno, amigo mío… —empezó a decir el comisario levantándose.

Le sorprendió la mirada de Maloin, una mirada que no esperaba encontrarse, grave, profunda, que parecía venir de muy alto y sopesar al hombrecillo de los zapatos de charol.

—… la ley —prosiguió rápidamente— exige que le acompañe un abogado durante la declaración ante el fiscal, que tendrá lugar esta tarde. ¿Ha pensado usted en alguien?

¿Qué más querían de él? Maloin se encogió de hombros, recordando con nostalgia la visita que habían hecho los tres, hacía un rato, al cobertizo. Aquello había sido mucho más sencillo y más digno.

—¿Ha avisado a su familia?

—Sí, y a lo mejor la he invitado a eso de lo que habla usted —replicó Maloin, sorprendido de su propia audacia.

Y es que no estaba para bromas. Necesitaba quedarse a solas, tranquilo. Lo que deberían hacer era llevarlo a una celda y dejarlo en paz mientras decidían lo que iban a hacer con él.

—¡Ya veremos cuánto le dura esa arrogancia! Maloin sonrió, y su sonrisa era como un candado que cerrara su vida interior.

Había entendido. No intentaría dar más explicaciones. Les informaría dócilmente sobre cuanto le preguntasen, sin añadir una palabra más.

Por la tarde, pasó sin agachar la cabeza por entre la gente congregada en torno al cobertizo.

¿Tenía sentido bajar los ojos ante Baptiste? ¿Y ante aquellos señores trajeados que llevaban carteras y revoloteaban por todas partes?

—¿Reconoce usted que…?

Todos se hacían los listos. Parecía una especie de competición para ver quién le hacía caer en la trampa, cuando él lo había explicado todo por propia voluntad, sin esperar a que fuesen a buscarlo.

Oyó un sollozo proveniente de la cima del acantilado y, al alzar la cabeza, vio a su mujer, que se enjugaba las lágrimas en el delantal, a unos pasos de los Bernard. Probablemente habían dejado a Ernest con otros vecinos. Buscó largo rato a Henriette con los ojos y al final la vio escondida entre la gente.

—¿Quiere hacer usted exactamente lo mismo que hizo esta mañana?

Los miró con desprecio a todos ellos, al fiscal, al juez, que llevaba perilla, y a los demás, cuya jerarquía ignoraba. Le habían asignado un abogado que no dejaba de hacerle señas que querían decir: «¡Ojo!».

¿Ojo con qué? Ya que insistían, ¿qué más le daba reproducir la escena de la mañana? Pero era incapaz de recordar las frases pronunciadas y, sin estas, sus gestos ya no tenían sentido.

«Perdóname, amigo Brown», se decía para sus adentros. «Se han empeñado en ver cómo manipulo el gancho».

Cuando tranquilamente lo agarró como se sujeta un gancho de pescar cangrejos, se alzó un murmullo y la gente retrocedió

aterrorizada.

—¿En qué lugar se hallaba este objeto?

—En ninguno, porque lo tenía Brown.

—¿Cómo le golpeó usted?

—Le golpeé a bulto.

¡Nuevo murmullo de la multitud! Le traía sin cuidado, hasta casi le hacía gracia ver lo estúpidos que eran.

—Mire, aquí está justo la porción de paté…

—¡No la toque! —gritó el juez.

Aquello duró dos horas, con los escribanos forenses que tomaban notas y aquel intercambio de palabras ásperas entre el juez y el abogado. Le habían quitado las esposas para que pudiera alcanzar el gancho, mas cuando todo acabó, volvieron a ponérselas.

—¿Sugiere usted alguna prueba más? —preguntó el fiscal al abogado.

—Ninguna. Por supuesto, pediré que se haga un examen psicológico a mi cliente.

La víspera, cada uno de los espectadores le había dicho a Maloin al pasar a su lado: «¡Hola, Louis!».

Ahora lo miraban con terror, como si ya no fuese Maloin, ni siquiera un hombre. ¡Hasta su hija se escondía detrás de la gente!

Como no se podía acceder en coche hasta el cobertizo, el cortejo tuvo que cruzar a pie una parte de la ciudad. Los chiquillos corrían para no perder de vista al prisionero. Unos fotógrafos le cortaban el paso. Por fin lo encerraron en una celda, y Maloin contempló con satisfacción las paredes blancas, el estrecho jergón pegado a la pared, la mesilla de ruedas. No recordaba haber tenido tanto sueño en su vida. Estaba a punto de dormirse vestido, cuando hicieron pasar al abogado.

—Si me permite decírselo, ha cometido usted todas las pifias posibles.

En su casa estarían llorando todos en la cocina y seguro que acababan de encender la luz. El termo azul, que compró antes de

que naciera Henriette, estaría sobre la mesa, oliendo a aguardiente.

—He venido a darle unos consejos.

Maloin miró al abogado, como si mirase un objeto curioso pero inútil.

—A todos les ha parecido usted de un cinismo indigno, lo cual hace que mi labor sea más delicada. Tiene que…

Maloin le interrumpió.

—¿Cuándo es el entierro?

—¿El entierro de quién?

—De Brown.

—Aún no se sabe. Antes habrá que practicarle la autopsia.

—Pero ¿por qué, si ya lo he explicado todo?

—Habrá que averiguar qué golpe le causó la muerte y cómo.

—¿Se ha marchado su mujer?

—Sigue en el hotel.

—¿Cree usted que enterrarán a Brown en Dieppe? —A no ser que ella pague el traslado del cuerpo a Inglaterra.

—¡Que lo paguen los Mitchel! —Luego Maloin miró a su abogado frunciendo el ceño y dijo con un suspiro—: Déjeme.

—Es importantísimo que lleguemos a ponernos de acuerdo…

—¡Sí, mañana! ¡Otro día!

¡Qué se le iba a hacer! No iría al entierro, porque Mistress Brown se gastaría las cien libras que le habían dado en trasladar el cuerpo de su marido. No volvería a verlos, a ninguno de los dos.

¡No tenía sentido, pero era así! Lo que más le irritaba es que las cosas podían haber sido distintas. Todo había dependido de una serie de casualidades.

¡Por ejemplo, cuando Brown estuvo a punto de subir a la cabina una noche y se detuvo en el último peldaño!

¡O cuando siguió a Maloin hasta su casa sin decidirse a hablar con él, cuando Maloin estaba dispuesto a devolverle la maleta!

¿Y aquella mañana, cuando Maloin fue al cobertizo con el salchichón y el paté?

¿Qué se habrían dicho los dos? ¿Qué habrían decidido?

¿Qué habría sido de ellos luego y qué habría sido de las dos casas, la de Newhaven y la de Dieppe, de sus mujeres y de sus hijos?

—¿Acaso no era posible? —concluyó a media voz.

—¿El qué no era posible?

Maloin reparó en el abogado y suspiró.

—¡Nada! Estaba pensando —dijo.

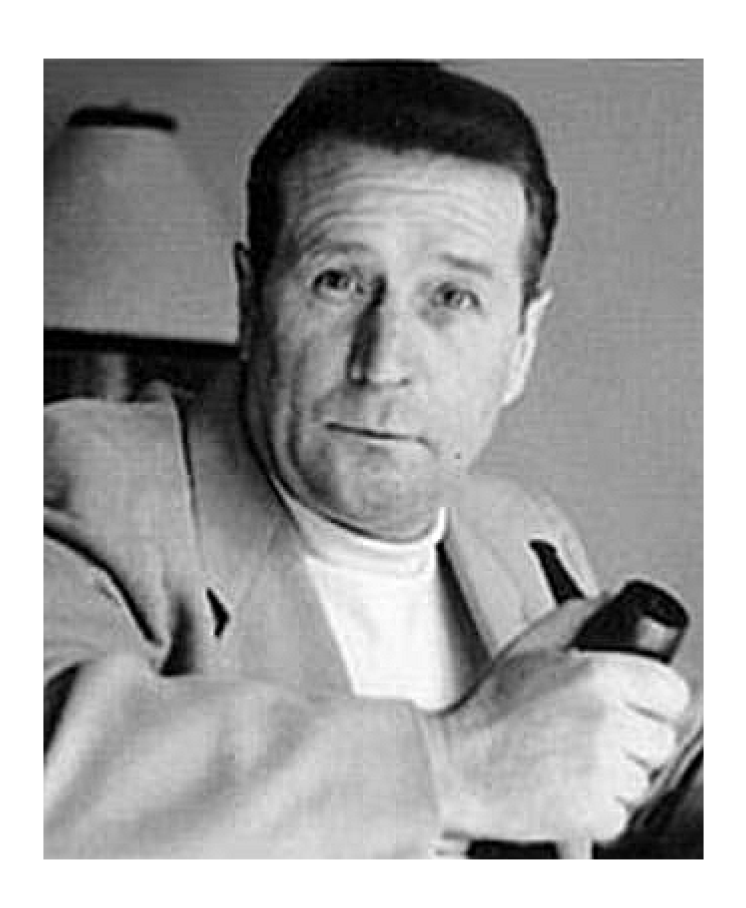
—Eso es: me da la impresión de que piensa usted demasiado. Era mejor dejarle hablar.

—Ahora me gustaría dormir.

No era cierto; en cuanto se hubo marchado el abogado, que se puso a cuchichear con el guardián en el pasillo, Maloin se aovilló en el jergón y siguió pensando en Brown, en su mujer, en su casa al otro lado del canal, cuyas ventanas se iluminaban al atardecer.

Cuando le condenaron a cinco años, su mujer y su hija se arrojaron en sus brazos sollozando. Maloin las besó y después se quedó mirando a su alrededor como si buscara a alguien.

Luego siguió dócilmente a los gendarmes.



GEORGES JOSEPH CHRISTIAN SIMENON (Lieja, 13 de febrero de 1903 - Lausana, 4 de septiembre de 1989) fue un escritor belga en lengua francesa.

Abandonó los estudios secundarios por necesidades económicas y se dedicó a varios trabajos ocasionales hasta entrar a trabajar como reportero de *La Gazette de Liège*, trabajo que le permitió conocer los ambientes marginales de su ciudad y que le serviría para sus novelas. Publicó por primera vez en 1921, y un año después se instaló en París, viviendo ambientes culturales y bohemios.

A partir de 1927 publicó, bajo diversos seudónimos, gran número de novelas populares. En 1931 empezó a publicar novelas policíacas, a menudo protagonizadas por el comisario Maigret, que han contribuido a renovar el género. Viajó por todo el mundo haciendo reportajes y entrevistas. Tras la Segunda Guerra Mundial, viajó a Estados Unidos,

en donde permaneció diez años, continuando con su labor literaria. A su regreso, se instaló en la Costa Azul y posteriormente en un pueblo cerca de Lausana. Muchas de sus obras, han sido adaptadas para cine y televisión.